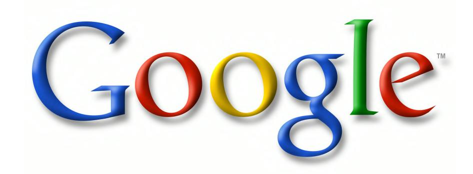
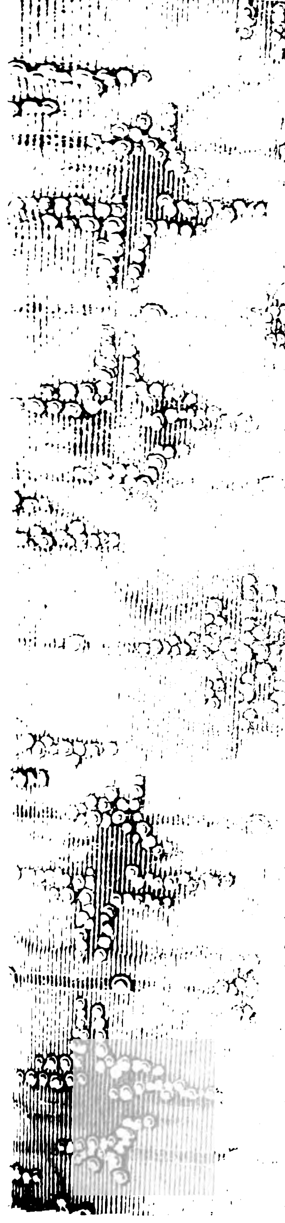

Google





ENSAYOS CRÍTICOS

La literatura en Mallorca

(1840-1903)

por

Miguel S. Oliver

PALMA DE MALLORCA

Tipo-litografía de Amengual y Muntaner

1903



ADVERTENCIA

Después de diez años de vacilación cedo al apremio de mis amigos: me resuelvo á publicar este apresurado estudio sobre la LITERATURA EN MALLORCA *aparecido en forma de artículos periodísticos desde 1892 á 1894 y desde la misma fecha impreso en los pliegos que forman este libro, arrumbados hasta hoy en los desvanes de la imprenta.*

El trabajo va tal como apareció en LA ALMUDAINA: *sin revisar ni retocar, con su mismo carácter de improvisación, con sus inevitables apresuramientos,* lapsus *y erratas de imprenta.*

Entre refundirlo de cabo á rabo, abrumarlo de notas y rectificaciones añadidas ó dejarlo en su primitiva y completa integridad, he optado por lo último.

Valga, tan sólo, esta indicación.

M. S. O.

Palma 4 de Octubre de 1903.

I

Antecedentes.—Trabajos históricos sobre las letras en Mallorca.—Estado de la literatura á principios de siglo.—Principales nombres de este período.—Invasión romántica.—Fuerza del movimiento del espíritu regional. Más antecedentes.—La erudición, la bibliografía y la historia.—Don Antonio Furió y Don Joaquín M. Bover.—Rasgos biográficos y críticos de uno y otro.—Su influencia.

DESDE 1840 á 1890 desarróllase en Mallorca ante los ojos del investigador, un período de actividad literaria, que no presenta la historia de la isla otro igual en fuerza, en intensidad ni en abundancia. Aunque se relaciona y confunde por una parte con el apogeo del romanticismo, y por otra con el renacimiento de la lengua catalana, la exposición crítica de dicho período está todavía por hacer, así en Mallorca como fuera de ella. Ni el artículo de Guillermo Forteza respecto á poetas baleares contemporáneos puede contarse como un trabajo hondo y detenido, ya que la forma de apuntes que revestía y lo atrasado de la fecha (1861) li-

mitaron notoriamente su radio y alcance; ni la titulada por el señor Tubino, *Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Valencia y Mallorca* merece el aprecio á que modestamente pudo aspirar un primer ensayo en campo completamente virgen; ni Morel-Fatio, Alberto Savine, Boris de Tannemberg y demás hispanófilos de última hora han dado otra cosa que notas aisladas ó revelaciones dispersas; ni el P. Blanco García ha concedido una página de su reciente obra *La Literatura española en el siglo* XIX á las regionales de dichas comarcas, si bien ha empezado á estudiarlas aparte por medio de un tercer tomo.

Que el libro de Tubino, con todo y llamarse historia de nuestro renacimiento, es un pobre acervo de datos externos y accidentales, muchas veces completamente extraños á la literatura, no menos que al regionalismo, lo habrá echado de ver el lector que haya tenido apetito suficiente para leer siquiera dos de sus páginas, faltas siempre de lucidez, de amenidad y de estilo. A lo sumo se encontrará allí una monótona cronología de los sucesos literarios, una colección de datos para escribir biografías laudatorias, un

índice de fechas y apariciones; pero jamás gozará la sorpresa de un juicio agudo, de una imagen exacta, de una exposición entretenida, de una observación sutil y penetrante. En aquel volumen se encontrará todo, menos el espíritu literario; todo, menos lo que revele la presencia de un escritor, y no es preciso internarse mucho en la penosa lectura para convencerse de que no la consagrará el tiempo por obra fundamental á la manera de la *Historia* de los Schlegel ó la *Dramaturgia* de Lessing, si es que antes no la olvida como á un indigesto *rapportage* publicado en forma de libro, Trabajo estéril, en una palabra, ya que como historia carece de substancia y como sencillo catálogo, de método y de rigor.

No hay, pues, en este campo senda trillada ni rastrojo que espigar. Los puntos de orientación que se encuentran fijados, débense á trabajos parciales y á estudios sueltos, tal vez á meras conversaciones, á asentimientos tácitos y comunes, cual lo es sin duda el de reconocer en *La Palma* la nueva raiz y el tronco de este florecimiento abrazado durante medio siglo á nuestra historia y nuestra personalidad, como se abraza la yedra soli-

taria al muro que se desploma. No se necesita extremar mucho el criterio para conocer diferencias no menos profundas y esenciales que inmediatas, entre el ciclo iniciado el año 40 y sus anteriores. La transición no fué lenta y gradual, sino enérgica y brusca. No la precedió la indecisión y el tanteo, sino que al despertar de la plácida siesta bucólica, deslumbró á los espíritus juveniles el esplendor de un crepúsculo maravilloso.

Hasta entonces sólo se había prolongado la imitación y el recuerdo de Arriaza y Melendez Valdés ó, á lo sumo, entre los más atrevidos el de Quintana y Nicasio Gallego. Á esta manera pertenecen casi sin excepción las composiciones publicadas en Mallorca durante el primer tercio del siglo. En tales moldes, no siempre con pureza conservados, se vació el desmedrado pensamiento de una serie de pequeños poetas, más tentados por la lisonja, que por los ardores de la fantasía ó la fuerza de la vocación indomable. Pasatiempo de *inéditas* tertulias moratinianas, la poesía durante aquellos años perdió los acentos viriles y la fuerza de su indignación, vengadora eterna de tiranos y opresores. Como dócil privado,

como débil cortesana, arrulló el sueño estúpido de los poderosos y de los ignorantes, haciéndose esclava de la corrupción, la hija excelsa de la libertad del alma. Acaso merezcan citarse entre los mallorquines de entonces, dispersos entre los partidarios del antiguo y del nuevo régimen, D. José Luis Alcover, cuyas composiciones conservan gusto y esmero versificada alguna en las estrofas del *Cinque Maggio* y de los *Himnos*, de que parece también enamorado D. José Dameto, mientras el joven D. Pedro Andreu y Don Antonio Fluxá escriben sus silvas sobre acontecimientos políticos, con cercano recuerdo de la *Elegía del Dos de Mayo*. Unos cantan la restitución del deseado Fernando al trono de sus antepasados, en gratulatorias canciones y cesáreas alabanzas, no inspiradas ciertamente por la visión profética del vate. Otros, después de empuñar la bélica trompa llamando á la lucha contra los Cien mil hijos de San Luis, enmudecen con la caida del sistema constitucional ó transigen con el despotismo ilustrado para saludar con nuevos cantos, de encargo y ocasión, los decretos de María Cristina que abren á la cultura el cerrado hori-

zonte. Organízanse las primeras asociaciones de literatura y allí se reunen los amantes de ella, unos infortunados y otros platónicos. El empleo de la lengua mallorquina se relega á los usos más inferiores y plebeyos, á la rima obscena ó á la *codolada* infamatoria, no bastando para levantarla del lodo, el esfuerzo castizo de don Tomás Aguiló (padre) ni la ingeniosa vena de los dos Roca, cuyo tributo al género clandestino y drolático absorbió su mejor parte, como tampoco los ensayos gramaticales ú ortográficos de Amengual, Cervera y Prohens. Esto, al mismo tiempo que desde la corte el mallorquín D. Tomás Fernando Coll, en unión de Tirado, infesta de traducciones agabachadas la escena española, defendida por la saeta de *Fígaro*; al mismo tiempo que Cabanellas *se* publica en francés acaso para mejor evitar el galicismo, y que el exclaustrado Lliteras de Marcel saluda con el consabido tributo de su musa á la Regente, rompe sus votos, emigra á Argel, se prostituye en los cafés cantantes de Marsella y abraza el protestantismo, para darnos en una sola pieza un retrasado ejemplar del girondino Marchena y del apóstata sevillano

Blanco-Withe; ningún vínculo, ningún parentesco descubrían su comunidad de origen.

De este modo se seguían desde Mallorca, y aun á distancia, los últimos pasos de la decadente literatura, empolvada y artificiosa como las petrimetras de su tiempo, adulatoria como sus palaciegos ó acanallada y ebria como sus *sans-culottes*. Literatura abstracta, sin relación directa con la naturaleza fecundadora, imitación de imitaciones, eterna y manoseada rapsodia del mundo griego y romano y eterno olvido y proscripción de los demás elementos, civilizaciones y razas. Si pudo decirse que Cristóbal Colón vino á completar la unidad del planeta, después del siglo XVIII faltaba completar la unidad de la historia humana, á cuya luz sólo aparecía el hemisferio clásico, para sepultar en las nieblas de la barbarie todo lo que no vió el límpido cielo de Grecia, todo lo que no besó las augustas vías de Roma. Tal arte no podía satisfacer los indefinibles anhelos de una sociedad que acababa de pasar el mar de sangre de la Revolución Francesa. Esta «gran hemorragia de la humanidad» debía traer consigo otra especie de jacobinismo si

menos sangriento, tan extremado como el suyo, es á saber: la ruptura de los moldes consagrados y la derrogación de los cánones tradicionales, cauce sobradamente mezquino para conducir el raudal portentoso de las nuevas ideas. Movimiento aquel de expansión, de espiritualismo, de libertad, no se contenta con las mezquinas y trilladas imitaciones neo-clásicas, sino que se extiende á todos los tiempos y á todas las civilizaciones, rehabilitándolas generosamente para el arte.

Pone á tributo así las reverberaciones de la luz ecuatorial como las nieblas hiperbóreas, los ardientes *moallakats* suspendidos en el muro de las viejas mezquitas y las desesperaciones de los bardos ossiánicos perdidos en la leyenda; los romances caballerescos y moriscos de nuestra reconquista y los Niebelungos de las selvas germánicas; las tradiciones antecolombianas del Nuevo Mundo y las epopeyas monumentales de la India; el lujo sin ejemplo de los libros bíblicos y la candorosa rudeza de los cronicones feudales, de los anales eclesiásticos y de la vida municipal en la edad media. Jamás se había visto una amplitud semejante en los asuntos, en los elementos

literarios, en las formas y maneras. Pide el arte sus galas á la vegetación tropical, á los mares de hielo, á la indumentaria y á la arquitectura de todos los países y acude desde los palacios encantados de las Hadas, al horror de las Peris, desde los ensueños de la virgen pensativa tras de las ventanas ojivales hasta los perfumes del harem y las lúbricas extorsiones de la bayadera. No podía contentarse ya con lo frío y apagado de los caracteres tópicos, con el convencionalismo de las Arcadias y la falsedad de sus Cloris y Filenos; sino que interroga las grandes pasiones, las grandes contrariedades, los odios frenéticos y los amores imposibles, todo lo extremado y fenomenal como todo lo contrastante y paradógico. Esta reacción, una vez desbordada, no logra detenerse hasta la insensatez y el delirio y en ella tiene cabida lo más violento, lo más fuerte, lo más brillante y chillón, todo un paroxismo, en suma, de pasiones, de sentimientos y de imágenes exaltadas.

De este modo, por la evocación de los genios de Weimar, volvió á remover la insurrección de su comarca Goetz de Berlichingen y se perdió Werther en las soledades del tedio psicológico; volvió á

soltar Wallenstein las hordas de sus aventureros en la agitación del campamento alborotado y la flecha de Guillermo Tell se clavó en el corazón de las antíguas tiranías; impulsado por Byron empezó Childe-Harold sus peregrinaciones y al conjuro de Walter Scott regresó de Palestina Ricardo Corazón de León y cruzaron la tierra Rob-Roy y Quentin Durward; se magnificaron todas las tradiciones y se pobló el Oriente de opulentos colores y de sensuales aromas en los cantos de Víctor Hugo; desfalleció sobre el azul de los lagos la melancolía de Lamartine; despeñó el Duque de Rivas con su D. Álvaro la fatalidad perseguidora del nuevo Edipo, y Espronceda desgarró el corazón de Teresa con la encendida lamentación del amor impuro. Por esplendores de incendio y destrucciones de lava, se anunció á los absortos y deslumbrados espíritus el movimiento romántico, que bien pronto se bifurcó en sus dos grandes tendencias: la histórica y la filosófica ó subjetiva.

De la primera nació el sentimiento local y exterior, la resurrección del pasado, la pintura de realidádes concretas, la evocación total de la edad media. El

sentimiento de su poesía trajo como inmediata afición, el estudio reflexivo de sus despojos artísticos, renaciendo el arte gótico. El sentimiento de su arte nos remonta al estudio particular y desmenuzado de su historia y entonces se desempolvan los códices policromados que sepultara el copista monacal en el fondo de las silenciosas abadías, se leen en su texto primitivo y se advierte en ellos, con un romanticismo dentro de otro, el primer balbuceo de las lenguas romances. Entonces es cuando Cataluña encuentra una historia genuina y propia que recordar y como inseparable de ella una lengua también propia en que recordarla, puesto que con la edad media, eterno suspiro del pecho romántico, coincide el apogeo de la nacionalidad catalano-arago nesa y con el apogeo de esa nacionalidad, el de una lengua y literatura, hasta hace poco injustamente peteridas. Al llegar á este punto tropieza la crítica con una cuestión externa, aunque no deja de ser dificil y comprometida por el ardor con que algunos la disputan. Es éste, el titulo de prioridad (muchas veces harto accidental en la balanza de la gloria) de quien diera el primer grito, de quien lanzase

el *sursum corda* que despertó tantos entusiasmos y energías. El punto inicial de la ruta del renacimiento, lo encontramos en la admirable oda de Arribau, *Á la patria*, grandiosa y ruda como un dólmen y como él solitaria, surgida insconcientemente al impulso de viva gratitud. Ella contenía en embrión las intensas nostalgias de un pasado de grandeza sumergido bajo el mar de plomo de las actuales desventuras. Ella despertó la primera, con dulce aleteo, en el nido de los amores patrios. Ella parecía recoger por condensación la electricidad acumulada de tantos secretos adoradores como escondían el amor á la soñada Cataluña y á la vilipendiada lengua. Misteriosas corrientes mejor que manifiestas excitaciones comunicaron el *temblor nuevo* á las regiones mallorquina y valenciana. Las grandes ideas, aun latentes y ocultas, están dotadas de un dinamismo prodigioso. Por modo invisible comunican á distancia el polen sutilísimo que fecunda los gérmenes del pensamiento. No tardaba Rubió y Ors en desplegar al viento las condales señeras ni en preludiar los gemidos del *Gayter del Llobregat.* Al soplo de aquella aura prolífica las letras insulares se cu-

brieron de una temprana eflorescencia y despojándose de la marchita guirnalda retórica, aspiraron por primera vez, embebecidas, la suavísima fragancia de azahares y jazmines recien entreabiertos, como aquella virginal Blancaflor de nuestros antiguos romances.

Así debían reunirse para penetrar á un tiempo mismo en Mallorca la novedad romántica y la regional. Dos espíritus vigilantes encontraron escrutando los lejanos horizontes cuyas brumas no conseguían penetrar las miradas de la vulgaridad desprevenida. Por las inefables confidencias de la inspiración y del talento, fueron advertidos del rumor de las corrientes lejanas y la fortuna los situó en su justa confluencia. De tal manera Aguiló y Quadrado se encontraron apercibidos para encauzarlas, acaso más por la fuerza instintiva, que por analíticos y calculados propósitos. De tal manera confundieron y mancomunaron su obra y de tal manera también, iniciaron con *La Palma* el ciclo literario que procuraremos bosquejar.

Poco antes de que empezase á tomar vuelo el entusiasmo por la nueva poesía, se propagan con desusada insentidad los

trabajos de investigación histórica y bibliográfica. Perseverando en las tareas de los Dameto y los Mut, de los Binimelis y los Talladas, espigando después que la hoz del P. Villanueva en su *Viaje literario* había recogido tan pingüe miés erudita, encontramos á dos infatigables rebuscadores de lo pasado en Furió y Bover. Aun se cernían en la quieta atmósfera de los archivos patrios las sombras recién escapadas de D. Buenaventura Serra y de Barberí, aun no habían vuelto á sus estanterías los legajos que removió la bendita mano de Jovellanos, y no arredra la tenacidad de aquellos polígrafos la vanguardia que inmediatamente los precede.

Operaban los dos en el mismo campo con mútuos celos que bien pronto estallaron en encarnizada rivalidad. La lucha que se entabló fué de un sabor literario gustosísimo y de una fuerza cómica no aplacada todavía por la muerte. Disputábanse ambos el monopolio de la historia regícola y por espacio de muchos años los vemos agarrados, como quien tira á la barra, á la aurea péñola de los Cronistas del reino de Mallorca. Con más tesón dos griegos «de primorosos

grevas» no se hubieran disputado la lanza de Aquiles. D. Antonio Furió y Sastre (1798-1853), acaso más respetable por sus infortunios que por sus obras, dedicó toda la vida á una labor más persistente que fecunda, sin que pudiese gozar á sus anchas un momento de tranquilo triunfo. El diente maligno de los severos Aristarcos hincóse una y otra vez en su renombre, la sátira brotó bajo sus plantas como cardo punzador y vió amargadas todas sus satisfacciones de hombre de letras por odio ó por envidia tan irreconciliables que ni aun pudo desarmarlos la ceguera que descendió á sus ojos como á los de Milton, sin traerle una pobre rama de sus lauros inmortales. La publicación de sus *Memorias* sobre la historia eclesiástica, general y política de Mallorca, en pleno periodo liberal de 1820, escitó el furor crítico del *Diario de Palma*, que le dedica una serie de artículos tan rebosantes de invectivas, apóstrofes é insultos, como menguados de crítica reflexiva y útil, al mismo tiempó que atrae la animosidad del P. Luis de Villafranca, si bien quedó inédita la *Demostración crítica joco-seria*, que contra dichas Memorias disparara. Desde entónces puede

decirse que su pluma no se posó en el papel sin que inmediatamente volasen á la cabeza del autor como irritado enjambre de abejas, las censuras, las contradicciones y réplicas. Tales tuvieron que sufrir sus cartas histórico-críticas sobre el lugar en que estuvieron situadas la antigua Palma, la antigua Pollentia, la antigua Cinium de los romanos; tales, las memorias históricas del levantamiento de los Comuneros mallorquines y sobre los adelantos de la cosmografía debidos á Jaime Ferrer, sin que obstáran las diatribas á que el Ayuntamiento de Palma dedicase una fuente y una estatua al incierto piloto, por excitación de Furió. Su *Panorama óptico-histórico-artístico* de las islas Baleares, aparecido en 1840 y adornado con multitud de láminas debidas á Don Francisco Montaner tenía que quedar muy pronto totalmente eclipsado por las exuberantes descripciones de Piferrer y el lápiz de Parcerisa en los *Recuerdos y bellezas de España*. No alcanzaron mejor fortuna sus *Vidas* del Beato Alonso Rodríguez, hoy elevado al honor de los altares, y del Padre Bartolomé Catany fundador emérito del Hospital de Palma. Y hasta el *Diccionario* de los

artistas mallorquines, que por su utilidad sobrevive á todos los trabajos y á todas las miserias del autor, no encontró la merecida benevolencia.

Los aciertos se le reprochaban como plagios y aun como copias desvergonzadas, y sólo de los errores, «del lenguaje inculto y del estilo desaliñado» que se encuentran en sus obras, se le concedía la completa y original paternidad. Bover, sobre todo, extremó hasta el último límite los rigores de la censura y aquella misma pluma, de donde fluía de contínuo la lisonja untuosa y lubrificante, hubo de continuar en su *Biblioteca de escritores baleares*, á manera de epitafio sepulcral sobre los restos del desgraciado Furió, el artículo más desprovisto de caridad, de respeto á la paz del sepulcro, á la compasión de los infortunios y al honor debido á los contendientes. «Si *Martirologio*, dice Bover, significa *elogio de los mártires*, pudo el señor Furió haber llenado este libro con la lista completa de todos los lectores de sus obras» y hasta incluirse á sí propio ya que con tal saña le trataron sus colegas.

Y á pesar de todo, á pesar de la falta de dotes literarias, á pesar de lo pedestre

y vulgar de su estilo ó de la ridícula afectación lacrimosa con que en algunos pasajes quería remontarse á las contemplaciones de la poesía, á pesar de la ligereza inaudita de sus juicios, que revelaban la carencia de todo sentido histórico, á pesar de que muchas veces sus investigaciones no eran más que publicación ó extracto de las ajenas, Furió ha dejado un nombre y un surco, ha removido muchas nociones, ha sacado á flor de agua muchos puntos ignorados haciendo brotar la luz unas veces con sus aciertos y otras, las más, con la candente controversia de sus errores nunca en silencio tolerados. El mérito de la laboriosidad contínua y perseverante, nadie puede tampoco regateárselo y menos en una época en que el egoismo se traduce en ocio y el hombre de talento lo derrocha con torpe prodigalidad en las más inútiles evaporaciones.

Con Furió, no obstante su enemistad profunda y *ex toto corde*, tenía D. Joaquín María Bover (1810-1865) puntos de notoria semejanza, rayanos con la identidad. Su amor á las cosas de la *roqueta* no conocía límite; era voraz, enérgico. Tendía á abrazarlo todo, á hacer suyo to-

do lo pasado, lo presente y lo futuro mallorquín en una especie de panteismo patriótico. Acaparaba en su Miscelánea manuscrita datos, noticias, documentos, extractos y referencias, como José acaparaba trigo después de la visión de las vacas y las espigas. Su curiosidad era un verdadero tonel de las Danaides. Su talento tenía más de *notarial* que de literario, aun en una acepción latísima. Mezcla extraña y original de escritor y de calígrafo, de amanuense y de literato, de extraordinarias y múltiples aficiones y de perseverancia inquebrantable, rugían en él á un tiempo mismo los anhelos de todas las glorias que se pueden alcanzar cultivando todos los géneros. Ser escritor fué su único empeño. Hacer gemir las prensas mallorquina y madrileña con no interrumpida serie de publicaciones, su única esperanza. Tomó al pie de la letra la nueva *aristocracia del talento* que había preconizado la revolución y á los timbres de su escudo añadió por lema: *ex scientia nobilitas*, no ya nobleza individual grangeada por el valor intrínseco y propio, sino aristocracia corporativa, como la sacerdotal ó la castrense, verdadero patriciado de las

ciencias y de las artes. Nunca había llegado hasta tal punto la obsesión ni la fuerza de muñeca para trasladar al papel lineas y más lineas. Bover encarnaba hasta lo sublime heroico esa potencia inconcebible del copista. Al par de las copias brotaban los artículos y folletos y al par de sus escritos le devoraba el ansia de gloria; no la gloria de las grandes admiraciones populares, no la gloria de las posteridades reverentes, impalpable y difusa como la luz de la aurora, sino la gloria discernida y acordada por las corporaciones oficiales y centros más ó menos *docentes*, consignada *nominatim* en títulos visibles y palpables, en lustrosas cartulinas y sonantes medallas...

Fué poeta pseudo-clásico á lo Melendez, y *La lira de Bovino* nos ofrece una de las más infelices muestras de lo que puede todavía sobre la depravación general del gusto la miseria de la inspiración individual. Fué historiador y crítico literario, genealogista, rey de armas y hasta *parásito*, en su significado más noble, de nuestra vieja y desfalleciente aristocracia. Sus aficiones á las *bellas letras* no le impedían dedicar folletos ó asuntos tan humildes é inconexos como

los baños *(termas*, en lenguaje arcádico) de San Juan de Campos, como el estado de la agricultura y el comercio en Mallorca y como los «medios para aumentar la riqueza de la villa de Esporlas.» Fué arqueólogo y numismático y su pluma, más ó menos doctamente, escribió *de omni re scibili*. Revolvió todos los escombros de las pretéritas edades y su memoria no menos que sus misceláneas, formaron una copiosa poliantea. La historia le debe una segunda impresión de tres tomos de la de Mallorca por Dameto y Mut, ilustrada con profusas notas; la *Memoria* sobre los pobladores de esta isla después de la conquista; el *Nobiliario mallorquín* y los *Varones ilustres*, amén de las numerosas monografías de asuntos concretos, por ejemplo el que dedicó á los «sucesos de la historia de Cabrera que tienen relación con la de Francia,» que debía dar lugar al donoso engendro satírico de *La Dragonera*, según màs adelante se verá.

Al compás de sus libros se acrecentaban sus honores debidos ora á efectivos méritos, ora á solícitas oficiosidades. Más de cincuenta contiene catalogados por orden de fechas la biografía póstuma que

con indulgente y recóndita ironía trasparenta, aunque no la exhiba, la firma de D. Tomás Aguiló. Y por sobre estos títulos y por cúpula y remate de todos ellos, la Academia de los Árcades de Roma le laureó con el nombre de *Cleandro Lirceo* en la olimpiada DCLXI, y le proclamó *pastor* de número en diciembre de 1845 «siguiendo nuestra prosaica y trivial cronología.» Fué, como se ha visto, un tipo, un caso interesante y curioso de la patología literaria, no indigno ciertamente de asomar su cabeza en la deliciosa galería de Moratín. Descontemos, sin embargo, la gracia de estas manías y la candidez de estas vanidades; reprendamos en Bover la sobrada indulgencia y la ampulosidad adulatoria con que á semejanza de los panegiristas bizantinos hacía méritos de cualquier puerilidad, del modo de vestirse ó peinarse los próceres cuya vida nos cuenta; consignemos también, como al tratar de Furió, su falta de vigor literario, la indecisión de su frase, la aturdida celeridad de algunas investigaciones; demos por admitido que su *Nobiliario* y sus vidas de los *Varones ilustres*, aun conteniendo notable caudal de noticias, nunca logra-

rán que palidezcan junto á ellas las de su predecesor Plutarco; admitamos su facilidad en la inducción histórica, su falta de gravedad severa y meditabunda, el convencionalismo burocrático de su criterio y el acatamiento servil á toda jerarquía antes que al nudo talento, admitamos y concedamos todo esto y aun las letras y la historia patria deberán agradecerle inmensos, inapreciables y siempre duraderos beneficios.

Él aprisionó y redujo á un sólo cauce la antes dispersa bibliografía mallorquina; él puso orden en la confusión de los catálogos, hizo luz en las obscuridades y llenó pacientemente las lagunas; él aportó á su obra monumental los materiales desperdigados durante años y siglos de incuria. Su *Biblioteca de escritores baleares*, es un trabajo de mérito por las dificultades, la extensión y la virginidad misma de la materia; por el número inverosímil de los artículos, de los autores y de las obras registradas; por las noticias interesantes que en todos aspectos proporciona, por resultar digna continuación de la tarea que emprendió D. Nicolás de Antonio y que siguió circunscribiéndola á Cataluña, el Obispo Torres

Amat. No es en un todo reprensible el prurito de aventurar noticias no depuradas y acrisoladas cuando se hace con las debidas reservas, ni el afán de publicidad con que Bover expulsaba al exterior sus investigaciones y descubrimientos.

Cierto que la escrupulosidad sesuda es prenda científica de gran valor; pero entre los errores susceptibles de enmienda que se escapan en toda producción abundantísima y la esperanza estéril de una perfección absoluta, productora á su vez de una inacción absoluta, preferimos lo primero. Muchos espíritus circunspectos y meticulosos se abstraen años y más años en la contemplación de la obra más insignificante esperando mejorarla antes de imprimirla, como los faquires absortos en la contemplación de su nariz esperan las visiones del éxtasis. Nosotros entre los dos extremos preferimos el de la desvinculación inmediata de los frutos de la inteligencia, máxime cuando la obra llega á la categoría de fundamental y á la consideración de clásica, por constituir como la *Biblioteca* de Bover, el centro y la raiz de su especialidad. Especialidad que sir-

vió de medio de relación entre los géneros literarios, de poderoso auxiliar á infinidad de trabajos á su sombra desarrollados y que, ya que no influyentes ni influidos por la restauración de 1840, hace que deban figurar en su historia los nombres de Furió y Bover. Pudo la belleza privarles de sus inmortales resplandores, pero los salvó del olvido y los elevó á la región del mérito, la musa de los seres útiles: la constancia.

II

Aparición de *La Palma*, su tendencia.—Don Tomás Aguiló.—Concepto de su producción literaria; *Mallorca poética*, artículos religiosos, baladas fantásticas, *Á la sombra del ciprés*.—Don José M.ª Quadrado.—Sus comienzos: artículos de crítica; *Recuerdos y Bellezas de España*.—Campaña político-religiosa de *La Fé* y *El conciliador*.—Sus obras históricas: *Forenses y ciudadanos;* continuación del *Discurso* de Bossuet.—Aspecto místico y ascético.—Traducciones de Shakespeare y ensayos dramáticos.—Don Antonio Montis y sus artículos de costumbres.—Otros colaboradores de *La Palma*.—Nuevos periódicos y tentativas. Imperio del romanticismo.

Fecha memorable fué para la cultura mallorquina, y aun pudiera serlo para la española, la de 4 de Octubre de 1840, señalada con la aparición de *La Palma* y con la revelación de nuevas y restauradoras energías intelectuales. Festejada aquella fecha en 1890 con póstumo tributo de veneración para la simpática revista, reverdecida ésta con una nueva edición y resucitada *semel tantum* en el número conmemorativo que le dedicaron sus numerosos adeptos, casi huelga reproducir en extracto ó diluir en am-

plificaciones el juicio unánime de las generaciones subsiguientes, acorde con el de la crítica. *La Palma* inicia en Mallorca la restauración de las letras regionales, en la más fecunda amplitud comprendida y practicada. Investigación profunda y racional de la historia, amor á las realidades concretas preteridas por las abstracciones del clasicismo, predilección por los asuntos indígenas que produjo á su vez la originalidad del colorido local y el encanto de la sinceridad espontánea, comunicación y reflejo de los esplendores románticos en su apogeo desde la erupción del 35, estudio de la antigua literatura regnícola y de sus olvidados poetas, evocación artística de nuestra tradicional personalidad iluminada por la doble antorcha de la historia y de la poesía, restauración y compenetración con tan diversos elementos del espíritu católico que habían amortiguado los vientos revolucionarios y aceptado después como fuente de inagotables bellezas artísticas, aun por aquellos que *ateizaban* en la vida práctica. Tal fué la obra emprendida por Aguiló, Montis y Quadrado, ó tal ha resultado, cuando menos, vista á la distancia de medio siglo.

Por la doble preferencia de la edad y de la muerte corresponde el primer lugar de este pacífico triumvirato á Don Tomás Aguiló (1812-1884), quien, hijo del escritor del mismo nombre que con sus *Fábulas* y su *Rondaya de rondayas* conservó la tradición castiza del extraviado mallorquín, nacido todavía en pleno periodo pseudo-clásico, asistió como converso á la transformación romántica, pues los primeros ensayos de su musa adolescente fueron depositados como ofrenda pastoril sobre el ara de las antiguas divinidades mitológicas y poéticas. No seré yo quien se conduela de que toda la producción anacreóntica de Don Tomás Aguiló, haya dejado de pasar á la colección de sus *Obras* escogidas, editada en 1883. Si algún ingenio patentizan, si alguna vena descubre su esquilmado gotear de la que después se manifestó limpia y caudalosa, es sólo para hacernos sentir que de tal modo se malgastasen. Por condición del género, hemos de llamar pueriles, ya que no inocentes, á tales ensayos, fundidos en moldes que tenían el singular privilegio de reducir á vulgaridades las ideas brillantes del mismo modo que las nativamente insulsas, á

semejanza de aquellos desheredados de la gracia á quienes se entrega una frase ingeniosa y la devuelven convertida en necedad.

De este ejercicio retórico que casi todos juzgamos exento de importancia en sí mismo, obtuvo, sin embargo, el talento poético de Aguiló una ventaja inapreciable: la corrección gramatical y la pureza del lenguaje, acaso con sobra de precauciones conservadas; el conocimiento de los secretos y resortes ocultos de la versificación, que alguna vez explotara mejor como fin que como medio literario; el estudio y la influencia de los modelos de la dicción castellana, que resistieron á los atropellos de la nueva escuela, desgreñada y libre de toda disciplina, también por un prurito retórico á la inversa. Es éste, carácter común á todos los talentos que nacieron con alguna antelación al período *explosivo* de 1835 y que al sentirse dominados como el Duque de Rivas, como Hartzembusch, .como García Gutierrez, por el temblor romántico, supieron conservar el sentido de la forma castiza de nuestro lenguaje, formando una especie que pudiéramos llamar de los clásicos del romanticismo, si

tanto no se hubiese abusado de las denominaciones.

Difícil por todo extremo resulta el poder abarcar en un juicio sintético la diversa y prolija labor literaria de Don Tomás Aguiló, ya que su sonora corriente se bifurca en tantos pequeños arroyos como tendencias ingénitas impulsaban su espíritu generoso hacia la religión, hacia la patria mallorquina, hacia la historia, hacia el romanticismo. La tendencia local é histórica es la que más pronto se define y toma cuerpo, la que deja su primer vestigio en la oda á la *Conquista de Palma* (1832), la que nos ha legado á manera de piadoso breviario de nuestras tradiciones su colección de *Mallorca poética*. No existe monumento que no le haya arrancado una lamentación, ni despojo venerando de los pasados tiempos donde no se haya erguido como la flor de las ruinas, el amarillo jaramago de su inspiración amiga de los viejos muros y los arcos desplomados, triste parietaria que esconde con sombría frondosidad el desmoronamiento de tantas reliquias seculares. El arco de la Almudaina, los muros del Temple, la puerta de Santa Margarita, el Pino á cuya sombra se re-

clinaron en el seno de la muerte los dos Moncada después que su sangre corrió como riego lustral y expiatorio sobre el suelo de la isla, los baños árabes, la Lonja, el claustro de San Francisco, oyeron aquel canto funeral y en conjunto monótono, como el de las aves nocturnas y agoreras que se cobijan en los mechinales.

De la historia y de la tradición extrajo sus leyendas caballerescas, el poema *Rugero de Flor*, donde la rudeza del almogávar se prestaba á destacar sobre la pompa de las orientales descripciones, la *Lamparilla* y *Bustillos*, unas veces adelantándose á él y otras recordando el «lóbrego misterio» de las leyendas de Zorrilla. A la religión consagró parte no escasa de sus inspiraciones, logrando alguna vez que con la piedad del objeto coincidiese la más honda y sincera emoción poética, de que es ejemplo felicísimo la conocida *Resignación*. Antes que hubiese podido colgar su lira del sauce sagrado, nos dió á gustar una paráfrasis de las siete palabras en su *Agonía del Redentor*, una versión de los trenos de Jeremías, una imitación de los salmos, una traducción de las *Melodías hebraicas*

de Lord Byron, notables si no por la precisión avara y enérgica, por el esmero del lenguaje castellano. Pero no cabe duda, que la parte más pingüe, la más rica, la más propia, reservóla por estudiado cariño ó por espontánea facilidad á la lengua mallorquina. Sus fantasías, más aún y mejor que las seis composiciones históricas que forman su contingente mallorquín, serán siempre el timbre más preciado y deslumbrador de su gloria de poeta hasta eclipsar los otros florones, que á su lado por evidente inferioridad han de palidecer. Poquísimas veces podrá el elemento fantástico ó maravilloso encarnar mejor en la índole de un pueblo y de una época; poquísimas alcanzar una fuerza sugestiva y despertadora de infinitas vaguedades é inconexas asociaciones de ideas; menos aun impregnarse del misterio y de la sencillez repleta de ternura, que á la mayor parte de aquellas joyas avaloran y embellecen. Testimonio de este precio y valor han dado la admiración creciente del público y el voto de críticos superiores. Y no creemos exagerado afirmar que aunque el olvido se cebe en los demás frutos de su musa, ha de respetar á éstos en todo lo que de vida

le resta al idioma mallorquín, idioma que sus poesías fantásticas adoptaron, en la forma vulgar y corriente, contra la tendencia arcaica ó unitaria, que ya se había levantado.

Si con tal abundancia brotaron sus rimas, con no menos fluidez pudo explayarse su prosa, bien que cohibiese la gallardía y soltura de su movimiento, lo sobrado del artificio y de la lima, la obsesión del modelo clásico que demasiado cerca se colocaba para que pudiese verlo de cuerpo entero y sin que los detalles le distrajesen del conjunto. Honores, y no sólo honores, sino efectividad de publicista le producen sus artículos sobre *Jesucristo* y su cualidad de hijo de Dios, sobre política religiosa, sobre literatura, sobre crítica, por medio de los cuales, ya que no alcanzarle en su vuelo audaz y eminente, logró no perder de vista la superior inteligencia de Quadrado, cuando, después de *La Palma*, escribieron juntos en *La Fe* y en *La Unidad Católica*; aunque como más próximo á la tierra ó más internado en la lucha diaria y candente se dejase guiar una que otra vez por espíritu sectario y de intransigencia. A su tendencia romántica correspon-

den, por último, además de buena parte del caudal poético que en montón hemos apreciado, sus tentativas de novela histórica, sugeridas en Walter Scott ó en Manzoni, tales como *La Pluma acusadora* y *El Infante de Mallorca*, y sobre todo sus narraciones cortas, reunidas bajo el epígrafe común de *Á la sombra del ciprés*. Ninguna de tales composiciones leída fragmentariamente ó por separado deja de ofrecer interés y encanto. Las descripciones, principalmente, tienen por fondo el ambiente sombrío de nuestras iglesias, la quieta soledad de nuestras calles vetustas ó las campiñas de los alrededores de Palma. Los asuntos alguna vez conmueven y la *factura* no pocas hace presentir la que treinta años más tarde emplearía Bécquer en sus leyendas. En otras se eleva este mérito á purísima fruición como en *Las diciplinas* y *La tarde del Corpus*, cuyas páginas una vez leídas no se escapan jamás de la memoria. El influjo de la época, sin embargo, fué pernicioso para la suerte de este volumen, desde el título, que señala el mayor grado de exaltación melancólica y funeraria, hasta los mismos asuntos, cuyo principal por no decir único teatro es el cemente-

rio y cuya contínua evocación de fantasmas y esqueletos, epitafios y coronas, luces fosforescentes y ayes soterrados, recuerdan el tremendo y espectral *necrologismo* de las *Noches lúgubres* de Young ó de nuestro coronel Cadalso.

Sobrado dura y parcial mostróse con Don Tomás Aguiló la lucidez crítica de Guillermo Forteza, que ni respetó con el suyo, el sereno y por lo tanto favorable juicio de su maestro Milá, ni se atuvo á la opinión ilustrada de sus contemporáneos. Seguramente acierta en la lista de reparos con que tilda la generalidad de aquellas poesías; pero con artera habilidad oculta ó empequeñece los méritos correlativos y los que exceden y redimen de las faltas. Dijera condicionalmente que alguna vez tomaba por inspiración su quejumbroso aburrimiento; que se enamoraba con las ilusiones de una pasión petrarquista, que se convertía en paciente joyero del ritmo y que, incansable buscón de consonantes difíciles, tuvo por maestro á Rengifo ó al obscuro editor que según Menéndez y Pelayo exornó la poética de Rengifo; dijera todo esto y tal vez no le regateáramos mucha parte de razón, si con la benevolencia que tan pró-

diga tuvo para otros cien veces inferiores, y hasta con la más extricta justicia, hubiese proclamado en Don Tomás Aguiló el honorable cantor de los monumentos y de la historia local, el poeta inspiradísimo de las fantasías, el lúcido controvertista y el meditabundo narrador de *Tántalo* y *Una agalla de ciprés;* en suma, el compañero de Quadrado en las glorias de *La Palma* y el primero de los escritores indígenas en el orden del mallorquinismo, pues de los nueve tomos de sus obras, todas ellas, exceptuando la parte religiosa, arraigan en nuestra querida isla por su asunto, por su espíritu, por su inspiración, por sus recuerdos ó esperanzas, por la historia ó el lenguaje.

Con la vida literaria de Don Tomás Aguiló, enlázase durante más de cuarenta años, como una llama á otra llama, la refulgente vida de Don José María Quadrado, cuyos resplandores, no sólo han alumbrado las próximas perspectivas de Mallorca, sino que han logrado llegar á las más altas cumbres de la cultura humana, á través del brazo de mar que nos separa del viejo continente. En 1819 Ciudadela de Menorca le prestó los pañales del nacimiento y las aguas del

bautismo, aunque al poco tiempo Palma alcanzó á servirle de cuna por el resto de su infancia y de residencia permanente hasta ahora. En contadísimas ocasiones se habrá reunido á una inteligencia tan alta, el apego cariñoso y tranquilo á un escenario tan breve. Diríase que el águila que constantemente supo remontarse á las mayores alturas fiada en la robustez de sus alas, que se espació en el éter luminoso de las más encumbradas especulaciones, que vió desarrollarse desde ellas los vastísimos panoramas de la historia, que miró desfilar envueltos por la niebla del tiempo y de la distancia razas y pueblos nunca perdidos de vista por su ojo sagaz y penetrante, al descender de su vuelo se complacía en cobijarse en esta roca, nido de todos sus amores, y en registrar con ávida pupila su limitada superficie y su hermosa pequeñez, para lanzarse de nuevo, refrigerada con esta contemplación, á la contemplación de los infinitos horizontes.

Pronto se solidifican en lo más temprano de su juventud y casi en su adolescencia, aptitudes y juicios, criterio y estilo. Su precocidad á penas deja lugar á los tanteos y á los ensayos, á la acuosa

inconsistencia con que otras organizaciones menos sólidas adoptan durante mucho tiempo la forma de los vasos que las contienen. Vese pertrechado con la entera posesión de las lenguas clásicas y con el conocimiento completo de su literatura. Advierte el movimiento contemporáneo y lo sigue de cerca cuando la muchedumbre no lo sospecha todavía. Su espíritu se engolfa en el estudio de la historia universal y se apropia la de Mallorca, antes de que estuviese hecha y sin duda predestinado para reconstruirla y condensarla. La fé católica le ilumina como apologista, la razón le esclarece en la controversia, la severa Clío le presenta sus tablillas para que con férreo estilete perpetúe en ellas juicios inmortales y hasta la musa vagabunda déjale de cuando en cuando una lira cuyas cuerdas gimen convulsas bajo aquellos dedos, acostumbrados á pulsarlas más viriles y robustas.

Ya sus primeros ensayos habían sido publicados en el folletín del *Diario de Palma*, ya habían aparecido como flor y nata de su infatigable lectura algunos tomos de *Frutos de la prensa periódica*, cuando brotó en sus artículos de *La Palma* el germen de su futura labor, con tan

envidiable lozanía, que atrajo desde la corte y desde Cataluña la mirada de muy esclarecidos ingenios y sobrepujó desde el primer instante á los de Mallorca, así anteriores como posteriores á su generación. También con esta etapa coincidió su mejor período literario, ora examinando la transformación á que de cerca asistía, ora publicando las contadas estrofas que quiso salvar del olvido, ora traduciendo las de los modernos poetas que la fama ha entronizado después como eminentes y primordiales. La literatura, la crítica, los bandos literarios en el siglo XIX danle ocasión para desentrañar con lúcida serenidad el enigma romántico que subyugaba entonces á todos los talentos. Víctor Hugo encuentra prematuramente en él un censor digno de su sobrehumana inspiración, de su colosal fantasía y de sus monstruosas innovaciones. Manzoni alcanza á verse reflejado en un espíritu cuasi gemelo por la gravedad de la escuela lombarda, que alguien ha encontrado en el primer núcleo de la restauración mallorquina. Schiller le arranca ecos que retornan la impresión de su canto dulce, espléndido y generoso, donde la luz del ideal brilla también des-

compuesta en lágrimas humanas, ofreciéndonos el iris de la creación artística. Hasta los humildes y olvidados poetas mallorquines de las pasadas centurias renacen á nueva vida y á nuevas investigaciones en uno de sus trabajos, que aunque corto, puede considerarse como fundamental, de igual modo que fundamental y por añadidura concienzudo resulta su estudio sobre *Ausias March*, escrito años más tarde y donde la poesía del Petrarca valenciano es interpretada, por primera vez, á la luz de la crítica moderna.

Empieza á definirse y dibujarse también en *La Palma* su tendencia histórica, así en los romances *Armadams* y *Españols* y *El último rey de Mallorca* cuyo ambiente de época y dramático corte vencen y superan la dureza de la versificación, como en los artículos sobre las Comunidades mallorquinas, donde ya campean los enérgicos perfiles que andando el tiempo debían singularizarle y distinguirle. Toma cuerpo con sus posteriores trabajos. A la investigación une la forma literaria, al método la disposición artística. Extrae de la mina los materiales como peón, los depura como ar-

tífice, los acrisola como crítico, como escritor les imprime una forma y les infunde un espíritu. Con las aficiones históricas siente levantarse dentro de sí el *sentido* de la arqueología, guiado por una selecta erudición y por una práctica tan constante como recatada de prematuros entusiasmos, reuniendo de esta suerte en su mano, el dominio de tantas especialidades juntas, que ahora forman y nutren por separado cuatro ó cinco ramas del árbol de la ciencia. Por tal manera pudo, al unirse á Piferrer en su obra de exhumación de los *Recuerdos y Bellezas de España*, recorrer todo Aragón, Castilla la Nueva, León y Asturias, Valladolid y Palencia, aquilatando el mérito de las ruinas, contrastando la autenticidad de sus orígenes, trazando un sin fin de historias locales que corren á perderse en el río de la madre España, evocando sucesos é instituciones, leyendo cronicones, cartas-pueblas y riquezas diplomáticas de toda especie, describiendo portaladas románticas y florecimientos ojivales al *clair de lune* de su sobrio romanticismo. Para conducir elementos tan variados su prosa ensanchó el cauce, y de retenida y decantada, se hizo corriente y numerosa;

tomó la suave cadencia ó la rotunda gravedad de Jovellanos y adornó muchos de sus finales el hipérbaton, esa elegancia latina de que hizo presente la lengua de Marco Tulio á la de Cervantes y Granada como timbre de maternal preferencia entre sus hermanas todas.

Con unánime aplauso y, en algunos puntos con asombro, fueron recibidos estos trabajos de restauración completa y concienzuda. Más todavía en el extranjero que en España se celebraron y encarecieron, ya que entre nosotros escaseaba si no admiración para aplaudirlos, competencia para juzgarlos. Con este aspecto literario, con esta iniciativa artística tan fecunda para la resurrección de las artes españolas, entremezcló Quadrado sus campañas desde la prensa, debiéndoles la mitad de sus lauros más legítimos, cuya otra mitad alcanzaría bien pronto el historiador. Sí; la cualidad y el nombre de periodista se dignifican y ensalzan en Quadrado hasta la mayor altura que hayan podido alcanzar en nuestra patria. La revolución había derrocado los tronos y los altares, las creencias y las esperanzas, la fe y las ilusiones de la vida. De los talentos románticos unos se precipi-

taban en la duda escéptica y de la duda en el pesimismo suicida, y otros volvían los ojos hacia la Cruz plantada en el Gólgota y hacia las cúpulas del Vaticano, cuyo arraigo conmovieron por un instante el regalismo jansenístico y las negaciones de la enciclopedia. Como primer paladín de esta cruzada, tremoló Chateaubriand su *Genio del Cristianismo*, que acercó la literatura á la religión por las corrientes del sentimiento, espantado ya y fugitivo de los abismos de la nada. A su ardiente llamamiento respondieron muy pronto una serie de denodados espíritus. De Maistre y Montalembert, Bonald y Veuillot, Lamartine y Lammenais, pusieron su palabra, su pluma, su lira, al servicio de la restauración religiosa, y con ella de la política cuyos cimientos le prestaba, encerrándose unos en la pureza del dogma, infringiéndola otros por celo excesivo, por sobrada complacencia ó por orgullosa audacia, todos coadyuvando á volver á las perplejas muchedumbres de cara al Evangelio. La voz semi-profética de Daniel O' Connell atronaba el parlamento británico en favor de la católica Irlanda, oprimida por la protestante metrópoli. En todas partes

se advertían síntomas de la nueva y profunda aspiración y no era España de las últimas en sentirla y expresarla por la voz de elocuentes tribunos y por la pluma de egregios pensadores.

Entre estos últimos cúpole á Quadrado señaladísimo lugar en tamaña empresa. Con el abrazo de Vergara había terminado la guerra carlista, aunque no el problema de la legitimidad dinástica ni la lucha de ideas en que el antiguo régimen se esforzaba contra el constitucionalismo, en que contra los principios revolucionarios luchaban los principios religiosos, de una manera harto estrecha confundidos con los de la monarquía absoluta para no exponerse á perder los unos junto con los otros. Aprovechándose de esta ocasión y de estas enseñanzas, publica allá por 1844 la revista titulada *La Fé,* en unión de su inseparable Aguiló y del abogado Vidal y Pont y discurre en maduros y nutridos artículos acerca de la fe religiosa, literaria y política, con una amplitud de miras, con una generosidad de intentos, con una templanza de formas que no obstan á la inflexible firmeza de sus convicciones. Es un creyente, no un fanático obcecado.

Es la claravidencia de la fé, no la irritante y maligna obsesión del sectarismo. La fé alumbra sus ojos dignos de contemplarla, como á otros les ciegan y dañan y llenan de confusión sus extravíos. Quiere que el espíritu religioso penetre en la política y en la literatura, sin apoyarse en ellas como base, sino alentándolas como espíritu íntimo, por que no necesita de ellas, que ellas son las necesitadas. Llamado á Madrid por el insigne Balmes y el Marqués de Viluma, comparte la intención y la gloria de haber procurado la fusión política y dinástica que sostuvieron en 1845 y 46 con el aconsejado enlace de la joven Isabel II y el Pretendiente. Dirige *El Conciliador* y colabora con el filósofo de Vich en *El Pensamiento de la Nación* «donde tuvo ocasión de exponer por partes y en conjunto el vasto sistema que debía hacer practicable la unión española, al paso que de deshacer en asídua polémica las objecciones que se le oponían,» combatiendo más contra los doctrinarios y moderantistas que contra los exaltados, contra el *falso orden* «mucho antes de que la catástrofe mal prevenida y acaso provocada le obligase á combatir la falsa *libertad*.» Y esto ocurrió

con la última revolución de Septiembre, después de la cual ya no luchó por el orden, sino por *La Unidad Católica* que dió título á su última revista y espacio á sus últimos y tal vez más rutilantes trabajos periodísticos. En esta escuela de los *publicistas* catòlicos, puede aventajarle Balmes en la encadenación lógica de su pensamiento y en la fuerza especulativa del filósofo sistemático, cogido al ancla de la metafísica; pueden aventajarle en opulencias á veces declamatorias Donoso Cortés y Aparisi y Guijarro; nadie le supera en el nervio y la fibra, en la recia contextura de su estilo; en la abundancia de ideas; en la felicidad de la expresión, concisa y plástica á la vez, en el sentido *parenético* de los ejemplos históricos, que encuentra y no busca para cada caso y sobre todo en su habilidad férrea de polemista siempre victorioso, que á los rigores de una dialéctica implacable en el fondo, añade para sus contendientes los rigores igualmente implacables de la forma y la frase literaria más aguzadas y vigorosas, que ya reveló, extremándolas, su *Vindicación* contra Jorge Sand por *Un hiver á Majorque* y que ajustó á todos los límites y respetos la

contestación al P. Gago, con motivo del Concilio general del Vaticano, en Roma.

No de otra suerte pudo escribir de política religiosa quien se alimentaba por diario sustento con la médula de león de las grandes lecturas de historia y con la investigación propia y personal de acon tecimientos, orígenes y consecuencias. Los *Forenses y Ciudadanos*, dieron en 1847 con la revelación de un historiador profundo, con la revelación de unas disensiones características, con un fragmento palpitante de vida en la historia del siglo XV, la norma del nuevo método para escribirla. La historia de Mallorca en las manos de Quadrado, aparte del interés local, toma dilatada trascendencia y realmente puede «servir de tipo á una *historia íntima, social y en detalle,*» tal como la reclama la evolución positiva y experimentalista de la ciencia, tal como la escribiera Macaulay, tal como Taine la ha elevado á sistema en estos últimos años. Con igual fuerza é intensidad se reproduce ese mérito en los cuatro capítulos con que ha completado la parte histórica en el tomo de Piferrer sobre *Mallorca*, reproducido ahora con el título de *Las Baleares*, los cuales merecen

seguramente estudio más especial y detenido antes de que podamos abarcarlos sintéticamente, así por los datos investigados como por la tupida trama en que los combina y relaciona y entreteje. Y si por unas veces el historiador se adhiere al terruño patrio, ciérnese otras sobre las cimas de la humanidad, cuando cogiendo la pluma que soltara el inmortal Bossuet al llegar á Carlomagno, espantado de su grandeza, traza la cronología de los últimos doce siglos, sigue el desenvolvimiento de la Iglesia y las vicisitudes de los estados, esculpiendo mejor que escribiendo ese largo y vigoroso bajo-relieve digno de correr á lo largo de un templo de la Victoria, donde con clásica sobriedad los buenos quedan inmortalizados en sus actitudes heroicas y estatuarias, donde los réprobos muestran el estigma indeleble de la degradación, donde la ágil mano de nuestro compatriota ha sabido encontrar el sombrío pincel de Tácito y la inmortal concisión de Salustio, siguiendo con ardoroso ímpetu al águila de Meaux en la continuación de su imperecedero *Discurso*.

No quedaría con lo dicho completo ni perfilado el bosquejo de una tan intere-

sante personalidad si, de pasada, cuando menos, no mencionara los primores ascéticos y á veces puramente místicos de su pluma en el *Mes de mayo,* en el *Mes de marzo* y en las consideraciones sobre las *Siete palabras*. Combínanse, sobre todo en el primero y las últimas, la no desmentida tradición de la escuela mística española, la fluidez llana y transparente con la profundidad psicológica, el prestigio cuasi musical de la prosa con los epinicios del apologista, cuya alma presa de amores celestiales derrítese como cera virgen en aquella fusión que desbordó la pluma de Ramón Lull en el canto paradisiaco de *Amich é amat*, abrió á Teresa de Jesús la clarísima visión de las *Moradas,* hizo gemir la angélica lira de Juan de la Cruz y humedeció con la leche y la miel de inefables dulzuras los seráficos conceptos de Fray Juan de los Ángeles. Y no sólo en los arrobamientos del éxtasis se detiene, si que también sobrepuja las notas argentinas del salterio misterioso, aquella gravedad profunda y abrumadora del moralista que sabe reunir en una sola corriente, la sentenciosa severidad de Tomás Kempis, las floridísimas y risueñas guirnaldas del moderno Verda-

guer. Tal vez como obra literaria, como precioso y esmaltado tejido de dicción sanamente castiza sea el *Mes de mayo* lo mejor de cuanto escribió el autor de *Martín Venegas*.

Porque Quadrado ha sido también, mejor dicho, es autor dramático. No es mala antorcha la historia para penetrar y alumbrar en el templo de Talía. Mas ni de aquel drama ni de *Cristina de Noruega* y *Leovigildo*, cabe ocuparse ahora por permanecer inéditos todavía, aunque pudiera ofrecernos luz bastante el arreglo de distintas obras capitales del gran Shakespeare, que publicó en la última época del *Museo Balear*. Cierto que afean al genio inglés las deformidades del monstruo, que pagó tributo á las corrupciones de la época y al afán declamatorio y lírico de las muchedumbres, siempre más atraidas por la vistosa y gárrula hojarasca que por la robustez del tronco y la plenitud de la savia fecundante. Monstruosa es la Esfinge que hace caer en profunda meditación al viajero sorprendido en mitad de la abrasada llanura, monstruosa la Sirena que atrae al navegante; pero es empeño poco menos que sobrehumano el querer reducir esas de-

formidades ingénitas á suprema corrección de líneas, pues en una parte sobrarará el material tanto como escasee en otra y no será tan perfecta que alcance á resultar invisible la soldadura. Ese atrevimiento resultaría imperdonable y hasta sacrílego al tratarse de una estatua, de un monumento, de un lienzo único é inmortal. Sin embargo, la obra literaria por su naturaleza es profusa y no se destruye con ensayos y refundiciones. El original, el tipo, permanece inalterado. La corrección prevalece ó se olvida y, en suma, sufre los riesgos de la comparación y el cotejo. Lo único pue se arriesga es el tiempo y el talento, que, aun tomando en buena cuenta las refundiciones de Shakespeare, pudo Quadrado aplicar á otras prolijas empresas que lo solicitaban y en las cuales es acaso completamente insustituible.

Inteligencia gemela de la de Balmes le llamó un pulquérrimo escritor mallorquín, y á fe que no anduvo equivocado. La crítica menuda y callejera no lo ha pregonado diariamente; aferrado á sus ideales, no ha contemporizado eclécticamente con la época á fin de recabar sus lisonjas. Su fama no es popular; es esen-

cialmente docta, que sólo por refracción llega á la muchedumbre una nombradía cifrada principalmente en la paternidad de la historia de Mallorca, en la reconstrucción arqueológica y cronológica de unos estudios cuya profundidad, no en España, en la península ibérica únicamente podríamos comparar á la de Herculano; una nombradía cifrada de igual modo en la transcripción panorámica de la historia universal, en la fuerza expresiva de un estilo *pródigo de ideas y avaro de palabras* y en el raudo encumbramiento de una inteligencia cuya altura no podemos medir por nuestros propios pasos, sino por lo que de nosotros se aleja.

Entre los redactores de *La Palma* ocupa D. Antonio Montis y Boneo, Marqués de la Bastida (1815–1880) el sitio más apacible y modesto, ya que muy pronto trocó el cuidado de las letras por otros más apremiantes y asíduos. En sus escasas poesías, suave transpiración de nostalgias juveniles, en su *Casita de Randa*, sigue la corriente de su tiempo sobrecogido de soñolientas melancolías y alimentado de imaginarias aventuras, mientras con sus artículos de costumbres (alguno de los cuales como *De cuatro á seis*, merece el

dictado de donoso y ocurrente) nos ofrece un trasunto de aquel estado social, verdadera transición de la sociedad antigua á la moderna, en cuya amena copia nos recreamos todavía entre risueños y contristados, prevaleciendo al fin ese fondo lastimero que al cabo de los años resurge por entre los intersticios de todas las obras, aun de aquellas que más quisieron tener de prosaicas y desenfadadas. No de otra manera al cruzar las salas de un caserón abandonado nos paramos pensativos á contemplar las cornucopias de plateresco follaje, ante las cuales tantas veces ahuecaron sus tontillos y dispusieron coquetamente sus peinetas las *preciosas* de empolvados cabellos, en las pausas del galante minué; ni de otro modo nos sorprende en el fondo de las cómodas olvidadas, el cincelado pomo, dejando emanar el resto de una esencia que para siempre se evaporó con la juventud y la belleza que un dia perfumara. El Borne, las tertulias, los casinos, el teatro, dejan su viñeta en los artículos de *Simón*, que son por otro estilo un eco á veces muy perceptible de la charla del *Curioso parlante* ó del genial soliloquio de *Fígaro*.

Uniéronseles á poco á los fautores de *La Palma* D. José Rocaberti de Dameto y D. José Quint Zaforteza, quienes desde entonces, junto con Montis, alternaron en calidad de *dilettanti,* mejor que de ingenios activos, en el pequeño *cenáculo* que se formó. Las composiciones que hemos alcanzado á ver de Rocaberti, son ensayos de versificación fluida y esmerada, alguna de ellas mallorquina, y las de Quint anduvieron manuscritas, si no clandestinas, por la seguridad de los trazos y la incisión cruenta de sus afiladas redondillas, que rebajó al nivel de las miserias políticas y de las absorbentes y pasajeras personalidades que por su escenario cruzan, atrayendo un instante todas las miradas y poco después todos los olvidos y aun todas las maldiciones y sarcasmos. De aquel retirado parnasillo brotó la *Historia de la Dragonera en sus relaciones con la civilización europea* á semejanza del retumbante Bover que había dado á la estampa un endeble folleto con el título de *Historia de Cabrera en sus relaciones con la historia de Francia*. Despilfarro de erudición y de extravagancia, de ingenio y aun de sátira profunda y certera hállase en el opúsculo cuyas alusiones

á sucesos menudos y con frecuencia contemporáneos necesitan de una clave ó buscapié para ser completamente inteligibles. La ligereza, la credulidad histórica, las absurdas grandezas pregonadas en nombre de un ridículo patriotismo, la entonación enfática y grandilocuente para asuntos ruines y despreciables, todo se halla reducido á feliz parodia, y aun en medio de la natural monotonía del conjunto, algunas flechas vuelan más alto apuntadas al extravío de las costumbres políticas y sociales, al parlero derroche constitucional, y á la cándida buena fe de las juntas y comisiones que, á semejanza de las cortesanas, se reunen mucho y no paren nunca. Sátira elevada, si no urentísima, cauterizante y no desgarradora; suave ironía de todo espíritu superior, no secreción purulenta de una alma gangrenada por la impotencia y la envidia.

Menos hubo de sufrir Bover, cabeza de turco de los torneos epigramáticos, con *La Dragonera*, que con las desvergonzadas claridades de *El Tio Tararira*, cuyo carcaj se agotó contra el pobre árcade y que fué objeto de una sentencia judicial por sus injurias. Con aquel gru-

po quedó cimentada la tendencia regional. No tardaron mucho en ensayarse sus adeptos en el cultivo literario de la lengua mallorquina y hasta el tan traido y llevado artículo que *La Palma* publicó, hostil en cierto modo á la resurrección de los mal llamados *dialectos*, no perteneció á los redactores constantes, sino al publicista D. Jaime Pujol, quien apegado por ventura á la ideología de Destutt-Tracy entonces en voga, representa junto con D. Pedro Juan Morell, el movimiento especulativo de la época, iniciados como estaban en las más recientes lecturas del derecho público y de la economía. Al par de la corriente local, y, si se me permite la frase, ortodoxa, donde siempre entró por principal elemento el *indigenismo*, comenzaron á correr sin que jamás tomasen cuerpo, aislados, empezando y terminando en sí mismos, una serie de pequeños y agotados esfuerzos de imitación madrileña, de arlequinado y cosmopolita disfraz, á cuyo acervo aportaban sus ensayos los danzantes y bohemios de la nómina. Si no merece entrar en este grupo *El Estudiantón*, publicado por D. José Martí, cuya vena satírica es acreedora á un re-

cuerdo especial y revela cultura literaria y nativo despejo, bien pudiera alcanzarles á *El Laurel Literario, El Concierto* (1845) y tantos otros engendros, abortados unos, sietemesinos los demás, alguno sostenido «por una bandada de aprendices de poeta» de los cuales no dice la fama si llegaron á aprender.

Así corrió la década de 1840 á 1850. Durante ella, impregnado de sentimentalismo, escribió D. Gabriel José Rosselló, (que ya en *La Palma* publicára *La hija del verdugo,* sombría silueta esproncediana) derramando su crónica y á menudo postiza tristeza en lamentaciones de la ilusión perdida, de la fatalidad perseguidora y de tantos tópicos como consumió el lirismo de aquel tiempo, aunque esmerando la versificación, que supo prestar á algunas versiones de Lamartine. Así también se dolieron el cultísimo Far y el suave Gradolí, cuya romántica juventud, se coronó con prematuras y muy lloradas muertes. Con el natural retraso, se hizo popular el romanticismo. Se supo en Mallorca de sus extravagancias, más aun que por los libros, por el suicidio de Larra y por la visita de Jorge Sand y Chopin. Llegaron los dramas de

Scribe y las novelas de Dumas. Tradujéronse los unos y las otras. Más de una joven, de provocada palidez, quiso resucitar en su pecho las emociones de *Valentina* ó aguardó febril é insomne, la llegada del lánguido *Stenio;* y no hubo mancebo de veinte años que no sintiese rugir en su corazón los infortunios de *Werther* ó de *René.*

III

Restauración de los Juegos florales.—Influencia mallorquina. Don Mariano Aguiló: sus trabajos filológicos y bibliográficos.—*Biblioteca catalana.*—Apreciación de sus méritos de poeta.—Don Jerónimo Rosselló; versos castellanos.—*Hojas y flores.* —Parte catalana.—*Lo Joglar de Maylorques.* —Poesías sueltas.—Estudios bibliográficos y lulianos.—Traducciones é influencia del germanismo.—Don José Luis Pons.—Concepto de su personalidad literaria.—*Poesies catalanes.*—Trabajos de crítica y retórica.

Gradualmente enlazado con el grupo de *La Palma,* encontramos en el desenvolvimiento de las letras mallorquinas otro todavía más numeroso, que debió su principal carácter á la restauración sistemática de la lengua catalana como instrumento literario, ya que la tendencia regional *interna,* arraigada quedó desde la primera tentativa. Sobre los nombres más preclaros de esta constelación se destaca D. Mariano Aguiló y Fuster (1823-hasta ahora), evocador emérito del idioma de los almogávares y de Ra-

món Lull, de Montaner y del dulcísimo Ausias. Aquella lengua que «escucharon sometidos el Etna humeante y la gentil Sirena del Pausílipo; que hizo extremecer los restos de la Acrópolis ateniense y los collados de la Armenia; aquella lengua que como anillo nupcial legara Don Jaime el Conquistador á Valencia y Mallorca; aquella lengua en que escribieron sus obras y dictaron sus leyes los más egregios príncipes de la estirpe aragonesa,» ha sido para D. Mariano Aguiló el sueño de su adolescencia, la pasión de su ardiente juventud, el cariño de toda su vida, con inaudita constancia sostenido y sin que jamás, ni por perdonable galantería, pudiese cualquiera de las otras lenguas nacionales inducirle á la menor infidelidad.

Como en otra parte y en otra ocasión debí ocuparme de esta personalidad literaria, favorita para muchos, no es extraño que repita aquí conceptos y palabras ya conocidos, si en la segunda lectura de aquel trabajo los juzgo exactos y apropiados. Si es verdad que para Dante, la Beatriz de su *Comedia* (hoy divinizada) no significa otra cosa que aquella alta y fecunda Teología, límite y cumbre de

todas las otras ciencias; si la dama de la tradición luliana que señaló la conversión del solitario de Miramar, fué comprendida como símbolo de la cultura del siglo XIII carcomida por inmunda llaga cancerosa, no sería difícil sostener una parecida interpretación respecto á la lengua catalana para D. Mariano Aguiló, considerándola como una virgen excelsa, gentil, ruborosa y adornada de todos las excelencias imaginables en quien desde mozo tuviese puestas todas sus aficiones y de cuya guarda se hubiese convertido en misterioso y solemne templario. No es que la lengua catalana sea para el señor Aguiló el asunto único de su inspiración y de sus cantos de poeta. Ha cantado, sí, en algunos *lieders* y poesías mayores su última resurrección como uno de tantos asuntos hondamente poéticos que nos ofrece el amor â la patria *chica*, amor que gana en intensidad lo que pierde en alteza cuando desciende de la nación, á la región histórica, al pueblo y á la casa natal. Ahora, si diferenciamos al poeta viviente del poeta que escribe, por fuerza habremos de reconocer que nuestra lengua regional figura entre sus dioses tutelares y aún es para

Aguiló, en cierto modo, musa doméstica y familiar que siempre le acompaña, invisible y discreta.

Y como un amor tan grande y acendrado no deja de traslucirse, de aquí que se note en todas las palabras y obras de Aguiló, cierto sentido recóndito, cierto infiltramiento tácito, misterioso y sutil de aquel afecto. Por donde resulta, que sus conceptos poéticos no sólo vienen hechos molde y escultura en la lengua catalana, sino que solo en catalán pudieron fundirse y vaciarse con tan inefable correspondencia. Ni es solamente instintivo el cuidado de este autor hacia la lengua patria. Aparte del empleo á que la destina como medio de expresión de sus pensamientos é imágenes, hala estudiado profundamente, con tenacidad de sabio y delicadezas de *dilettante*, así en los libros clásicos y documentos antiguos, como en la variable y tornadiza multitud de sus diferencias que se cambian y suceden más amenudo que los términos municipales en que son habladas. Para esto sólo había un libro abierto al afán de D. Mariano Aguiló: el *folk-lore* sin reglamentaciones anti-poéticas, sin exageraciones arbitrarias. Cruzó y cruza todavía, los lu-

gares y villas de Cataluña, las cumbres pirenaicas, la deliciosa vega valentina, las islas de este archipiélago, no perdonando la hondonada pantanosa ni la cumbre de una nevera para cazar tal sinónimo ó tal variante, ni más ni menos que si fuese un naturalista enamorado de los líquenes ó de los coleópteros.

De tales expediciones no sólo salió ganando la lengua patria, sino la poesía popular, entonces también maltrecha y próxima á descomponerse. Y si recogió palabras y giros para el copioso acervo de su Diccionario todavía inédito, obtuvo canciones, cuentos y baladas para su Romancero no menos copioso é interesante, aunque con tal retraso y lentitud emprendida su publicación, que tal vez desluzcan el efecto monumental que habrá de producir, las fragmentarias revelaciones de otros eruditos, si menos completos y depurados, en cambio más activos y oportunos en satisfacer esta ansiedad. De las fecundas horas de soledad pasadas por Aguiló en las bibliotecas y archivos, brotó poco á poco la bibliografía de las obras publicadas en lengua catalana desde la introducción de la imprenta, sobre la cual nada puede decir la crítica sin pecar

de oficiosa, puesto que todavía no ha sido dada al público, y la *Biblioteca Catalana*, insuperable publicación destinada á resucitar las obras capitales de nuestro idioma, extrayéndolas del yacimiento en que las sepultaron el olvido y la incuria, tal vez por orgulloso desdén del renacimiento, que se vengaba de la ignorancia ruda y semi-bárbara de la edad media, con el bárbaro exclusivismo clásico, así auténtico como renacido. ¡Lástima que todavía anden incompletos y descabezados muchos de aquellos preciosos volúmenes, por falta de prólogos que guíen al lector no erudito en la intrincada selva de palabras ahora no vivientes, que fijen la influencia y el mérito de *Tirant lo Blanch*, el encanto candoroso de la *Crónica* del Rey D. Jaime, la gravedad austera del *Libre de Consolació de filosofía!* Y en suma, lástima que no se puedan presentar de un modo definitivo á la consideración de los contemporáneos unos veinte volúmenes, donde la novedad é interés de la investigación bibliográfica (que prometía la exhumación de toda una literatura), se une al más alto y exquisito primor tipográfico que haya alcanzado en España bibliófilo alguno.

Tal vez á esto mismo, á la selectísima edición, no menos que á haber quedado incompletos por falta de prólogo ó de índice muchos de los libros, se debe que un trabajo tan excelente, sea *inédito* todavía para la masa general de los lectores, cuando lo que más interesaba á la literatura y á la lengua catalanas era que se difundiesen y propagasen, como obra de iniciación rápida y extensa, mejor que como solitario recreamiento de unos pocos y escogidos *amateurs*.

Y aun así, á pesar del mérito eminente y sólido que entraña una labor tan docta y constante, iluminada por el más pulcro espíritu estético, puede decirse que en D. Mariano Aguiló, el sabio ha hecho daño al poeta, despierto á la belleza y al renacimiento de la lengua catalana casi inmediatamente después que Rubió y Ors inició explícitamente aquella empresa de reivindicación. De Mallorca le llegaron al *Gayter del Llobregat* «los primeros y, por ser de fuera, más estimados refuerzos», entre los cuales distinguióse por lo inmediato y brillante, el de Aguiló. Del tronco de sus investigaciones filológicas y literarias brotaron las flores de su poesía, nacidas al calor de una

imaginación explendorosa, comparada por Guillermo Forteza en su diafanidad, ya que no en su magnitud, á la de Moore y Heine y en el mismo sentido compara ble á la de Schiller, cuando de la imagen concreta se remonta á la verdad moral ó filosófica, sin hacer visible prurito docente ó tendencioso de ninguna especie. Contrastaron y contrastan aun con muchas de las poesías castellanas y catalanas más corrientes, con su fluidez insubstancial é inexpresiva, con su corrección desleida é incolora: el vigor intenso de la concepción, la fragancia y virginidad de la forma, la fuerza plasmante del epiteto felizmente descubierta mucho antes de que el frenesí colorista de la novela contemporánea la sacara de su cauce, la ausencia de toda prolijidad y de toda garrulería que logre convertir al poeta exquisito en *versista* adocenado. Para ello no le fué preciso extremar la predisposición al romanticismo sombrío y lúgubre. Puede decirse que de sus exageraciones apenas recibió influencias directas é íntimas, exceptuando el amor á la poesía romancesca y legendaria. El mismo poeta se encarga de decirlo en una de sus poesías de mayor y más personal carácter,

tratando de disculpar su falta de aliño retórico:

Tench indómit l' ideal;
ni som clássich ni romántich.
Cant en llengua maternal
y vull que sia el meu cántich,
vertader y natural.

Unicamente puede considerársele romántico, porque no es clásico ó porque se afana en restaurar una lengua hasta entonces entregada á las necesidades domésticas, á las pláticas rurales, á la torpe sátira de vecindad. Y esta lengua no la conoce Aguiló á través de ningún libro (moderno, se entiende) ni después de alambicada y esterilizada por ninguna academia. La conoce como conoce la naturaleza misma, sin velos ni cendales, en su castísima y completa desnudez, en su ingénita rusticidad, no cohibida ni deformada, á título de cultura y pulimiento, por ninguna etiqueta retórica ó cortesana. Lengua saturada de aromas agrestes y marinos, que guarda para cada cosa concreta su palabra concreta, rutilante, húmeda de rocío; y no aquellos eufemismos y perífrasis del estilo pseudo-clásico y de los idiomas académicos, plagados de vaguedades generales é indecisas, donde no asoman nunca las retamas, ni las

verbenas, ni los nardos, ni el azahar, sino la flor en abstracto y el hombre en abstracto. Mal podía incurrir Aguiló en esta pobreza y extenuamiento del vocabulario, cuando sus viajes le enseñaron á conocer las más preciadas y bravías hermosuras de la naturaleza y del arte, juntamente con voces y palabras incontaminadas por los corruptos aires de la escuela, pudiendo decirse que de muchos conceptos recibió la sensación al mismo tiempo que el nombre pintoresco y expresivo. De tal manera entre los modernos, acaso esceptuando á Verdaguer, es el que posee más rico vocabulario y por lo tanto, combinado con su imaginación, más rica paleta y más completa *gama* de colores. Menos verdad que apariencia tiene en mi sentir la objeción de arcaismo que se opone al lenguaje literario de Aguiló. Acaso superficialmente se toman por anticuadas y muertas, muchas palabras que son de uso continuo y diario entre los rústicos de este ó del otro lugarejo. Es arcaica la imitación de un estilo antiguo determinado, por ejemplo, el de Ausias March; pero no debe confundirse con el arcaismo, el afán de la unificación que D. Mariano Aguiló persigue al apor-

tar al cauce de la lengua catalana los arroyos de sus cuatro dialectos (catalán, mallorquín, valenciano y rossellonés) sin contar con los pequeños torrentes léxicos que nacen en lo más alto de las montañas ó en lo más recóndito de los valles de cada comarca, caudal inédito, salvaje, espontaneo, que quiere devolver á la circulación anémica y empobrecida de las ciudades, como savia fecundante y robustecedora. Que esa unidad sea real ó ficticia, que sea imposible de detener ya el trabajo disolvente de los años y de la incuria, problema es éste más propio de la ciencia filológica en especial que de la crítica literaria, aunque si solo abarcase el aumento del diccionario poético, la abolición de la *ley de castas* literarias y de la distinción enervante y estéril entre vocablos nobles é innobles, no titubearía en aplaudir la transfusión del elemento natural y sano en el caduco organismo retórico. Aquí el punto difícil no es el de la riqueza léxica, pues que si sólo diferencia de vocabularios separase á los dialectos de la lengua catalana, la unificación literaria y culta, mejor que en la segregación estribaría en la suma de elementos, para llegar á imponderable riqueza.

La dificultad se encuentra en las divergencias de analogía y de sintáxis, en la diversidad de artículos y de conjugaciones, en la diferente construcción de las claúsulas según sean los dialectos y aun los sub-dialectos. Esta unificación si llegase á imponerse literariamente, nunca alcanzaría á la realidad, á pesar de las transacciones á que unos ú otros se verían obligados, surgiendo siempre del fondo de esa mezcla, una lengua arbitraria y de academia, de literatos y eruditos, no de escritores espontáneos, directos y veraces.

Después de cincuenta años de restauración que lleva la lengua catalana, todavía no ha logrado conglomerarse y cuajar en una gramática definitiva. El nucleo más compacto y escogido fórmalo, no hay duda, la tendencia uniformadora de don Mariano Aguiló tomando por base el tipo dialectal de Cataluña, suavizado por la meliflua fraseología mallorquina y pirenaica. Rivalidades de personas, intolerancias de localidad, exclusivismos de bandería unas veces expresadas por el intrasingente Briz y otras por Bofarull, ayudados siempre por la parodia de Pitarra, se han opuesto al progreso de esta

tendencia, que por razones más técnicas y literarias, se hubiera detenido ante los géneros descriptivos y de costumbres y ante la forma de la novela naturalista que solo acepta las *realidades* y por lo tanto el lenguaje viviente, aunque muchos *naturalistas* se contradigan de la manera más candorosa é iliteraria al reprender á los novelistas catalanes porque no escriben en castellano. (!) De todas maneras, nuestro idioma debe á Aguiló la amplitud de su caudal, la riqueza de voces y de giros, la infusión del elemento hablado en el artístico y del primitivo y olvidado en el actual, transfusión á que apelan las literaturas empobrecidas por falta de cultivo como la catalana ó por sobra de preceptos como la francesa. Así Pablo Luis Courier en sus traducciones clásicas, para acercar la lengua de Boileau y La Harpe á la naturaleza selvática y virgen, tuvo que remozarla en la corriente antígua, en la prosa abundante, colorida y *gauloise* del siglo XVI, en Rabelais, en Montaigne, asegurando haber tan solo en Europa cinco ó seis hombres que sepan griego y que es mucho menor todavía el número de los que sepan francés. Y de la misma manera el poeta de las *Con-*

templaciones pudo jactarse de haber traido á la rima y levantado del lodo de las calles, las voces plebeyas y democráticas, esclamando:

«Et je mêlai, parmi les ombres débordées
au peuple noir des mots l' essaim blanc des idées
et je dis: «Pas de mots, ou l' idée au vol pur,
ne puisse se poser tout humide d' azur...»

Volviendo á la producción poética de don Mariano Aguiló, digamos, que para avalorar los quilates de un autor pueden tenerse en cuenta dos cualidades, cuya ausencia no significa siempre falta de mérito, pero cuya presencia es punto menos que infalible para afirmarlo. Consiste una en la *traducibilidad* de la poesía, ó sea, en la posibilidad de pasar del verso á la prosa ó de una lengua ó otra lengna, con energía y significación, á parte del hálito interior y en cierto modo fluídico que se evapora al deshojarse la estrofa original. Entenderemos por la otra, cierta tenacidad ó permanencia en la memoria de alguna impresión poética que sobrevive á las lecturas olvidadas y vulgares, dejando hondo surco ó luminosa estela. No debe ocultarse lo raro de estos atributos en la moderna poesía española donde por regla general el mérito se re-

reduce á un estéril y artificioso pulimiento de la última corteza de la expresión, al bruñido mejor que al *tallado* de la frase, y en que son pocos los poetas que cuando cantan, se propongan y deliberadamente consignan decir algo substancioso y sincero á la humanidad. Por esto me sorprende la imaginación de Aguiló, fanal de espléndidos colores, rosetón abierto en la airosa ojiva, para que al través de sus vidrios la luz de la realidad penetre en el misterio del alma, fantasía rica y tornasolada, donde los tonos y cambiantes no se agotan jamás á manera de combinaciones del caleidoscopo, sujeto todo á la simplicidad de un pensamiento á cuyo alrededor hace girar la danza de sus imágenes juveniles, llenas de aromas y de primaverales turgencias, hasta conseguir el don, á muy pocos otorgado, de que brille en el símbolo concreto, una ley, una verdad general y humana. Sorprende la idea y cógela pór las alas, como libélula vaporosa, bañada todavía de éter, atraída por la luz de la belleza, que quiebran y descomponen en toda suerte de irisados reflejos, las facetas de su gentil pensamiento. Este color, esta fuerza, este brío de la imaginación

que concentra en intenso foco rayos de luz dispersos é imagenes fugitivas, combínanse de tal manera y con tal arte generalizan lo que de suyo es local ó subjetivo, que merced á ello quedan sus composiciones como símbolo y cifra de los asuntos tratados, dando á éstos aquel prestigio proverbial y axiomático, que sólo alcanza quien en realidad merece el nombre de vate. Concentradas, traducibles y duraderas son, pues, las poesías del cantor de la *Esperanza*. Mas ¿qué lugar ó hueco les corresponde en el encasillado de la retórica áulica? En vano el preceptista, dice un crítico, practicará deslindes y amojonamientos en el campo de la literatura; en vano el astrónomo dividirá en zonas la inmensidad celeste para mejor estudiar sus constelaciones y sus estrellas. Dios en el cielo y la inspiración en el arte borran zonas y linderos, que las órbitas de los astros ó los vuelos del espíritu, traspasan y desprecian. No es Aguiló el poeta de la plaza pública, que con declamación tribunicia y civil fustigue tiranías ó revoluciones, soplando, agitado, en la tea de la discordia. No heredó el asunto ya risible y tópico, de *la pavorosa duda*, ni suspira con

alemanisca languidez, ni remontándose demasiado busca imágenes primitivas y homéricas, tropos ingentes, grandiosidades y cataclismos geológicos, viendo á los hombres, los paisajes, las montañas y hasta las naciones á esa distancia panorámica que suele verlas el maravilloso Verdaguer. Su imaginación no es el telescopio que agranda, sino el limpísimo espejo que retiene, concentra y depura. Su mérito no estriba en el aumento, sino en la diafanidad. Sus asuntos están en el centro mismo de la belleza y no en sus extremos sublimes, para dejar en el alma reposo, serenidad y noble maravilla de estas hermosuras de la belleza física y de la belleza moral. Escuchemos en su *Alborada* las voces de misterioso consuelo del amanecer, cuando la aurora cierra los párpados del delirante enfermo; sienta el hombre dentro de sí mismo como ángeles desterrados del cielo, *el entendimiento* y *el amor*, mientras la multitud prolífica de los demás seres se explaya y refocila con genesíaca exhuberancia, sobre la tierra fecunda y omniparente; oigamos el nombre gentil de aquellas *Flors de montanya*, aspiremos su aroma y acudan á nuestros ojos las hirvientes lágrimas al

son de los bailes de la aldea, entre cuyo rodar fugitivo parece que se vaya el resto del idioma y de la nacionalidad; veamos detener con *La traslación del Archivo* de la corona aragonesa, el vuelo de las Horas espantadas para encerrar al Tiempo en la estrechez de aquella sala, como en su jaula al león, sin que apesar de progresos y avances, invenciones y conquistas, pueda revelar á la humanidad si su vida es ahora menos miserable que antes; tiéndase, en fin, sobre el cielo de la poesía el prodigioso arcos iris de la *Esperanza* ó inícienos en las íntimas dulzuras de su *Idilio* doméstico perfumado en la casa por la infancia del hijo y en el jardín por la primavera de las flores, solo comparables en lozanía á las de la imaginación del poeta,... en todos partes reconocemos su personalidad.

El mismo encanto se halla en la colección poemática de sus *Fochs-follets* (fuegos fátuos) y en la extensa serie de amorosas, donde se combina la elegante molicie de la forma ovidiana, con el sentimiento más puro y humano de un creyente del siglo XIX. El poeta es siempre el mismo. Diríase que le cupo en suerte un prestigio aristocrático, que sabe

comunicar á las trivalidades mismas que intenta versificar por pasatiempo. Como escritor y como bibliófilo, como erudito y como poeta, la musa de lo exquisito, con mano pulquérrima, impregna en él cuanto toca, de sobria é inconfundible distinción. Su visión ardiente y colorida de la naturaleza, la realidad en que estriban sus asuntos unen á la tierra su ideal, dándole relieve plástico, encarnándolo y haciéndolo sensible; al par que la pureza de las ideas y el temblor del sentimiento, enfrenan las bizarrías pomposas en que pudiera derramarse su estilo sanguineo y moderno, de complexión sana y no pocas veces pletórica.

No así D. Jerónimo Rosselló, en el cual casi siempre domina la dulzura doliente, un desfallecimiento de la sensibilidad de su musa delicada y femenil, como de ello es buena muestra el tomo de *Hojas y Flores* (1853) primera colección de sus ensayos líricos en castellano. Ostentan la nitidez, la blancura, la suavidad de la flor de los almendros, pero cual ella se confunden á veces con la nieve á fuerza de su monotona candidez, cual ella son efímeras y expuestas á deshojarse. Rebosantes de sentimiento y de melan-

colía lamartiniana resultan muchas de aquellas elegías amatorias y juveniles *(Casto lirio, Veinte años, Mi gloria...)* no menos que los romances, líricos y no narrativos, como su nombre é índole parecen indicar, y lo mismo que las odas y sonetos que el libro contiene. Confúndense todos en el mismo sentimiento, en el mismo color, en el mismo aroma. Mejor que flores separadamente abiertas y nutridas, parecen haber exhalado como esa temprana y múltiple eflorescencia que hace, por un día, una sola flor de toda la planta, del mismo modo que aquí resulta una sola poesía de todo el libro: la poesía de la primera juventud, romántica, abatida, quejumbrosa; vírgen clorótica y exangüe, disipada en ensueños, en claros arroyos, en noches de luna, en lamentaciones de la ilusión fugaz, en amargor de desengaños fatales, en acerbas decepciones, cuyas causas efectivas, por supuesto, nunca se mencionan y hasta diríase que se inventan ó sobreenden, con gran detrimento de la sinceridad y del efecto artístico persuasivos y eficaces.

Tales reparos únense respecto de Roselló á la difusión extrema y nebulosa,

al abuso del *esfumino* con que se borran y desvanecen los contornos y precisiones. Tiene la musa de la vaguedad, que le ha proporcionado felicísimos é insuperables aciertos *(El castell de la Armonía...)* pero que en cabio convirtiéndose en manera suya hace que el pensamiento se pierda á veces en ideales confusiones y penumbras. Este defecto débese en gran parte á la tersura y facilidad de su versificación, no detenida ni reposada, sino suelta, copiosa y corriente, infatigable en la enumeración y la paráfrasis. Es fama que se invierten cien mil rosas de Alejandría para destilar una sola gota del perfume que gusta al rey de los persas. De este modo hay artistas refinadísimos, que concentran, destilan y quintesencian su producción. En cambio, otros prefieren servir y presentar las cien mil rosas, convertidas en profusas guirnaldas y desatar su corriente en ondas límpidas y en hervorosas espumas, diluyendo en ellas el perfume. Entre estos últimos debe contarse á Don Jerónimo Rosselló, bien que en sus poesías catalanas, haya puesto más *á foco*, imágenes y asuntos.

Porque muy pronto también, como Aguiló, sintióse dominado por amor ar-

diente á la restauración del habla tradicional, siendo, como se verá, uno de los que iniciaron la restauración de los Juegos Florales. En ellos brotó *Lo Joglar de Maylorques* (1863) colección de romances, pertenecientes todos al ciclo poético de la Conquista, hecho culminante de nuestra historia y única fuente épica de nuestra poesía. Todos los poetas y escritores mallorquines y muchísimos de Cataluña han glosado episodios de aquella epopeya de cuatro meses, tan corta como gloriosa y brillante, tan legendaria y romancesca, como trascendental. Todos han sido rapsodas dispersos del gran poema histórico, y la figura del Conquistador, llamado todavía entre el pueblo como un personaje viviente, *el Rey en Jaume*, se ha ido agrandando con el tiempo hasta tomar la fisonomía aventurera del Cid, la rudeza mezclada con la hidalguía de su raza y la realidad histórica, sin mitos ni fábulas, de quien, como Jenofonte y César, escribió la crónica de sus propias campañas, en «el más bello catalán.»

Rosselló ha sacado de la Conquista el asunto de sus romances, desde la casa de Pedro Martel, donde recibió el joven rey

en la sobremesa de un banquete semiheroico, las primeras noticias de la isla dorada, hasta la tradición de Fátima y Guillermo de Mediona, mezclando en la narración romancesca á la española, el delicado idealismo germánico que transparenta, como velo sutil, las escenas caballerescas y amorosas, envolviendo en brumas crepusculares los castillos y alcázares y puentes y jardines frondosos, por donde discurre la dulce *puella*, «rosa bien oliente del jardín del amor» y entre cuyos mirtos y rosales canta el ruiseñor escondido en la verde espesura. Obra llena de sentimiento y suavidad, en que los ungüentos y aromas orientales, preparados por las huríes de Mahoma, perfuman la áspera corteza de los guerreros aragoneses y catalanes, en los camarines de acalados ajimeces, abiertos al aura de la hermosa bahía, donde se desliza el esquife y voga y canta el marinero de amor, el *lay* de su tristeza.

Lástima, que para llegar á los alcázares y á los camarines y á las batallas, sea preciso pisar el cardo y el abrojo de una versificación arcaica, enrevesada y no pocas veces anacrónica, hija de la inseguridad de los primeros pasos del renaci-

miento, que no sabía si acudir al lenguaje de los códices del siglo XIII, ó cultivar la forma viviente y corrupta. Lástima que un prurito de reconstrucción filológica, aceptable á guisa de curiosidad fragmentaria, pero no en un poema de proporciones, malogre con la fatiga de la interpretación, el gusto que encontrarían los lectores no eruditos. Aun aceptando que las voces empleadas, los artículos, los adverbios, las formas de conjugación y declinación, fuesen las auténticas y puras de los siglos XIII y XIV, no se puede admitir que lo sean la versificación octosilábica, los romances y redondillas del *Joglar*, aparecidos mucho después en la *morfología* poética, ni sobre todo la construcción y la sintaxis, que son de las más cultas, ligadas y complejas del siglo que corremos, vistiéndose las imágenes más modernas y los sentimientos más de última hora, con un glosario medioeval, para producir, en resumen, ese antagonismo insoluble en que quedan perjudicados irremisiblemente el valor literario y la duración indefinida de tan hermosos romances.

No es únicamente el *Joglar* la producción de Rosselló que merece estu-

dio y admiración sincera. Ha escrito además una multitud de poesías catalanas (entendiendo siempre la denominación de catalana como comprensiva del mallorquín, valenciano y barcelonés), de las cuales tomaré como prototipo *La Almoyna* y *la Oració*, hijas augustas de la Caridad, venidas á la tierra para endulzar el sufrimiento de los desheredados del cuerpo y del alma. Elocuente declamación animada, si así vale expresarse, por un puro socialismo cristiano, puede leerse con fruición aún después de conocido el fulgurante canto de *La Charité*, de Victor Hugo. Cito con preferencia *La Almoyna* de Rosselló por ser todas las demás poesías de esta segunda manera, trasuntos de la misma forma alegórico-nebulosa y por contener iguales personificaciones y prosopopeyas de virtudes é ideas abstractas. Todas ellas revelan bien à las claras la influencia de la poesía alemana, la copiosa y selecta lectura del maestro en *Gay Saber*, segundo de los que alcanzaron esta jerarquía literaria. Efectivamente; uno de los méritos principales de D. Jerónimo Rosselló, se encuentra en el conocimiento íntimo y familiar de los grandes poetas modernos y

especialmente de las llamadas literaturas septentrionales. Gœthe, Schiller, Byron, Uhland, Mürger, Walter Scott, sobre todo aquellos en quienes predominó la afición caballeresca y *feudalizante*, despertaron y estremecieron su numen misterioso, hasta producir dos tomos de *Baladas*, impresos hace mucho, aunque inéditos todavía, la mayor parte de ellas de asunto original y otras imitación ó paráfrasis, mejor que traducción, de aquellos famosos poetas. En este aspecto Rosselló tiene grande semejanza con el ilustre valenciano Teodoro Llorente, bien que este último traduce con más rigor y con sujeción más extricta al original. El traductor mallorquín es más libre en sus versiones, prefiere verter las ideas, las sugestiones vagorosas, el prestigio musical, aunque por sobrado diluido peque alguna vez de obscuro. *Fridolín*, de Schiller, es una muestra de feliz acierto, insertada, también por feliz y esta vez más raro acierto crítico, en el artículo que Bover, en su *Biblioteca*, dedica á Rosselló.

La influencia de esa popularización fué un progreso á él debido en Mallorca y también en mucha parte de España.

Este delicadísimo olfato tan pronto en descubrir el aroma de la belleza por remotos y no trillados senderos, arguye una complexión estética verdaderamente predestinada para la literatura, y no revela poca superioridad al adivinar por criterio propio, por gusto personal, el valor de muchas producciones cuasi desconocidas en nuestra patria donde tan reacias y tardías anduvieron hasta hace poco la investigación y la crítica de altura. Mas donde le cabe á D. Jerónimo Rosselló una primacía eminente, es en la restauración perseverante y sistemática de los estudios lulianos, caidos en gran postración desde que el P. Pascual agotó enciclopédicamense la materia en sus *Vindicias* y desde que la revolución, ideológica no menos que política, de principios de este siglo, hizo tomar al pensamiento nuevas veredas, apartándole con sistemática preocupación *iliberal*, de autores conocidos de oidas, de asuntos motejados de escolásticos, así, en montón, cuando tal vez fueron en su época avances inusitados ó evoluciones sorprendentes de la metafísica que rompía la estrechez de los métodos tradicionales y pudieron significar una libertad inte-

lectual que se levantaba, rugiente y caudalosa como una catarata, saltando los diques de la rutina. Sus *Obras rimadas de Raimundo Lulio* (1859) fueron para la generalidad de los contemporáneos, una revelación. Libro de paciencia, de investigación, de copia, de trabajo asiduo y perseverante, mereció por parte de Amador de los Ríos una mención muy señalada en la *Historia crítica de la literatura española.* al ocuparse del iluminado Doctor. No menos estima le dispensan por frecuentes alusiones y citas, espíritus críticos tan positivos é irreligiosos como Renan y Litré en el tomo XXIX de la *Histoire literaire de la France*, continuación de la que emprendieron los Benedictinos de San Mauro, debida ahora á los miembros de la Academia francesa. Mayor estudio supone y representa todavía la *Biblioteca Luliana* trabajo bibliográfico de gran valía, no impreso aún, y existente en la Biblioteca Nacional en virtud de real orden, pués fué premiado en uno de los concursos abiertos por el gobierno. La opinión de los doctos, es que no se ha dicho todavía en materias de lulismo la última palabra, que la misma bibliografía de nuestro gran escri-

tor y filósofo no se halla completamente depurada. Mas no cabe negar que estos dos trabajos de Rosselló, suponen un paso cuasi decisivo hacia ella.

Esto en cuanto á su valor intrínseco, que su transcendencia fué mayor, ya que contribuyó en alto grado á la iniciación de nuestra época en el estudio de aquel escritor, que más que un escritor fué toda una literatura, señalando el principio de la reacción que obtuvo su apoteosis poética en el *Homenaje* de Miramar (1877) y en las munificencias arqueológicas del Archiduque Luís Salvador de Austria, y su más alto concepto en las obras de otro príncipe, pero éste de las letras: èn Menendez y Pelayo. Acaso es más difícil de apreciar la utilidad de la publicación de las *Obras completas* de Lull, últimamente emprendida por Rosselló. Cierto que el poseerlas en su texto y romance original puede ser muy útil á la interpretación científica, no contando como no contamos con ninguna edición monumental, en el idioma nativo que de contínuo empleara el eremita de Randa. Pero muchos entendemos que lo que más falta hace, dado el modo de ser de la moderna cultura, es una obra de apreciacíón de la in-

fluencia, doctrinas, originalidad, estilo y progresos debidos á nuestro célebre compatriota. Para ello no será suficiente la erudición literaria; se necesita que dentro del erudito haya el filósofo y el escritor, es decir, un crítico de altas dotes, como tal vez sólo encontremos ahora en el historiador de los *Heterodoxos*. Mas aunque con estas reflexiones pierda algo el concepto de *oportunidad* de las obras completas, su valor para lo futuro, su valor permanente y extra-regional, la difusión de los antiguos textos, la reivindicación de la lengua catalana contra el latín putrefacto de la edición maguntina, son conquistas efectivas y que á la larga han de prosperar, si Rosselló persevera y da cima al monumento. Gran arrojo se necesita para arriesgarse, completamente solitario, á un trabajo de tamaña magnitud. Unicamente la material tarea de la copia y de la compulsa de códices diversos, absorbe un tiempo difícil de calcular. Diríase que lanzarse sin colaboración á tal empresa, es hacerse á la vela en un gran navío, completamente sólo, sin marineros ni grumetes que ejecuten la maniobra. Puede que llegue á puerto; mas ¿quién osa decir lo que sucederá en alta mar al

que sólo confiado en la plenitud de la fuerza propia, se aventura á los riesgos de la travesía?

Un último aspecto de la vida literaria de Rosselló falta mencionar y es la resurrección ó publicación de nuestros principales poetas así castellanos como catalanes, así antiguos como modernos. Proyecto de suma utilidad literaria es el que perseguía y del cual no ha logrado realizar más que una parte: los poetas baleares en castellano de los siglos XVI y XVII y las *Flors de Mallorca,* poesías catalanas de autores baleares de este siglo, apreciables publicaciones cuando no por los juicios, por las noticias biográficas y por la perspectiva de conjunto que ofrecen. En el fondo de colecciones particulares, en las estanterías de bibliotecas y archivos, yace sepultada una capa de escombros literarios infinitos, tocados muchos de prosaica aridez, de sequedad repulsiva y pedestre, animados los menos por el espíritu de la gracia y de la belleza. Remover estos escombros, clasificar y juntar las piezas que formaron el desplomado edificio, y hacerlo surgir de nuevo, descubriendo de paso los preciados tesoros que esconde, hubiera resultado un

trabajo de verdadera utilidad. Pero es condición característica del ingenio mallorquín, esa versatilidad constante, ese dejar incompletas y truncadas muchas obras valiosísimas, como ya vimos en la *Biblioteca catalana* de Aguiló. Con impetuoso entusiasmo se inicia un proyecto; los primeros pasos son frenéticos y desmesurados; pero el cansacio y la postración vienen desde luego. Esto no es un cargo para tan beneméritos editores; en ellos se hace más sensible, por cuanto son más notables y útiles que los demás. Si la mitad de trabajos que se han preparado y anuciado hubiesen tenido entera realización, hoy contaríamos con una historia completa de la producción literaria de estas islas, ó cuando menos con la exhumación metódica de los materiales para escribirla. Contentémonos, sin embargo, cuando los talentos más jóvenes y de estos días lleguen á producir lo que ha producido Rosselló, el suave poeta, el erudito paciente y esmerado. Todo se nos va hoy día en murmuraciones. Mucho declamar contra las reputaciones consagradas, contra los nombres respetables, contra la gloria debida á trabajos que sus detractores, con frecuencia, ni

siquiera conocen de nombre y que se pasman después de ver ensalzados por algún talento extranjero, á quien rinden adoración no menos inconsciente é indocumentada que sus odios «de campanario» á las celebridades de campanario. Para esos tales, el no ser de campanario consiste en no tratar ningún asunto ni ninguna especie de erudición indígena, en *chirigotear* por medio de cursilísimas imitaciones de periódicos madrileños, en huir del particularismo reflexivo y español, para caer en el peor de los provincialismos: la imitación impotente de la corte. En cada pueblo, en cada villa, el ente más risible y cómico, suele ser el señorito elegante que se propone imitar á los petimetres de la ciudad. En literatura, no menos que en el vestido y la educación, hay muchos hijos del *boticario de Grijota*.

Del mismo grupo estudiantil de Rosselló, formaba parte D. José Luis Pons y Gallarza. Y bien que no naciese en Mallorca, el arraigo de su familia en esta isla, su cuasi constante permanencia en ella, el haber dirigido é impulsado sociedades tan importantes como el Ateneo en su primera época (1862-1872) y

publicaciones tales como la *Revista* y al *Museo Balear*, justifican sobradamente que aquí se haga mención de él entre los *dii majores* de la restauración de los Juegos florales juntamente con Aguiló y Rosselló. Esto aparte, bastaríale el título de cantor de *La Olivera* y de *Els taronjers de Soller* para que pudiésemos decir que Pons ha traido á la poesía catalano-mallorquina, aquella serenidad placentera de los antiguos clásicos, que se convierte en resignada y meditabunda al filtrar á través de un espíritu cristiano. Es autor de seis ó siete poesías, en su especie inmejorables, escritas con esmero, pensadas con detención, impregnadas unas veces de la blandura de Horacio, otras de la severidad de Juvenal. Cincela en la estrofa sus pensamientos, como si fuese un bajo relieve. Su distintivo es la sobriedad; el vigor de sus composiciones no se funda en las complicaciones floridas y taraceadas, sino en la sencillez y energía de las líneas, de los rasgos característicos, *definitivos* é integrales de cada asunto, que sabe encontrar y separar de todo lo que es redundante é inexpresivo. Él ha modulado en catalán las aspiraciones del vate venusino y ha traducido al

castellano muchas de sus principales odas. Y de este trato frecuente con las musas del Lacio, no ha resultado como podría suponerse el amaneramiento *pan-greco-latino*, no ha resucitado olvidadas y exóticas mitologías, no ha discurrido en sus poesías originales por la Arcadia ni ha bebido servilmente en las fuentes clarísimas de Hipocrene y Aretusa, cubierto con pastoril pellico. Del espíritu clásico, ha tomado Pons únicamente lo interior: la severidad, la proporcionalidad de la forma con los asuntos, la elegancia togada y el gusto nimio. Resulta clásico no á la manera de aquellos poetillas cerúleos, cultos y *alípedes*, como diría Moratín, que embuten latinismos en estrofas sáficas; sino hablando en catalán y de cosas tan indígenas (y por ende, verdaderamente clásicas) como *La llar* de los labriegos, aquel refugio de la aldea, de la patria y de la virtud; como la plácida y añeja *Olivera mallorquina* cuyos áticos racimos desputan en la misma versificación; como aquella grave y patricia *Lluyta de braus*, la más escultural de todas las poesías de Pons (y aun me atrevería á decir que del mismo renacimiento catalanista) donde la indignación que

arma su mano con los áspides de Petronio, no le estorba la contemplación estatuaria de los modernos gladiadores.

El ingenio poético de Pons es de los promiscuos, es decir de los que también han compuesto en castellano, compartiendo su vena entre la lengua de los trovadores y la de Fray Luis de León. En Mallorca esta es la regla general y común, contra lo que sucede en Cataluña. Solamente D. Mariano Aguiló no se ha dado á partido. Todos los demás componen alternativamente en uno y otro idioma, aunque de pocos pueda decirse que sean igualmente diestros en entrambos. La inspiración lírica es más reacia para pasar al castellano. Los secretos de la prosodia, difíciles de aprender por lo que no sea el oido, se resisten á muchos poetas y sólo por excepción encontramos algunos escogidos, que teniendo una educación completamente mallorquina poseen esa *virtuosidad* y produzcan en castellano impresión total y congénita. De ahí la inferioridad evidente de las poesías castellanas de D. José Luis Pons, con respecto á las catalanas. En castellano, por estudio reflejo é indirecto aprendido, podrá expresar el mallorquín la

erudición, la grandilocuencia, la crítica; en castellano podrá vestir los géneros subalternos, la descripción, (no popular), la narración, la obra en qué prodomine el elemento imaginativo é intelectual, sobre el sensitivo; mas, rarísimas veces logrará comunicar con íntegra y completa virtualidad, lo más íntimo, lo más recóndito, lo que es alma del alma, la poesía propiamente dicha. Un insigne crítico, Macaulay, ha afirmado que todas las grandes obras están escritas en el idioma natural de cada autor y por este concepto coloca entre las de segundo orden al mismo *Paraíso perdido*. De suerte que el genio de un pueblo y su lengua, están en ecuación constante. Esta es una verdad de carácter experimental, demostrada por la esterilidad *poética* de Cataluña y Mallorca durante todo el tiempo que escribieron sus autores en castellano, y por la inferioridad misma de los españoles é italianos que versificaron en latín. Cítese entre nuestros poetas regionales, comprendiendo al mismo Boscán, al mismo Cabanyes, uno sólo que llegue á la categoría de secundario uno sólo que alcance el mérito de esa docena de ingenios, despiertos desde la res-

tauración catalana. Hasta la prosa se contamina entre nosotros de la imitación culta, faltos del caudal vivificante de la conversación diaria. Y esta sola razón, si tantas otras igualmente técnicas no existiesen, bastaría á justificar el valor literario de los idiomas *regionales* y la necesidad de su empleo en bien, y no en detrimento, de la cultura *nacional.* Los felices aciertos de la musa de Pons han sido en catalán, principal y casi exclusivamente. Y su feliz intuición del sentido clásico, práctica mejor que expresada en los preceptos del crítico, quien por artística avaricia ó meticulosa desconfianza, peca alguna vez de restrictivo y doctrinario, aunque de su *Introducción al estudio de los clásicos* el maestro Milá hacía singular aprecio,—aprecio que la nitidez del estilo siempre merecería.

IV

La poesía popular y D. Pedro de A. Peña.—Su aspecto y semejanzas.—Asuntos, versificación.—*Recorts y esperances, Cuentos mallorquins.*—Ensayos teatrales.—Don Miguel Victoriano Amer y Doña Victoria Peña.—Indicación de su índole poética.—Otros escritores de este grupo.—Lorenzo Pons.—El periodismo, tendencias políticas y literarias,—Font y Miralles; Francisco M.ª Servera, José Vich; novela.

De aquella total intimidad y correspondencia entre el carácter de un pueblo y su idioma, es el ejemplo más expresivo y palpitante un ingenio peregrino, llamado (y ya veremos con qué justicia) el *Béranger mallorquín.* D. Pedro de Alcántara Peña, es en Mallorca el poeta popular por excelencia; popular por los asuntos, popular por la versificación, popular por el lenguaje, popular, en suma, por su misma popularidad. El carácter poético de Peña, es el del mismo pueblo. Sus asuntos, la costumbre y la tradición. Su metro, los romances, las letrillas y los estribillos. El ingenio de Peña lo hubiera clasificado Schiller entre lo que lla-

maba *poesía ingenua*, en contraposición á poesía reflexiva ó artística. Y el excelso autor de *Guillermo Tell* hubiera podido convencerse de que no es rasgo exclusivo del genio esa simplicidad infantil con que procede. Peña, talento, aunque no genio, es de los que tienen la naturaleza dentro de sí, es de los escritores que *son naturaleza*. No tiende á ella, ni la busca subjetivándola, ni la anhela con la nostalgia de los espíritus separados de ella por las barreras de la complicada civilización actual. Al igual de Lamartine y dentro de su esfera respectiva, puede decirse que «no es un poeta; es la poesía misma.» No es la abeja, es el panal. Acaso tenga mayor parentesco con la parte festiva y regocijada de nuestro Góngora, que con el francés Béranger «maligno y delicioso poeta, cuyas picaduras de avispa causaron tanto daño á la monarquía restaurada como las mismas barricadas de Julio.» Según ha hecho notar un crítico de los de casa, agudísimo aunque ejerza pocas veces, la semejanza es puramente exterior: se reduce á la forma humorística y á la popularidad. Difieren, sin embargo, esencialmente, el poeta mallorquín y el parisiense, así en el proce-

dimiento como en el concepto y tendencias de su arte. ¡Cuan diferentes el *popularismo* de Peña y el del cantor de *Le Roi d' Ivetot, Lisette* y la *Marquise de Pretentaille!* No puede darse nadie más pacífico, más bonachón, más respetuoso de lo antiguo y al mismo tiempo más tolerante y amigo de todo progreso, que nuestro Peña. Su musa es retozona, pero no cáustica ni maldiciente. No es la musa mordaz é histérica que clava las uñas en sus propias carnes, con sardónica risa, sino la rapaza mitad frescota y alegre, mitad pensativa y llorosa, que os sorprende de improviso para haceros cosquillas entre las más sonoras risotadas ó para enterneceros hondamente con sus pucheritos y lagrimillas.

Esta misma espontaneidad hace que el autor, no discierna de un modo reflexivo, la valía y la consistencia de sus obras. Carga en montón; y bueno ó malo, florido ó reseco, fragante ó pedestre, todo lo recoge. Alguien ha dicho que «no hay nada tan bueno que no pueda ser de Peña, ni nada tan insignificante que también no pueda serlo.» En el vasto y heterogéneo conjunto de sus composiciones, hay que penetrar con el machete, á ma-

nera de los indígenas americanos, cortando sólo los racimos más sazonados y abandonando á la propia consunción todo lo que su ingenio tiene—y tiene muchísimo—de estéril exuberancia.

Béranger se *dirigía* al pueblo adoptando las formas más apropiadas á la vulgarización poética. Infiltraba en la multitud el espíritu de la protesta revolucionaria. Daba relieve y espresión proverbial por medio de sus estribillos zumbones é incrédulos, de parisiense consumado, á conceptos agitadores. Era una forma de arengas disfrazadas y á su modo, pero certeras y persuasivas. Entendía el arte con un concepto esencial de *utilidad*, no como una finalidad en sí misma. De ahí su diferencia más profunda con otro poeta de este siglo, su contemporáneo Giusti, artista puro, contemplativo y desinteresado de toda influencia docente, aunque ello parezca difícil de conseguir en los géneros humorísticos y satíricos. De ahí también la analogía del insigne toscano con nuestro compatriota. Giusti no viene del pueblo, no *es* naturaleza, como el poeta de *La Colcada;* pero tiende al pueblo y á la naturaleza como objetivo artístico, como asunto

poético en sí mismo, no como masa explotable y educable, á la manera de Béranger. En las poesías de Peña se da la fusión total del asunto con la índole del poeta, que ríe honradamente ante el aspecto ridículo ó grotesco de los hombres, las cosas, las costumbres; ante la ridiculez, repito, que es lo *feo inocente*. Para los grandes vicios y torpezas, para los crímenes y miserias de la humanidad, no tiene sátiras, sino honradez de conciencia, consejo prudente y generoso perdón.

La riqueza del idioma vulgar en monosílabos y palabras pintorescas ha sido explotada por Peña en toda clase de ritmos difíciles y en las más complicadas onomatopeyas. Para sus estribillos ha recogido locuciones profundamente arraigadas en el lenguaje, imitaciones del martilleo de las industrias, refranes y proverbios. Ora se complace en sorprender el ferreo chirrido del molinete al zarpar el ancla, como en *El meu xabech;* ora en rebuscar la marcha de los *Tamborés de la Sala*, agotándola en incoherentes estrofas, de gracia candorosa é infantil. Alguna de sus poesías descuella, como *Un pí*, por la gracia irresistible, por la

ironía resignada, superior y tolerante, expresadas felizmente, hasta convertir aquel árbol tirado en mitad de la carretera merced á abusos de privilegio, en símbolo de esas *razones de estado* ó acepción de personas *indispensables* y omnipotentes, que obstruyen los caminos de la patria, como el pino obstruía la carretera en beneficio de uno y en perjuicio de todos. Otras composiciones son enteramente descriptivas y de costumbres como *El Taconer, La Font de la Vila, La Processó del Corpus* y de *La Moixeta* y sobre todo el delicioso *Patró*. Otras, por último, son de un género míxto, especial y propio; entre serio y humorístico, regocijado y lírico á la vez, algo como el canto de la costumbre que se va y del *ancien régime* que se aleja, del cual es ejemplo notabilísimo, perenne y siempre joven, *La Colcada*. ¡Cuánta más poesía no encierra esta imcomparable narración en boca de la pobre abuela, dirigida á los absortos nietecillos, interrumpida por sus exclamaciones irreverentes, salpicada de grotescas alusiones, pero gimiente, grave, hondamente sentida y dolorosa en medio de su humorismo; que tantas odas *á la patria*, enfáticas, vacías y pe-

dantescas, cuya seriedad é hinchazón retórica acaban por estallar soltando los comprimidos espíritus de la risa! En el sencillo relato de la olvidada conmemoración de la Conquista, flota el perfume de las fiestas de la patria, el aroma de mirto y álamo fresco. Se cierne en las sombras el murciélago tradicional. La voz de aquella anciana parece cobrar el temblor de la afrenta y del enojo, y al llegar á las últimas estrofas sentimos la ebullición de «un nuevo llanto, que no tiene nombre.»

De lo dicho resulta Peña con una personalidad tan propia y característica como el pueblo que canta y para quien canta; una personalidad que se distingue de todos los *costumbristas* de Mallorca y de fuera de ella. Los habrá, si se quiere, más reflexivos, más sagaces, más conocedores de los pliegues y repliegues del corazón; pero, al fin y al cabo, se nota en ellos el esfuerzo con que observan é interrogan el natural y la violencia con que se coloca al modelo para mejor copiarlo. En Peña no es necesaria la observación ni se advierte la fatiga de la copia. Todo se lo trae dentro y diríase que por admirable manera posee el don de

apropiarse la fisonomía, el lenguaje, las supersticiones, las anécdotas; en una palabra, el *folk-lore* completo, devolviéndolo al pueblo acuñado poéticamente. Por ende resulta este autor el más característico, el más genial entre los contemporáneos de Mallorca. Es el que mejor corresponde al espíritu y al *sabor de la tierruca*. Para los extraños resulta el de mayor interés etnográfico, el que contiene más notas diferenciales y comarcanas, el que mejor instruye como documento social. Él, concentra y sintetiza el *demos* mallorquín, como Mariano Aguiló refleja el mediodía lumínico de nuestra naturaleza primaveral y Miguel Costa, el aspecto grandioso, marítimo y selvático de la isla. Y aquí se entiende por *demos*, no una aspiración demagógica ó tabernaria que á penas existe y que dónde exista de Mallorca, es completamente importada por extrañas influencias cosmopolitas; sino el temperamento reposado, la burguesa satisfacción y la hombría de bien que transpiran sus versos, su prosa, sus escritos todos. Si en el concepto del carácter y por representar de un modo casi completo la *influencia de los medios* que la actual estética positivis-

ta ha preconizado, tiene parecido con alguno de los modernos poetas gallegos, v. gr. Lhamas Carvajal, no se parece á ellos en el sentido nihilista que empieza á despuntar en aquella literatura agraria, de protesta constante contra la hidra política, especie de retoño del *pan-ruralismo* ruso, trasplantado á aquel rincón suevo de nuestra península.

No haré de esto un cargo contra Peña, pero tampoco un mérito. No hace más que seguir la índole de toda la literatura mallorquina, platónica y contemplativa; estática y no dinámica; enamorada de la belleza por la belleza, de la luz por la luz y de Mallorca por Mallorca. De lo que sí puede alabársele es de la piedad amorosa y familiar que ha producido muchas de sus poesías serias (veáse el tomo: *Recorts y Esperances)* y por lo tanto menos geniales, bien que la sinceridad del sentimiento, en alguna ocasión, haya pulsado su lira y no como amante, sino como marido, lo cual, es todavía más ejemplar, según diestramente observa Quadrado en el prólogo de las *Poesíes* de Peña, que acaba de publicarse ahora. La vena fluida y maleante es muy tentada á desbordarse y convertirse en licenciosa y

báquica, si no en obscena como la de Cati. Y nunca la de Peña ha traspasado un ápice de la línea, ni aun en aquel picaresco *Gipó*, que no sabemos en virtud dequé canon estético ó moral se ha permitido dejar fuera de la reciente colección. Sitio holgado tenía en ella, aun sin temor á mancillar las pocas y alguna de ellas (como la elegía *A la mort d'en Llorens Pons)* escogidísimas composiciones de procedimiento más refinado y artístico que las que forman el grueso de su caudal literario, siempre popular, así en sus novelas cortas y *Cuentos Mallorquins,* como en sus apresuradas piececillas y entremeses, y hasta en sus loas y dramas. Espero que la posteridad no los tomará en cuenta á estos últimos; que olvidará lo hojarascoso y mal nutrido y que saneará el núcleo de sus poesías. Mas, las que queden, se consolidarán, viviendo lo que viva el idioma mallorquín. Despojado de lo transitorio, momentáneo y de circunstancias, le resta á Don Pedro de Alcántara Peña para gloria indestructible, el mérito de haber encarnado el alma popular de Mallorca, de haber cazado el ave de la tradición presa hoy día y gimiente entre la red de sus versos, y de haber cantado co-

mo canta un espíritu lleno de tolerancia y mansedumbre.

Lazos del más constante compañerismo, y de estrecho parentesco literario y hasta social, unieron siempre á don Miguel Victoriano Amer, con los nombres de Rosselló, Pons y Peña. Con el primero tiene de común la fantasía nebulosa y evaporada, aunque extremándola hasta perderse en la oscuridad, no de la noche, sino mejor del vacío. Sus ideas poéticas son casi siempre ideas morales purísimas, pero de una monotonía fatigosa. Conociendo una de sus composiciones, puede casi asegurarse que se conocen todas las demás. Parece que su lira no tiene más que una sola cuerda y esta cuerda no más que una sola nota. Dios, el *infinito* abstracto, sin símbolos, sin accidentes, sin imágenes; un infinito cuasi negativo y quietista, á manera de gran *nirvana* de su inspiración. Su poesía, no es esa poesía firme y robusta que arraigando en la tierra y absorbiendo todos los jugos de la realidad se levanta frondosa hasta el cielo y *sus flores son estrellas;* sino la poesía turbia y soñolienta de las brumas perpétuas y polares. Si alguna flor ó planta en ella crecen, son mus-

gos y líquenes cenicientos. Cansacio, clorosis, amor desfalleciente y petrarquista, cuando no el escolasticismo erótico de Ausías March, languidez femenil, tales son los rasgos de su musa. Lo más notable, es el mérito del versificador que moldea con esmero la lengua catalana, aunque no posee el secreto de lo gráfico, tan común á nuestros poetas. Para Amer se dirá que no existe la naturaleza física, con su esplendidez de color, con sus florestas y sus pájaros cantores. Si alguna vez le pide prestadas sus galas es por mediación académica y no por trato directo. Su poesía no arraiga en la realidad y por ende es efímera y pasajera. Se suspende en las nubes como un aerostato, pero muy pronto el humo con que lo llenó, se desvanece; y la turgente mole cae al suelo flácida y reducida á un tenue papel. Esto no obsta para que Amer haya prestado servicios muy estimables á las letras regionales. Ha colaborado en la *Biblioteca Catalana* de Aguiló y es un conocedor de gusto selecto, en lingüística. Se ha dedicado á traducir con más atildamiento que animación, poesías de grandes poetas modernos y es en la práctica un cariñoso amigo y pro-

tector de los literatos y artistas. Su corazón es humilde y sencillo y tal vez á causa de esta misma pureza de sentimientos é intenciones, que tanto honor le hacen, no logra ni aún en el campo de imaginación, esa fuerza sugestiva y encantadora del pleno artista, que siempre tiene un pequeño fermento de diablo. Carece de ese atractivo ó fuerza incentiva de la curiosidad, que hace que nuestros ojos no puedan dejar de leer, de ese prestigio que poseen determinadas firmas para atraer la contemplación y la lectura ávida de todos los aficionados.

Más decidido y váronil es el talento poético de su esposa Doña Victoria Peña, bien que lo haya derramado sin tasa á fuerza de facilidad y fluidez. No hay enemigo más peligroso del artista refinado que la vena copiosa é inexahústa. La substancia que daría vigor y consistencia á una colección escogida y poco numerosa, se disuelve en una inmensa infusión. Con el oro que se tiene vale más labrar una imagen miniaturada, que dorar Catedral grandiosa. A esa falta de consistencia, ha contribuido no poco la difusión extrema y viciosa de los Juegos florales y certámenes literarios. Distraen

y solicitan de contínuo la atención de los escritores, que suplen á la inspiración el inocente prurito del premio: estimulan artificialmente y sin descanso la producción poética y multiplicados como están sin tasa ni mesura sólo pueden conducir á un baldío agotamiento y á una precoz extenuación de la fuerza artística, además de la difusión, de la debilidad, de la palidez, del raquitismo porque ya parcialmente se traducen. Queden enhorabuena los Juegos florales de Barcelona, todavía en mejor hora restaurados y que, por decirlo así, forman el núcleo de la restauración. Mas, destiérrense por perniciosos en la literatura y por risibles y estólidos en el orden social esos certámenes de Palamós, Hostafranchs y Areñys de Mar, verdaderas mascaradas de la poesía, que el nudo escritor desprecia y á cuya costa reimos todos, menos los *laureados* con el fárrago de sus violas, palmeras y cedros de plata y oro.

Algo tentada de esa afición ha sido la escritora mallorquina, cuyo despejo y desenvoltura no puede negarse, bien que no acierte á salir de la categoría de *poetisa*, para entrar francamente en la única y superior de *poeta*. Muchísimo se

ha tratado y escrito de la índole de las escritoras, de la actitud de la crítica con respecto á ellas, de las concesiones de la galantería para con las damas que se atreven á revelar sus ideas y sus sentimientos. Sin embargo, resulta ya un concepto crítico de carácter definitivo, que la consideración del sexo para nada debe influir en el juicio literario. El talento es *asexual*, como los ángeles, aunque haya una especie de poesía, una manera literaria característica de la mujer, que confunde la dulzura de la rima con los requiebros y maternales ternezas que aduermen al niño sonriente sobre la falda. Mucho diminutivo, mucha florecica, mucho *ameno pensil* y mucha *nacarada nube*, es lo que domina en tales engendros donde la dulzura se confunde con la dulzonería más empalagosa é insoportable. Algo ha evitado la señora Peña de Amer, ese peligro; mas, no tanto que su producción descuelle y figure entre los géneros fuertes y robustos, entre los géneros no afeminados, á la manera de la de Rosalía Castro, el ilustre poeta gallego. Tiene notas felices y bien expresadas de los afectos de patria y de familia, de la añoranza y del amor de madre, si

bien se revela la mujer antes que el poeta. Sentiría que se confundiese y trastrocase el concepto que tengo formado de la inspiración de la mujer. No se trata de proscribir ni ridiculizar los afectos íntimos, las delicadezas femeninas, la abnegación y el heroismo de la maternidad, la sensibilidad exquisita de la hembra; sino, por el contrario, la manera de expresar y traducir todo esto artísticamente. Casi siempre la culpa no es de la inspiracion; es de la habilidad. Sienten extremecerse y agitarse muchas veces junto á sus hombros unas alas... que les faltan.

Complétase, por último, el grupo que en sus comienzos se dominó *El Plantel*, con un recuerdo al poeta Lorenzo Pons, que formó parte de aquella fraternidad literaria y que murió todavía jóven, cuando no era más que una promesa, compartiendo el amor á la restauración catalana y las aspiraciones romántico-históricas de aquel período. Vagando fuera de ese círculo encontramos á diversos escritores que salen, más ó menos, de la categoría de aficionados. Con la revolución de 1854 toma nuevo incremento el periodismo, el cual seguía en su sístole y diástole

el mismo compás de las expansiones ó de las reacciones políticas. Unos defendían la fórmula progresista pura, otros hacían la causa del polaquismo vividor, otros predicaban la *unión* amalgamada, otros sin campo fijo, reclamaban para sí todas las libertades «incluso la de escribir mal.» En tan diversas columnas, entre los gritos de la sofistería política y de la controversia diaria habia espacio para los frutos de la imaginación, más producidos por las circunstancias externas que por el sólo prurito creador de la musa. Con la guerra de África experimentó el espíritu nacional una sacudida agitadora y violenta; y la lira de bronce de la victoria, la lira que hizo resonar Herrera tras de Lepanto y Quintana tras de Bailén, exhaló otra vez sus vibraciones, dejándose oir Mallorca en el coro triunfal. La llegada de Isabel II renovó los motivos de la inspiración patriótica y los cantos de la poesía formaron parte principalísima de los festejos con que se agasajó su presencia en Palma y con que más tarde se inauguró el monumento que la Diputación le dedicara.

Habíase dado á conocer como fluido versificador castellano Don Sebastián

Font y Miralles, cuyos primeros ensayos recuerdan la influencia de Espronceda, por su juventud desilusionada y prematuramente abatida, por la calidez del estilo abrasador y por el excepticismo plañidero que aún sin ofender á la ortodoxia, deja transpirar y entrever en sus poesías. Desligado de toda tendencia particularista y mallorquina, no ya porque el idioma que empleara habitualmente fuese el castellano, sino por lo extraño é incoloro de los asuntos y por la ausencia de todo sello indígena y local, introdujo Don cisco María Servera, la tendencia dramática ó melodramática á la francesa y el centón novelesco á lo Scribe, á lo Sué, á lo Dumas, á lo Fernández y González, que de todo hay en sus dramas *Las intrigas de un privado* y *La Corte de Don Enrique el Doliente*, por no citar otros, lo mismo que en sus novelas *La huérfana de Barcelona*, *Doña Luz la de Toledo* y *El Cardenal Alberoni*, las cuales si demuestran la inventiva fecunda y complicada ó el ingenio fácil y exhuberante, hacen visible también lo anti-literario de tales portentos de la prosa folletinesca, dedicada á lectores de portal, pero nunca á un paladar educado. Algo par-

ticipa también de este aspecto don José Francisco Vich, bien que resultase más escritor y reflexivo en su tentativa novelesca *La Cruz del bosque* y en su leyenda *El Canto de la lechuza*, y más mallorquín en la versión de las *Baladas* de Don Tomás Aguiló. Una muerte prematura truncó también sus esperanzas y no dejó desenvolver su talento, que seguramente se hubiese depurado de las infecciones pseudo-románticas y hubiera producido un escritor de valía, á juzgar por los fragmentos que conocemos.

V

La crítica literaria y Guillermo Forteza.—Su carácter; artículos críticos y satíricos; rastros poéticos.—Don Juan Palou y Coll; su producción dramática; éxito de *La Campana de la Almudayna*.—Don Joaquín Fiol; otros escritores y *dilettanti* de este periodo.

Sólo la vertiginosa rapidez, dice el Padre Blanco García en su libro sobre *La literatura española*, con que se atropellan acontecimientos é impresiones en el torbellino de la vida moderna, puede explicar el naufragio de una memoria tan poco enaltecida y tan digna de serlo como la del mallorquín Guillermo Forteza (1830–1873) en cuya idiosincracia intelectual y moral se fundieron la causticidad y la intuición de Larra, las tormentosas agitaciones de la pasión sin freno, el arraigado espiritualismo y la idolatría de lo bello en todas sus manifestaciones...» Tan cierta como injusta es la preterición que lamenta el ilustrado agustino, y menos explicable de lo que parece, si se tiene en cuenta que aunque

Guillermo Forteza asintió y coadyuvó al renacimiento de la literatura catalana, estuvo exento de todo espíritu de secta, no fué propagandista exclusivo, escribió en Palma y Barcelona no menos que en Sevilla y Madrid, y su nombre no viene inscrito estrictamente dentro de la pauta regional, sino que la rebasa la amplitud del crítico y del gallardo prosista, que supo paladear con no superado deliquio las más castizas dulzuras del ingenio castellano. Curioso y tal vez único ejemplar, es la vida literaria de nuestro compatriota. Pudo el hombre dar rienda suelta á la pasión; pudo llegar á la linde del vicio; pudo sentir el cansancio de la vida y el menosprecio de sí mismo, entrevisto en algunas de sus páginas bañadas en llanto abrasador; pudo extraviarse por los desolados páramos de la Bohemia intelectual, demasiado débil ó demasiado orgulloso para resistir algún infortunio tradicional de nuestra isla; pero jamás el desorden de la vida trascendió á su despejado talento de escritor ni á su perspicacacia de crítico, que quedó en cierto modo *impersonal* y extraña á las tempestades que rugían en el espíritu de Forteza. Su organización estética era tan

perfecta y profunda, que pasó por el cieno como el armiño, salvando su inmaculada candidez. Había para él una pasión superior á todas las pasiones: la de las letras, que á la manera de un hada purísima gozaba el privilegio de desvanecer las pesadillas abrumadoras y las fatídicas negruras de aquella existencia. Ciertamente tiene puntos de contacto con el gran *Fígaro,* con su humor viperino, con su descontento implacable por la decadencia literaria y política de España, con su doble vista adiestrada en descubrir el punto flaco de las cosas y los hombres, con su aljaba satírica, erizada de mortales y sutiles flechas. Mas, los separa una diferencia profunda y radical. Forteza era un espíritu completamente religioso, á pesar de algún aparente alarde de despreocupación. La fé reinaba en su alma; y en la del Werther español, sólo reinó la duda, y más que la duda, la negación, constante y absoluta, del pesimismo sistemático. Forteza, se sintió desilusionado por impotencia propia y personal, por defecto subjetivo, no por maldad objetiva de la existencia, y por esto no huyó de su lado la esperanza. En cambio Larra, sentía la vida poéticamen

te, al modo del cisne de Recanati, como un mal estéril y como una *inutile miseria*, y la comprendía metódicamente, según la entienden Schopenhauer y Hartmann, como un concepto positivo de dolor irremediable. De ahí que sólo le acompañase la desesperación; pero no una desesperación abrupta y momentánea, sino fría, reposada y calculadora, amiga tenaz de toda muerte y aniquilamiento.

El recuerdo que dejó Forteza en la memoria del vulgo no da una idea ni siquiera aproximada de sus altas condiciones. Con los rasgos propios y con los atribuidos, se ha desfigurado su nombradía, hasta tomar el aspecto exclusivo de uno de esos declamadores de café ó de esos despeinados *pamplhetaires* de que tanto gusta el público iliterario, mordaces, sangrientos y brutales, pero sin aticismo, sin la gracia exquisita del escritor de buena cepa. Realmente tenía el don de la ocurrencia. Sus frases definían y condenaban. Sus chistes eran reidos, muchas veces con estólida inconsciencia, no tanto por su intención y habilidad, como por el desgarro que causaban en el pellejo del prójimo. Cuando aplicaba el

escalpelo y el cáustico para sanar las infecciones literarias ó sociales, el enjambre de oidos necios solo se complacía en las muecas del ajeno dolor. Triste secuela de los concurrentes y oportunistas cuyas saetas de oro se disparan en humilde estadío y caen sus ideas como lluvia de rosas, sobre la eterna piara de las camarillas. Así, muchos de los que admiraban y aplaudían la chispeante vena del escritor mallorquín, ignoraban de seguro cuan lejos discurría ésta de la corriente callejera y acanallada. Á fuerza de refinamiento se convertía su estilo en aristocrático, apartándose no sólo de la confianza plebeya, sino de la misma hidalga naturalidad. No puede darse nada más compuesto y acicalado, más correcto y pulcro, más esmerado y atendido que su forma, no tan sólo pura, sino purista y moratiniana en muchas ocasiones. Confieso que llega alguna vez á serme fatigoso el trabajo de esmalte y de buril con que á fuerza de resobamiento abrillanta los periodos. Preferiría descubrir la fibra y el urdido de su labor, que desaparece bajo una capa de reluciente barniz. Y ya se sabe que el barniz, perjudica mejor que realza, á las maderas olorosas

y ricas como la prosa de Guillermo Forteza. Su sagacidad de crítico, con ser muy penetrante y certera en el análisis de una obra aislada, complacíase todavía más en los puntos de vista generales, en los cuadros sintéticos de un género ó de una época. Así, no tienen desperdicio su estudio sobre la *Influencia de la novela en las costumbres* y sus *Cuatro palabras sobre la oratoria sagrada*, escritas sobre todo las últimas, con una afluencia, con una lucidez, con un corte tan literario, clásico y definitivo, que ciertamente evoca el recuerdo de uno de los *chef d'œuvre* de la retórica latina: el opúsculo *De corruptœ eloquentiœ*. No merece ser pasada en silencio su monografía sobre Capmany, el único catalán que acaso logre la consideración de clásico en lengua castellana, su artículo acerca de la novelista *Fernán Caballero* y su deliciosa carta satírica á Don Leandro Fernández de Moratín, que puede figurar sin detrimento alguno junto á la inmortal *Derrota de los pedantes*, como el miniaturado *scherzo* junto á la gigante sinfonía.

Como obras de literatura propia, dejó poco, pero algo muy escogido. Tenía un

poeta dentro de sí; y además de las poesías catalanas *Lo que diu l' oreneta* y *L' orfanet saboyart*, (vibrante lamentación esta última, que sutilizando un poco pudiera tomarse como símbolo de la desolada orfandad del espíritu de Forteza), compuso algunos artículos ó cuentos perfectos y modelados, como *A través de un diamante*, ó irónicos y tocados de humorismo transcendental, como *¿Quid faciendum?* Esto, sin contar sus *Aspiraciones cristianas*, primeros y no por ello menos atildados ensayos de su pluma, que jamás disimuló su afición al ascetismo según la castiza tadición española. Aprovechó además la notoriedad que su nombre había alcanzado en Madrid y hasta se prevalió de la autoridad que su gusto exigente le tenía grangeada, para llamar la atención del público hacia los progresos de la literatura en Mallorca (1861) cuando todavía el árbol de la restauración no contaba más allá de cuatro lustros, desarmándose su severidad para dar cabida al más tolerante compañerismo. Tal fué el ático y finísimo escritor con cuyo panal todavía se deleitan los espíritus más cultos de España y cuya memoria á medida que se hace menos popular

se vuelve más intensa y aquilatada. Dominóle la indolencia mallorquina, el *oblomovismo* meridional que nosotros oponemos al de la estepa rusa, la pereza invencible y olímpica, cuando no la dificultad de la producción destilada y lenta; pero pudo vanagloriarse de que los años consolidarian su prestigio, ya que, según el aforismo hélenico, el tiempo no respeta más que lo que se hace contando con él.

Nada tendrá, ni ha tenido que descontarse todavía, de la colección de sus obras, editadas ahora sólo en la parte crítica, ni aún de aquellos artículos en que con tanta facundia y habilidad se ocupaba de *La Campana de la Almudayna* ó de *La espada y el laud,* con motivo de su estreno, y ponía en su punto el mérito, por todos los contemporáneos reconocido, de su amigo del alma Don Juan Palou Coll. Puede decirse que entre todos los poetas baleares es el único cuyo nombre ha logrado traspasar los límites del archipiélago, merced al éxito embriagador que alcanzó en Madrid el primero de aquellos dramas, no por solitario, menos grandioso. Recuérdase aún con entusiasmo aquella noche de Noviembre de 1859,

en que un verdadero delirio se apoderó del público, y para buscar un triunfo semejante en nuestra escena, tendríamos que remontarnos hasta el estreno de *Los amantes de Teruel*. El drama, junto con el nombre del autor, recorrió todos los teatros de la península y muchos de la América española y llegó á las aldeas y á los pueblos más humildes, merced á esa fuerza expansiva del género dramático que es el que de un modo más directo y plástico, pone en comunicación al poeta y las masas. La vida de Palou y Coll se reconcentra en *La Campana de la Almudayna*. A raiz de su representación la crítica lo examinó con toda prolijidad y la prensa repercutió los ecos de la victoria alcanzada por el antes obscuro joven. Las plumas más notables de aquel periodo, incluso la del conceptuoso Selgas, se movieron extremecidas por la mágica vibración de *La Campana*. Su popularidad, su prestigio, su encanto han llegado hasta nosotros y han dominado incluso en estos días. Fuera, por tanto, tarea tan excusable como fatigosa para el lector, la de deternos en un extenso análisis, cuando se trata únicamente de exponer el de-

senvolvimiento general de la literatura contemporánea en Mallorca.

Convendremos, si, con Guillermo Forteza, en que el drama indicado para aspirar á la calificación de histórico, desprecia y conculca harto profundamente la realidad. Fíjase especialmente aquel escritor en los anacronismos que se refieren á la tentativa del infante, combinados con la presencia de su regia madre y del Gobernador Centellas, imposibles de enlazar con arreglo á la rigidez de la crónica; pero, hay todavía una inexactitud más ensencial, y que más directamente ataca la verdad de la historia, cual es el desenlace y la proclamación de Jaime IV y otra que falsea un carácter, históricamente enérgico y determinado como pocos: el de Centellas. Contra esa proclamación se levanta sarcásticamente la anexión rapaz de Mallorca á la Corona aragonesa por la garra de Pedro III. El drama pudo convertirse en tragedia patriótica, de esas que surgen en los momentos decisivos de la nacionalidad, y brotan con la sangre de las Virginias y Lucrecias, sólo ajustándose á la voz de la historia; aunque tras el desenlace y la reconciliación de Centellas y Doña Constanza pueda el

espectador imaginar el cataclismo verdadero é implacable, que allí se muestra suavizado por la piedad de la invención dramática. En cuanto al carácter de Centellas, queda olvidado. Nunca tuvo monarca de la tierra, un servidor más fiel y abnegado, ni la causa política de Aragón un brazo más inexorable. Centellas no era un hombre leal: era la lealtad misma, el esclavo de su palabra, como Mutio Scevola, como Régulo. Ninguna fuerza humana ni hasta divina podía, dramáticamente, apartarle de la fidelidad á su rey. De nadie más conocidos eran estos inconvenientes que del propio Palou y Coll; mas la fábula que había tejido era tan tentadora y feliz, las situaciones tan palpitantes y definidas, la lucha ó el contraste de afectos tan ruidosa y exterior, que por una vez pueden perdonarse y dar por bien consumadas tales audacias ya que con tanto cúmulo de belleza dramática se compensan y exceden. No; á penas hay necesidad de adivinar los caracteres en aquel drama de *situaciones,* y no de introspección psicológica. Una madre, un padre, un hijo comprometido y una hija guardada en rehenes, que morirá al primer golpe de la campa-

na que anuncie la muerte del real prisionero. La acción, hecha imagen, evocada gráficamente por una cuerda, que puede coger la mano del padre ó la mano de la madre, cumpliendo el uno las sugestiones de su rey, la otra las de su venganza... para esto bastan, no ya figuras de noble relieve como Doña Constanza, sino puras abstracciones, representando el amor paterno y materno que rivalizan en dolorosa y porfiada contienda El efecto dramático siempre aparece, porque el conflicto toca á algo eterno, universal y efectivo, no vinculado en la nuda precisión histórica; por donde resulta *La Campana* un drama humano con figuras tomadas de la historia de Mallorca, ya que la lucha se funda en sentimientos propios de todos los hombres, y no de tal príncipe ó tal gobernante sujeto á determinadas condiciones. Mucho pudiera decirse de la manera diestra como está escrita la obra, á parte de ligerísimas incorrecciones que me parece pueril el recordar. En primer término, sin salir de la norma castellana, no se desborda la inspiración en parrafadas líricas y en garrulería *cantábil*, sino que se va derecho al asunto; el diálogo se eslabona y

entreteje con naturalidad; cada situación culminante tiene una expresión precisa y culminante también, y, en una palabra, se sabe de la acción por lo que los personajes *hacen*, y no por lo que *dicen* y razonan en medio de una efusión de borbotones de versos, preñados de vientos, ciclones, abismos, fuegos, lavas y demonios caprípedes, cual sucede amenudo, y aplauden y aun reclaman, públicos que pasan por educados y conocedores del arte dramática.

Conviene, antes de pasar á otro punto, esclarecer un concepto que ha sido olvidado, injustamente en mi sentir, por cuantos han tratado de *La Campana de la Almudayna*, incluyendo al mismo Guillermo Forteza. Me refiero al ambiente local, á la fisonomía inconfundiblemente mallorquina del hermoso drama. Acaso los espíritus formularios, que sólo reparan en lo expreso y jamás en lo substancial y latente, han considerado á Palou desligado de toda influencia particularista, y puede que acierten si se limitan á negar el propósito deliberado de seguirla. Mas, por ligero que sea el examen, por somera que resulte la atención prestada á sus escenas, dejando á una parte

el vigor dramático, el espectador mallorquín se halla en la plena atmósfera de su tierra, aspira el aroma de sus jardines, siéntese arrullado por el aire de sus ruinas y percibe el eco que retornan sus monumentos. Suenan allí gratamente los apellidos de nuestra crónica y parece que la voz de Mallorca se pierde en lontananza con la fuerza sugestiva del coro en la tragedia griega. Este encanto, bastaría por si sólo á redimirle de las faltas históricas. Si hay infidelidad manifiesta en la manera de presentar los sucesos, hay en cambio el espíritu verdadero de la raza que por cada verso canta y transpira.

Desaparece tal carácter por la índole propia del asunto, en su segundo drama *La espada y el laud,* con tan habilidoso análisis defendido por el autor de las *Aspiraciones cristianas* contra el desvío del público, que si no puede fundarse en la inferioridad de la obra de Palou y Coll respecto de las que entonces abastecían la escena española, se justifica en cierto modo junto á *La Campana* por lo que se refiere á la brillantez y felicidad de la invención, aunque hubiese ganado en profundidad psicológica el talento

dramático del autor. El ambiente mallorquín vuelve á aparecer en el drama, todavía inédito, *Don Pedro del Puñalet* (del cual no nos parece lícito que se hable antes del estreno, según la costumbre admitida) y en las escasas poesías que Palou ha escrito, como avaricioso de desperdigar su vena esencialmente teatral por cauces que no se prestan tal vez á encerrarla de un modo completo. Con lo que tiene hecho el simpático dramaturgo, deja adivinar lo que hubiera podido hacer entrando de lleno en la región encantada de la gloria, cuyas puertas, en plena mocedad soñadora, tan de par en par se le abrieron. Los afectos domésticos y el amor al terruño natal le retuvieron en Palma, cuando sentía la vocación de un género literario, tal vez el único incompatible con la vida provinciana. Y en efecto, no sé qué de raramente generoso y desprendido encuentro en esta como renuncia de las tentaciones de la fama y del encumbramiento, tan fáciles de poseer por quien como Palou ya los tenía conquistados, que la abnegación del hombre, ante mis ojos se pone al nivel del mérito del escritor.

Otro de los amigos de Guillermo Forteza, fué Don Joaquín Fiol, espíritu enamorado de la belleza, aficionado á todas las artes, *dilettante* de gusto y que como aficionado displicente, mejor que como poeta de número, escribió diversas composiciones y aún publicó una colección de ellas. Las *Poesías* de Fiol, dejando las de circunstancias, cantan dos sentimientos demasiado vivos y personales para que la crítica no los respete; el amor á la madre adorada y á una hija tierna, en poco tiempo arrebatadas por la muerte. La sensibilidad delicada del hombre encuentra alguna vez los acentos de la inspiración y el eco de la simpatía, que en los corazones leales se levanta mucho más fuerte en los días de la adversidad, que en los de la bienandanza. Así como Rosselló había traducido ó imitado las principales leyendas de los poetas alemanes, Fiol estudió los franceses más modernos tanto cronológica como literariamente, llegando á verter un largo fragmento del *Rolla* de Musset. Y del mismo modo introdujo la afición oriental Miguel Zavaleta, haciendo resonar en Mallorca los ecos del *Divan* de Gœthe, y los perfumes de harem, de Victor Hugo

ó Arolas. Zavaleta, que se demostró partidario de la restauración de los Juegos florales y aun obtuvo en ellos una distinción por su poesía *Mon desitj*, suelta todos los frenos de la fantasía en sus diversos romances y sobre todo en su poema *Kinza*, adicionado con profusas notas de erudición *arabizante*. Con esto y con recordar el nombre de Ricardo Perelló, tierno poeta mallorquín, de cuyo numen no dejó la muerte contemplar más que algún temprano capullo, podemos entrar ya en el exámen de una generación cercana á nosotros, aun con el peligro de que por serlo tanto, no acertemos con el verdadero punto de vista.

VI

Una nueva generación.—Ramón Picó; la Poesía romancesca.—Digresión acerca del regionalismo mallorquín.—Gabriel Maura y sus *Aygo-Forts*.—Bartolomé Ferrá; *Comedies y poesies*.—Tentativas para un teatro mallorquín.—Tomás Forteza; sus estudios filológicos; su *Gramática;* producción poética.—La revolución de 1868.—Periodistas de batalla; Bibiloni y Corró.

DISTINGUE á Ramón Picó y Campamar el carácter romancesco de casi todas sus composiciones, carácter que á su vez es el predominante de la poesía catalana de los Juegos florales. Un pueblo que reivindica en aras de la ley de la variedad, el uso de su lengua durante años y siglos sacrificado á un convencional y prosaico *uniformismo* (distinto de la unidad, reguladora de las variedades) vuelve indefectiblemente su vista al pasado, y el pasado le ofrece escenas caballerescas y legendarias, motivos populares contenidos en la poesía popular, restos adulterados de los mitos de la raza, formas y asuntos romancescos, en suma. El romance más

comunmente cultivado en Cataluña ha sido hasta ahora el mismo romance castellano: el octosílabo. Pero cultivado con más asiduidad y parcialmente con más provecho que en la moderna literatura castellana, la cual parece haber abandonado una de sus formas castizas y linajudas. Si tratásemos de buscar la forma tradicional en la antigua poesía trobadoresca, tal vez el romance hubiera tenido que adoptar la forma que empleó el doctísimo Milá y Fontanals en *La complanta den Guillem* y la *Cançó del Pros Bernat:*

> Are ohireu la gesta—del Pros Bernat,
> comte de Ribagorça—e de Pallars...,

también empleada por Verdaguer en muchos fragmentos de su *Canigó,* como propia de la primitiva rudeza del semiheróico Tallaferro. Dicha forma, mixta de versos de siete y cinco sílabas, asonantados los últimos, cuadra mejor con el carácter historial de los primeros tiempos de la reconquista; tiene cierta severidad comparable á aquella severidad de las portaladas y arcos de las iglesias románicas; traduce como ninguna la rudeza y sobriedad de aquellas gentes que se derramaron por las pendientes de los Pirineos en las incursiones carlovingias, y

al mismo tiempo halaga el oido con la narración agradablemente monótona de un cantar de *gesta* modernizado. En estas canciones es en donde se observa el exquisito paladar artístico del maestro Milá educado por una insuperable cultura crítica y por un conocimiento también insuperable de la literatura medio-eval. Mas volviendo á la forma del romance ordinario ó de ocho sílabas, del cual hay también ópima colección de tipos populares en Cataluña aunque menos caractarísticos y nacionales que los otros, no cabe ocultar que así castellanos como catalanes lo han desnaturalizado no poco, haciéndose prolijo, largo y difuso. Tal como lo entienden hoy día, es algo más que una escena ó episodio histórico. amoroso ó caballeresco, contado con rapidez en una tirada de versos que no solían pasar de cincuenta ó sesenta, empleando giros y repeticiones que servían como de hincapié al pueblo para conservarlo en la tradición oral. Un romance equivale ahora con suma frecuencia á una novela ó un poema y ha perdido mucha parte de lo que lo avaloraba, la concisión expresiva, el carácter nacional. Recuérdese sino, cualquiera de los nú-

meros del *Romancero* del Cid, el del claustro de San Pedro de Cardeña, el de la lamentación de Doña Urraca,

> Morir vos queredes, padre,
> Sant Miguel vos haya el alma...;

recuérdese uno cualquiera de las colecciones catalanas, el de la Viuda, el de Gerineldo ó Blancaflor, y se verá cuánta diferencia separa á lo legítimo de lo mal imitado. Hoy se entretienen en descripciones acabadas como si fuese altamente épico, en raptos y parrafadas calurosas como si fuese exclusivamente lírico, y en escenas con todo esmero dialogadas lo mismo que si fuese principalmente dramático. Y esto á la vez y en una sola pieza, produciendo esa yuxtaposición de elementos y registros, el más inartístico cansancio.

Picó es entre los catalanes y mallorquines, exceptuando á Don Tomás Aguiló en sus ejemplares *Baladas*, quien ha comprendido mejor aquellos inconvenientes y mejor los ha evitado. Muchos de sus romances, pueden llegar á ser completamente populares, con el tiempo. Tiene así mismo el más cuidadoso dominio del ambiente histórico y de la propiedad de época, que se traducen en

detalles de irreprochable verdad y gusto. Su estilo es enérgico y fibroso. Su frase pinta con maestría. Su imaginación le presta cierto tinte sombrío, cierta lobreguez ossiánica que no dice mal sobre la virilidad de sus pensamientos de hombre moderno. Los caballeros y paladines que nos dibuja no son simples comparsas vestidos en la eterna guardarropía de lo convencional, sino caballeros de su tiempo, caballeros á lo Walter Scott sólo que nacidos en Cataluña, caballeros, en fin, que no se van por las ramas de lo artificioso, sino que vivieron y lucharon y hubieron de regirse por el mismísimo código de los *Usatjes*. Por esta razón, más todavía que de las tintas enérgicas de *En Ferran V*, más que de las fantasías de *Depressa!...* acabadas y correctas composiciones del corte académico que satisface al consistorio de los Juegos florales, gusto y gustaré siempre de su *Mort de Ramón Lull* y del *Testament del Cavaller*, tan cortas en sus proporciones y tan acendradas, sentidas y sabiamente compuestas, que huelen de una manera deliciosa á pergamino policromado y á carta de infeudación; como gusto y gustaré siempre de aquel imponderable fragmen-

to del *Visca Aragó!* en que la emoción poética rivaliza con la fuerza gráfica más alta que haya podido alcanzar el lenguaje poético catalán, y que empieza poco más ó menos, puesto que cito de memoria:

Si voleu sebre d' en Oms
quina la sort es estada,
del Castell de Perpinyá
mirau la torre més alta
y el seu cap allá hi veureu
'ficat al cim de una llansa.
Trist el veureu, si 'l mirau
anit que fá lluna clara;
tot embullat d'els cabells,
begut de polsos y galtes,
la color morta y ulls cluchs,
la boca oberta y morada...

Otro aspecto peculiar de Ramón Picó entre todos los poetas mallorquines es el de no haber ocultado su regionalismo catalanista ó de haberlo definido más acentuadamente, que la generalidad de sus colegas insulares. Ejemplo de ello es, no solo el *Visca Aragó!* que acabo de citar, sino también y con más energía *En Ferrán V*, donde, aunque en forma poética, traza una semblanza paralela del carácter catalán y del castellano, pintando con delectación apasionada los rasgos del uno y del otro, según sean favorables ó adversos. A mayor abundamiento

apoya su retrato artístico con detenidas ilustraciones y citas históricas, de las cuales resulta que todos aquellos perfiles no son de propia invención sino hallados en fuentes contemporáneas del reinado de los Reyes Católicos y extrañas á uno y otro bando. Prestábase, en efecto, la ida de aquellos Monarcas á Barcelona para intentar el cuadro de las dos aristocracias castellana y aragonesa, reunidas en el mismo palacio; cortesana, exhuberante y magnífica la una; franca, sóbria y popular la otra, mutuamente recelosas las dos, ofreciendo ésta á los reyes el fuerte sostén de su ruda lealtad y presentándole aquella los blandos cojines de la lisonja. El único reparo que cabe oponer es el de que Picó, haya puesto manos á la obra con el prejuicio de raza y no con la absoluta impersonalidad del que observa los hechos históricos solo por el placer de la verdad. Puede que haya buscado las citas á que me refiero, con cautela, *studiose*, haciendo que la historia deponga á favor de una solución preconcebida y sin dejarla explicar desinteresadamente. Mas no se entienda por esto que afirmo la parcialidad; limítome á consignar la sospecha de

que haya podido existir. Por otra parte, no seré yo quien censure los atrevimientos del poeta polentino en la esfera artística, poseído como estoy de la eficacia estética de la sinceridad. El poeta ante todo debe ser un hombre; un hombre que ama y siente, que odia y desprecia, y á título de conveniencia alguna le es lícito disfrazar sus sentimientos. Podrá, á lo sumo, omitir su expresión; mas si los deforma añade éticamente al vicio original el de la hipocresía y estéticamente el de la falsedad, que jamás han dejado crecer ni durar la inspiración más leve. Esta es la causa por qué no me explico los aspavientos de la circunspección alarmada, cuando aquella poesía se leyó en Mallorca. ¿Acaso no hay y ha habido muchos poetas hijos del siglo XIX, que prácticamente no quisieran volver á la edad media, los cuales declamaron de continuo contra las decepciones que la ciencia produce y contra el poder desconsolador de los instrumentos que nos descubren las miserias del mundo material? ¿Hubiera podido lograr Alfredo de Musset los desgarradores acentos de *Rolla*, si en lugar de dolerse de su incredulidad y de deprecar contra el escep-

ticismo volteriano que había destruído su fé, se hubiese empeñado en cantar una fé que no tenía ó una razón demoledora y nihilista que dejó el desierto en su alma? ¿Ganaría en valor poético y moral una poesía catalana que escondiese la nostalgia de las antiguas grandezas y el rencor, más ó menos justificado, pero sentido, contra la raza preponderante á la cual achaca su pérdida y su abatimiento? La poesía nace en las profundidades del espíritu donde no llegan los rayos de la razón; tiene cierta irresponsabilidad, por más de un concepto comparable á la castidad del desnudo clásico y su influencia nunca es tan grande ni segura que llegue á hacer peligrar el orden público. Así lo ha reconocido hasta el mismo Valera en infinidad de ocasiones y muy especialmente al tratar de los poetas hispano-americanos que cantaron su aversión á la antigua metrópoli. Lo que tal vez, saliendo del orden poético, pudiera reprocharse á Picó, es no ya su regionalismo, sino su catalanismo puro, pues si hay razón para rechazar en todo lo que tengan de abusivo las imposiciones actuales del centralismo castellano, no la hay menos para rechazar las que

sobre Mallorca ejerció Cataluña y para separar el particularismo mallorquín del particularismo catalán, que si bien tienen puntos comunes, tienen puntos en extremo diferenciales. En una carta vindicatoria que escribió no ha mucho el señor Quadrado y que vió la luz pública en la *Revista Catalana,* se señalan los fundamentos de esta diferencia en su origen histórico, por medio de la violenta anexión del reino de Mallorca á la corona aragonesa que perpetró, sellándola con sello de fatricidio, la mano rapaz de Pedro IV y por medio de las violaciones con que este monarco y sus sucesores atacaron la constitución paccionada y bilateral que juraron mantener y observar; ensayando en esta isla los aragoneses, mucho antes de que en Cataluña la consumasen los Austrias y los Borbones, la obra de la absorción cesarista é igualitaria. Si el regionalismo es, como así tiene que reconocerse, un movimiento de reivindicación de los organismos vivos, de las sociedades expontáneas elaboradas conjuntamente por la naturaleza y la historia; si la principal de sus justificaciones se halla en la observación de los hechos mismos, en la

corriente sanamente *naturalista* que ha empezado á obrar contra las ficciones anti-naturales y las constituciones trazadas *a priori* por estos ideólogos que quisieron adaptar los pueblos á su mente y no su mente á los pueblos; si este concepto desarrollado ya de una manera metódica por las más poderosas y penetrantes inteligencias de este tiempo supone, dentro de la superior limitación de la unidad (no de la *uniformidad* nacional) *el derecho de ser tal como uno es realmente* en todas las órdenes de la vida; supone tambien, por fuerza, que el regionalismo catalán no puede incurrir para los demás en el desconocimiento que censura, ni puede conculcar los derechos que él mismo sustenta, ni despreciar los títulos en que se apoya. Esto me sugiere la lectura del galano *Parlament* que hizo Picó como presidente en los Juegos florales del año 1892 en el cual, á mi entender, confundo sobradamente los intereses regionales de Mallorca con los de Cataluña hasta parecer con estos últimos absolutamente identificados, por ser mallorquín el que habla y por no hablar más que de catalanismo. El lazo común del idioma no basta á mancomunar las

aspiraciones de carácter social ó político; y si no se parte de la base positiva é histórica, el regionalismo se confunde de lleno con cualquiera de las formas federalistas que hacen tiempo militan en España y no es más que un sistema apriorístico como los otros, según pudieran hacerlo sospechar, los ensayos de constituciones y la reglamentación puerilmente detallada é inflexible de esos congresos y bases y programas, que también merecieran llamarse, según la frase de los nihilistas rusos, *papeles mojados de Occidente*. Es decir, constituciones de papel, que no encarnan en el pueblo, que no son cuerpo de su cuerpo ni sangre de su sangre; piadosos devocionarios de la libertad á la francesa, que está contenida en los preceptos, en las frases brillantes, en las paradojas deslumbradoras, en los imperativos elocuentes, en las abstracciones sublimes, en todo sitio y lugar, menos en las voluntades y en los hechos concretos, los cuales constituyen uno tras otro, toda una serie infinita de negaciones pesimistas opuestas al ideal y cándido optimismo de los teoremas parlamentarios. En suma, nacen el particularismo mallorquín y el catalán de la misma

raiz científica, pero como tallos separados y diversos; del segundo ha recibido Mallorca el movimiento pero no debe seguir idéntica dirección, sobre todo si ésta es la más extremada y sobreaguda. La energía dispersa es como la electricidad sin hilo conductor; de nada sirve. Los temperamentos intensos siempre son de más influencia que los extensos. El vapor solo tiene fuerza comprimido y lo mismo pudiera decirse de la idea. Lo que importa, pues, es hacer acopio de la energía de la idea, de estudio sólido y sereno, de convicción profunda y total, mejor que desvaporar las calderas por la válvula retórica, tan desacreditada ya por los parlamentarios en quienes vemos al común enemigo.

Sobrado larga es esta digresión, que perdonara Picó el primero de todos, si es que acaso no convenga con mis apreciaciones. Y entrando de nuevo en el terreno puramente literario, observemos los rasgos salientes del escritor de Pollensa, su sobria y elegante factura, su feliz interpretación del idioma catalán, castizo sin ser rancio, inteligible para todos sin ser vulgar, natural y limpio de toda impureza, que tan ajustadamente viste sus

inspiraciones siempre varoniles y graves. No basta lo que Picó tiene escrito y publicado para dar una idea de sus facultades. Ha dicho de él con mucho acierto el penetrante Sardá en un prólogo á sus *Tres englantines*, que se parece á aquellas perspectivas que ofrece el gran ensanche de una población á medio construir: largas vías, señaladas por edificios que alternan con solares sin edificación; construcciones hermosas y acabadas junto á andamiajes laberínticos de obras en proyecto... tal se ofrece este autor, donde lo ejecutado nada supone junto á los esbozos de grandes lienzos que tiene en el taller, sin concluir, falto del estímulo de la gloria que no siente y en la cual no cree. Su drama *Cor de roure*, si bien resintiéndose de una influencia sobrado romántica y feudal, con su imprescindible castillo y sus escenas de chimenea gótica, demuestra una robustez de roble y la firmeza de su estilo poderosamente descriptivo. Los *Suspirs* alcanzan, sin imitación formal ó externa, una intensidad de sentimiento verdaderamente becqueriana. Las canciones, romances y apólogos de todas clases le acreditan como miniaturista, como *faiseur* hábil y

primoroso y todas sus poesías presentan un conjunto inspirado, sobrio y varonil, al mismo tiempo que fuerte y vibroso.

Más de dos puntos de semejanza tiene con Ramón Picó la bravía imaginación de Don Gabriel Maura, terreno espontáneamente feraz, donde no crecen flores ni menudos céspedes junto á parleros arroyos, sino selvas impenetrables de ariscos espinos, bizarras espesuras de enmarañada vegetación. Con perspicacia observa Alcover la ruda *masculinidad* del talento de Maura, «bastante para alimentar todo un harém de imaginaciones hembras.» Nada más lejos de él que la flojedad acuosa ó la debilidad enfermiza. Si por algo se pierde, es por esceso de vigor sanguíneo, por exaltación pletórica, por lo reciamente dibujado de la musculatura, que recuerda extrañamente las creaciones de Buonarotti. De análogo á Ramón Picó, además de esta condición y como ella también más acentuada, ha tenido Maura la negligencia de *aficionado* y el no vaciar sino á trechos la inmensa cantera de su fantasía poético-filosófico-pesimista. No ha profesado la literatura y tan sólo la cultivó como entretenimiento de una vida diariamente ocupada en

otro género de labor. Pocas son sus poesías, pero de ellas casi todas merecen citarse: *L' Espigolera*, por su color meridional y sus acres perfumes rurales; *Quimeres*, por su vaga resonancia que recuerda la lira de Heine, cordada con nervios humanos; *Avant!* por la entonación profética y desesperada, descollando sobre todas las demás como dolmen solitario y grandioso. Lo que constituye, sin embargo, la parte esencial y distintiva de su talento son los artículos de costumbres y sátira social que, publicados en diversos almanaques, en la *Revista* y el *Museo Balear*, en *L' Ignorancia* y *La Roqueta*, ha reunido ahora en un volumen con el título de *Aygo forts*. Nada más apropiado que este nombre á tales opúsculos, verdadera acción corrosiva de un temperamento cáustico sobre una prosa de acero. Desde que el éxito obtenido en Francia por *L' Ermite de la chaussée d' Antin*, puso en moda el género de costumbres, los escritores españoles encontraron rica vena de asuntos en el espectáculo de la sociedad contemporánea, junto con precedentes famosos y muchas veces clásicos en nuestra antigua novela picaresca. ¿Qué son, sino, las es-

cenas y episodios de *Guzmán de Alfarache*, de *Lazarillo de Tormes*, de *Marcos de Obregón*, y hasta muchas páginas del divino *Quijote*, más que cuadros de costumbres unidos algunas veces artificíalmente al asunto principal? Desde Hurtado de Mendoza, desde Vicente Espinel hasta Estébanez, Segovia, Larra y Mesonero Romanos, puede decirse que la tradición se había roto sólo aparentemente, pues la vemos continuar en los *bodegones* de Baltasar de Alcázar, en los sainetes de D. Ramón de la Cruz y hasta en los mismos romances de Moratín. Hemos mencionado cuán de cerca en las columnas de *La Palma* (1840) siguió don Antonio Montis las huellas de *Fígaro* y *El curioso parlante*. Pero estaba reservada una fase peculiar de este género á los *costumbristas* mallorquines posteriores, á los que adoptaron para la descripción el idioma nativo en su forma vulgar y hablada. Singular relieve presentan entre todos, los artículos de *Pau de la Pau*. Son con frecuencia, lo que verdaderas aguas-fuertes respecto á dibujos litográficos. De ellos una parte ha tenido más general asenso, aquellos en que como en *Dona Juanita*, *Ses casetes*, *Un frac*, solo

toca la superficie de las cosas y la garra del satírico se contenta en hacer cosquillas á la epidermis; pero otra cosa ha sucedido cuando las uñas han ahondado en las entrañas y cuando el tipo retratado no estaba ya comprendido en los inocentes límites de la ridiculez. A esto contribuye el exceso del *mordente* pictórico, la sevicia del estilo cruento y duro, los trazos profundos del buril que rasga y aguijonea, no ya la piel, sino la carne viva de la sociedad, como en *Escola práctica*, ó *Ses Peparrines*, aquél, especie de trasunto casero é hipócrita del *Sylock* shakespiriano, éste concentrado esbozo de toda una novela experimental y moderna con vistas á la Celestina y á las *Ejemplares* del insigne cautivo de Argel, donde se desentrañan y explican lobregueces y miserias no menos divertidas que la casa del señor Monipodio y los entuertos de la Salada, Repolido y Chiquiznaque, sin esa á menudo pesada seriedad trascendental de los naturalistas de profesión. No cabe duda que los primeros de estos artículos son retóricamente más regulares y redondeados, de más piadoso y tolerante humorismo, pero los segundos revelan toda la fuerza imaginativa de

Maura, toda la sagacidad de su espíritu mundólogo y observador, sin ser más que un pequeñísimo fragmento escrito de esa suma inagotable de ingenio, de sátira, de talento y de observación profunda y ligera que ha desparramado durante toda su vida, con prodigalidad no siempre bien empleada, quien no es en el día célebre por lo mismo que se quejaba Larra de no ser inmortal: por pereza.

No sé qué hay de complejo y difícil en la producción literaria de Bartolomé Ferrá que me detiene junto á sus umbrales, como visitante indecíso. Al tomo de sus *Comedies y poesíes* (1872) tengo unido un recuerdo personal cuya revelación me parece ahora justificada, sin que parezca que sostengo una *interview* conmigo mismo. Llegóme á las manos en plena infancia y fué para mí, ese libro despertador de las dormidas predisposiciones, ese medianero del cual todó escritor, pigmeo ó gigante, recibe ¡ay! el soplo ó el contagio, y que no sé si llamar catequista ó galeoto. La prímera lectura deja una huella profunda é imborrable en nuestro espíritu, que se apropia la impresión, subjetivándola. Como se carece de términos de comparación, como

no se distingue las ideas nuevas de las ideas *ambientes*, todo nos solicita y atrae con una fuerza é intensidad, con un estímulo y una eficacia, que van debilitándose y haciéndose más raros á medida que uno se inicia en el conocimiento de otras obras y otros horizontes... Á ese encanto, á ese prestigio taumatúrgico de la primera lectura, reunieron para mí las páginas de Ferrá, un misterioso y trémulo reflejo del pequeño mundo que me rodeaba; una vibración al unísono, con las fibras más íntimas, con los sentímientos más primitivos y elementales del alma del pueblo mallorquín y, sobre todo, una felicidad en la reprodueción gráfica de rasgos y colores que por sí sólo produce el placer estético de arrancar al mundo fugaz de la existencia, la imágen que conserva y custodia el mundo perenne del arte.

Al tomar de nuevo el libro hace pocos meses, para preparar este trabajo, hícelo con la incertidumbre de la segunda impresión que se me preparaba y que por fuerza debía rectificar la primera y original. No puedo negar, que, á despecho de los reparos y reservas que obviamente me asaltaban, reconocí en el conjunto de las

composiciones de Ferrá el nervio de un verdadero escritor, anguloso, irregular, lleno de aristas vidriosas si se quiere; pero enérgico y duro en la expresión, acertado en los asuntos, que *mallorquinea* (y permítaseme el vocablo) hasta la exageración misma, y que han encontrado notas muy felices y exactas de la poesía y de las costumbres, del paisaje y del espíritu insular. Cierto fondo melancólico y huraño inunda de sombra las festivas descripciones. En Ferrá más que en ningún otro, se exacerba el prejuicio tradicional que tanto domina entre los escritores mallorquines, llegando hasta una intransigencia atrabiliaria en materia de costumbres, arte é idioma nativos. Á veces, á fuerza de buscar la *nota indígena* y el colorido de localidad, cae en lo vulgar y pedestre, pues es sabido que en el fondo artístico del pueblo van confundidos y en montón centenares de guijarros por cada perla, centenares de cardos por cada lirio, y que se necesita desbrozar y desbrozar con mucho tiento y con perseverancia infatigable, para separar lo uno y recoger y conservar lo otro en toda la plenitud de su efecto estético. Consíguelo en algunas de sus *Flors de*

tot color, tales como *Les minyonetes de Son Cigala* y *La rondalla dels tres hostes*, naturales, de naturalidad ingenua y campesina y hasta con cierta sugestión gótica la segunda, como de escenas galantes pintadas en vidrios de colores. De la parte seria de su libro debe citarse también, sino por lo perfecta y modelada, por la fama inmensa del original, la traducción mallorquina de *La Campana* de Schiller y una infinidad de *Poncelles* que ha ido produciendo después, cortas, sentenciosas, y sentidas la mayor parte.

Sus *Balades* en prosa, ó por mejor decir, algunas que encierran un concepto *íntegramente* poético, son una prueba palmaria de que... la forma métrica no está «llamada á desaparecer». Se echa de menos la versificación como en ciertas leyendas de Bécquer, concebidas sin duda para ser versificadas y vibrar con el inefable y hondísimo temblor de su rima, y sólo por premura entregadas á la prosa, no vil, como dice la vulgaridad, sino inadecuada á tales asuntos. No cabe duda que el lenguaje poético (métrico), todavía después de la influencia de poderosos ingenios (Campoamor, p. ej.) que lo han ensanchado y naturalizado, re-

chaza ciertas familiarídades, ciertos pormenores, ciertos recuentos fatigosos é inventariados que pueden ser indispensables alguna vez para el efecto definitivo. La forma poética es como una dama muy elegante, muy hermosa, de grande ingenio, que no se fija en ningún pormenor baladí. Y, todo lo contrario; cuando el asunto no presenta ninguna de estas impurezas, aleaciones y escorias que lo condenan á la prosa, y sin embargo se escribe en prosa, nace entonces esa contradicción interior ó como paradoja de la *prosa poética*, cuya discordancia entre el elemento esencial y el elemento formal, determina por fuerza cansancio y enojo en el lector, á la larga sobre todo. Pocas de estas obras en prosa poética (en prosa esencialmente poética, entiéndase bien) están destinadas á vivir, porque traen dentro de sí el germen de su misma disolución y de su falta de viabilidad, en la oposición antinatural de los propios elementos. Tuvieron su periodo de auge y dentro del renacimiento catalán las ensayaron diversos escritores, como Renart, y se perdieron bien pronto en el olvido sus tentativas. Varias hay entre las de Ferrá que se escapan á esta

suerte y que conservan todavía la palpitación de la juventud, tales como las que llevan por título *Armoníes* y *Na Margalida*, verdadero esbozo de un poema lleno de emoción, rebosante de la poesía de los humildes y de los pobres de espíritu, que con tan noble empeño han buscado muchos de los grandes poetas contemporáneos, desde Victor Hugo hasta Coppée y el provenzal Jasmin (v. *Maltro l' innoucento*). Pero donde entramos en el verdadero asunto de este escritor es en el de sus *Hores alegres*, en la parte regocijada de su producción así la que aparece en su primer libro, como la que fué entregando después periódicamente al público desde las columnas del semanario mallorquín *L' Ignorancia*, publicado en colaboración con Obrador y cuyo éxito en su primera temporada fué en realidad sorprendente. Á parte de sus refranes rimados, ofrecerán perpetuamente un hermoso documento de época ciertas escenas versificadas con gran habilidad y acierto como *Vinagre... ben fort!*, *Els Vehinats de carreró* y *El xot de Pascua*, las cuales si bien festivas exteriormente, no dejan de encerrar cierto sentido recóndito, cierta poesía de orden secunda-

rio y casero, que se hace más intensa en *El Peller*, página digna en realidad de figurar entre las más sinceras y hermosas que ha logrado arrancar á la lira moderna, la existencia errante y desolada del bohemio... Para que nada falte, aunque en cortas proporciones, en el muestrario de Ferrá, ofrécenos una serie de artículos de costumbres entre los cuales sobresalen *Una barbería* y *Una diligencia*, trabajados con esmero y observados con sagacidad, á parte del sinnúmero de improvisaciones más propiamente periodísticas que literarias con que llenó las páginas del susodicho semanario, bastantes á demostrar una agilidad y una fuerza satírica contundente y dura, mejor que alada y espiritual.

Con lo dicho y con mencionar por su genuino sabor arqueológico las poesías *Lo Castell de l' Almudayna* y *Santueri* (la última especialmente), con recordar sus escenas episódicas del *Viatje de la Reyna*, que consignan artísticamente una etapa muy curiosa é interesante de la historia local contemporánea, podremos entrar de lleno en el exámen de los ensayos teatrales, así por la novedad del intento como por la intrínseca importancia li-

teraria que ofrecen en conjunto. No es esta ocasión propicia para disertar largamente sobre la posibilidad del *teatro mallorquín,* si bien creemos que en cierto modo plenamente resuelta queda por la corta extensión de la comarca. La dramática es la parte más nacional de toda literatura, la que debe vivir la vida pública, la que necesita recursos plásticos y exteriores. Sale del gabinete del poeta y no le basta la mera publicidad de las letras de molde. Solo se contrasta su valor en las gradas del coliseo, ante la aprobación de la masa humana conmovida. Y en este sentido no creemos estar lejos de la verdad al consignar que nunca será posible intentar un teatro exclusiva y particularmente mallorquín. Á lo sumo podrán ir los esfuerzos que nazcan en esta isla á engrosar el caudal del teatro catalán, pero jamás granjearse una vida propia é independiente. Los dramas no pueden vivir sin actores que los representen... ni los actores sin pan que los mantenga. He aquí el orígen de todo. ¿Podría vivir una compañía por mediana y económica que la supongamos, representando obras mallorquinas exclusivamente ó compuesta en su totalidad de

artistas mallorquines?... Creemos ocioso contestar á esta pregunta. Por donde venimos á parar en que, aún suponiendo la mayor abnegación por parte de futuros é ignorados autores dramáticos en entregar sus inspiraciones al lenguaje nativo, aunque creamos en la posibilidad de algún Ibsen que esté por nacer, tales esfuerzos nunca lograrían arraigar en una aspiración ó necesidad artística colectiva, y se limitarían á una empresa personal y aislada.—El tomo *Comedies* y *poesíes* contenía ya cuatro de aquellas, que diez años más tarde se reprodujeron juntamente con otras dos nuevas en el libro titulado *Comedies de costums mallorquines* (1882). Más que de comedias, les convendría á la mayor parte de las mencionadas producciones el nombre de entremeses ó sainetes, sainetes en el verdadero sentido á la antigua, vivaces y luminosos, risueños en medio de las miserias descritas, còmo los de Don Ramón de la Cruz. Exhíbense allí las flaquezas ora simplemente ridículas, ora gravemente pecaminosas de la última capa del pueblo y de esa burguesía ó clase media, tocada del afán de las apariencias y de las vanidades mundanas. Muchas

escenas están evocadas con gran sabor de veracidad y con gran eficacia cómica; muchos diálogos vienen llenos de conceptos y gracias nacidas espontáneamente del asunto mismo y no de esos chascarrillos de calendario americano con cuyos recortes se *confeccionan* hoy día tantos y tan despreciables juguetes cómico-líricos; hasta pudieran decir los representantes de ese parvulismo periodístico, que monopoliza ahora la sección de teatros en muchos periódicos, que «están plagadas de chistes;» hasta se puede afirmar que *En els senyors de Son Miseri* y en *Un estudiant del día* hay el germen y el asunto de una obra de más importancia de la que el mismo autor parece haberles concedido; pero no cabe ocultar que hay en todas un prejuicio docente, un afan intempestivo de moralizar y educar, que tanto perjudica al arte como al provecho ético y educativo que puede recibir el espectador. No vamos á preconizar aquí como exclusiva la fórmula ya añeja y olvidada del *arte por el arte*, ni á aceptar tampoco como única la de que «no existe poesía que no se convierta en filosofía,» como sostuvo Lamartine. Nos contentamos con que la

obra artística realice el fin esencial de la belleza. Y si sobre una excelencia tan preciada y superior, si envuelta en ella y sin sentirlo, á manera de paradigma misterioso hallamos una verdad de carácter moral, artística y naturalmente fundida con la impresión estética, entonces ésta duplica su energía y su importancia. Tal es, por ejemplo, la impresión que nos produce casi siempre la musa excelsa de Schiller, cuyas obras realizan plenamente, absolutamente, el fin estético, y depositan después en el fondo del alma una enseñanza más duradera y fecunda que todas las disertaciones y sermones puestos fuera de lugar. El arte *docente* ó tendencioso, cuando se declara con franqueza, cuando incurre en la inhábil ingenuidad de no disfrazar su intención, logra cautivar pocas veces y el lector ó el espectador cogen ó escuchan de mala gana aquellas obras en que advierte el interés preconcebido de ganarle y atraerle hacia una solución determinada. En uno de los últimos libros de Daudet, *L' Evangeliste*, he leído el detalle de que la propaganda protestante hace repartir hojas impresas con *Meditaciones*, en las plazas y paseos públicos, lo mismo que si fuesen anuncios

de sastrería ó reclamos de la Compañía Fabril «Singer». Me gustaría conocer el número de conversiones que por este medio han logrado los pietistas de París. Algo parecido acontece con las obras de moraleja y sermoncito, donde se saca á la vergüenza pública una debilidad ó un vicio del prójimo y á renglón seguido viene otro prójimo, defensor de la *buena causa*, que me lo pone cual no digan dueñas. Tal ha sido de perniciosa en la literatura esa tendencia reaccionaria irreflexiva que, creyendo servir á Dios por medio del arte, hace un flaco servicio á entrambos y á entrambos compromete. Y véase también de qué manera tan distinta han procedido aquellos autores, que aun siendo católicos ardientes y hasta ultramontanos integérrimos han querido ser artistas, esencialmente artistas. Récuerdense, por no citar otros, los ejemplos de Tamayo y de Pereda en sus obras capitales, y se verá que las que tienen vida asegurada y perpetua, aun encerrando un fondo de opinión y de tendencia personal ó de escuela, están subordinadas directamente á la ley de la belleza en sí misma. Que siendo de esta manera después viene lo

otro por añadidura y es como miel sobre hojuelas.

De la misma generación de Maura y Ferrá debe considerarse á Don Tomás Forteza, discípulo y prosecutor directo de la obra filológica de Don Mariano Aguiló, humanista experimentado y uno de los que conocen de una manera más reflexiva y documental, el proceso histórico de la lengua catalana. El ensayo de su *Gramática*, premiado en uno de los últimos certámenes (creo que en el de las Ferias y Fiestas de 1881), está próximo á darse á la estampa, notablemente desarrollado y refundido, por cuenta de la Diputación provincial de las Baleares, la cual, dicho sea de paso, no ha mantenido un criterio muy firme ni seguro en tales materias, pues mientras unas veces se ha retraido de contestar al Consistorio de los Juegos florales de Barcelona que solicitaba un premio, fundándose en la razón de que el oficio no venía redactado en lengua castellana, adopta después el acuerdo de costear la impresión de una obra docta dedicada exclusivamente á investigar la estructura de un idioma no oficial. Vengan en buen hora tan nobles inconsecuencias y tan

absolutas rectificaciones. Si el prejuicio centralista pudo ofuscar la mente de algún doctrinario discípulo de Cormenin ó de Colmeiro, cantores en Francia y España del propio centralismo igualatario y uniforme; si el desvío sistemático de toda cultura desinteresadamente científica, hacía ignorar que las direcciones más nuevas del pensamiento iban, aún en el orden político, de conformidad con la restauración de lo particular y vivo, aquella corporación ha sabido abrir después la puerta á las influencias externas, para ventilar la viciada atmósfera de los dogmatismos burocráticos. ¡Y pensar que muchas veces el mejor servicio que pudiera prestarse al idioma castellano, cuya supremacia quiere defender, aún á costa de arbitrariedades, ese rancio criterio de oficinistas más ó menos ilustres, consistiría en condenarlos á perpétuo silencio á fin de que no lo martirizasen con su farragosa é inextricable verbosidad!

Tenemos, pues, que nuestra Diputación provincial costea la edición de una *Gramática* de la lengua catalana, lengua distinta de la castellana, por lo menos tanto... como la de la *Gaceta*. Lo celebramos con absoluta sinceridad, no sólo

por la sanción oficial que se dá á esta clase de estudios, antes divorciados de ella, como por el valor mismo de la obra de que se trata. Hace tiempo que leí, manuscrita, su parte principal (las monografías referentes al artículo catalán y su variante mallorquina, al pronombre, al verbo) y aunque creo conveniente aplazar para después de la publicación todo juicio, reservándolo á los que tengan verdadera competencia técnica y de especialidad, creo también que ha de serme permitido adelantar que la obra supone un verdadero esfuerzo de investigación erudita á través de todas las fuentes originarias del idioma, así en sus más primitivas apariciones, como en la diversificación de formas dialectales en que ha llegado á descomponerse. Presumo además que ha de sorprender su conjunto por la novedad de las revelaciones, buscadas en la comparación etimológica y sobre todo, por la trabazón metódica y racional y el sentido científico con que está desarrollada, muy distintos de la rutina y el empirismo de las gramáticas de uso corriente en las aulas. En una palabra, será este un nuevo testimonio de que la ciencia de Müller y Diez ha pene-

trado recientemente en España por la puerta del catalán mejor que por la del castellano, el cual con ser un idioma tan rico y acabado, con haber servido de instrumento grandilocuente á una literatura copiosa y brillante desde la edad media hasta estos días, no ha visto continuar ahora la tradición de sus Nebrijas, siendo escasos los que hayan proyectado la luz de la moderna filología sobre la opulencia del habla de Cervantes.

Al propio tiempo que el Sr. Forteza preparaba sus estudios gramáticales, de que ofreció distintas muestras ó extractos de vulgarización en la segunda época del *Museo Balear,* fué recogiendo también todo un caudal de datos curiosísimos para el Diccionario catalán de etimologías que tiene en proyecto, el cual si llegase á publicarse ofrecería sin duda extraordinaria utilidad, pues nada como la etimología explica el sentido interior é inicial del vocablo ni nada puede servir de mejor modo para aplicarlo certeramente. Muchísimo ha auxiliado á las naturales dotes de D. Tomás Forteza, el conocimiento sólido y profundo del latín y el estudio del griego, no menos que la afición á sus grandes autores y

la lectura asidua de los textos catalanes antiguos. Le bastarían tales méritos por si solos para dar testimonio de su utilidad á las letras y al movimiento intelectual de esta región en un orden de estudios tan moderno como el de la filología, si no añadiese á ellos el de haber alcanzado el galardón de los Juegos florales en una época, que, si no mucho, algo más suponía que ahora y algo más tentaba la codicia de los autores. Así como últimamente ha llegado á ser propio de la distinción literaria y de los temperamentos artísticos más refinados el abstenerse de someter sus obras al prosaismo imperante en los certámenes, tiempo hubo en que las más selectas composiciones que forman el caudal de la moderna poesía catalana, merecieron también los honores del premio académico. D. Tomás Forteza los alcanzó repetidamente por sus romances históricos, diestramente trabajados, mejor por pluma de barcelonés que de mallorquín, en donde una factura casi impecable se junta con medias tintas y términos medios, siempre ajenos de ripios como de verdadero furor, tan distantes de la garrulería cursi como del rapto sublime. A este género

pertenecen *L' ombra de 'n Muntaner, Les derreríes del Conqueridor, La lligenda de Sant Segimon, Lo Compte d' Ampuries,* en las cuales se revela si no un poeta en la plenitud de la inspiración, un literato en la plenitud de su habilidad. Acúdele alguna ráfaga de alto entusiasmo lírico en su *Oda á la Verje de Monserrat*, un hondo estremeciento de ternura en sus estancias *En els ulls de Deu*, y un desbordamiento de lágrimas en *La dolor de les dolors*, exquisita traducción de las inefables y delicadísimas elegías de Ventura Ruíz de Aguilera en la muerte de su hija, donde, aunque en castellano, la musa galaica pareció concederle las arrulladoras inflexiones del cantar nativo, hecho sin duda á expresar en el grado más intenso posible la queja de la resignación moribunda y el suspiro de todas las *saudades* temporales y eternas. Dejando á parte su drama inédito *Les noces del Infant*, dejando á parte sus artículos, sus retazos de tentativas diversas, sus pequeñas canciones, sus versos de ocasión, terminaré recordando su poesía *Mallorca*, que acusa la influencia de la gentil imaginación de Aguiló (Don Mariano), y cuya placidez y colorido de

geórgica parece imposible que pudiera conseguirlos el autor en la soledad de su cuarto, (como supe merced á la confidencia que de ello me hizo) en los mismos instantes en que la revolución de Septiembre de 1868 se desbordaba por las plazas y las calles de la ciudad.

Toda revolución, supone un trastorno de la economía de los pueblos, un aceleramiento prodigioso del pulso en la vida nacional. Las pasiones se extreman, los ánimos se enconan, los espiritus se levantan y diríase que así los que empujan el movimiento como los que intentan moderarlo ó detenerlo, se sienten poseidos de un frenesí que quintuplica su fuerza y su actividad. Esta actividad y lucidez de los periodos revolucionarios alcanza directamente á la literatura, que dependiendo ahora muy principalmente del periodismo, se siente tambien atraida por los vendavales que soplan de tanto en cuanto en el espíritu público como marea equinoccial de las naciones. No por alejada dejó de alcanzar á Mallorca el torbellino que arrastró consigo el trono de Isabel II; la prensa no se daba un momento de reposo para arrojar á la multitud la hoja, el folleto, la proclama,

el pasquín, dones de esa Furia literaria que se levanta de continuo entre el humo y los escombros de las barricadas. Los rojos dicterios de la musa demagógica hacían más cruel é implacable á la lívida reacción; y en uno y otro bando mientras este combatía el otro afilaba sus armas en la sombra para presentarlas más aguzadas el día siguiente. Como ejemplar curioso é interesante del *pamphletaire* de los días aciagos, como verdadero antípoda de esos escritores pulcros y contemplativos que acabamos de recordar, se nos ofrece en aquel periodo Miguel Bibiloni y Corró, que habiendo vivido algún tiempo en Madrid, habiendo fraternizado con Roque Barcia y toda una generación de guerrilleros de las letras, habiendo sido uno de los fundadores de *El Cascabel*, sintióse *moderado* al primer toque del somatén revolucionario, él, que por su temperamento social y periodístico era un jacobino impenitente. Había trocado el componedor del cajista por la pluma del gacetillero y más tarde por la del escritor, entregado á una sola norma: el ardor momentáneo y la espontaniedad. Dotado de rara facundia y de memoria tenaz, nunca es-

cribió con la delectación del artista, sino con la velocidad, la vehemencia y hasta la iracundia del improvisador. Sueltos, artículos, polémicas, periódicos enteros brotraron de su pluma en medio del vocerío que precedió y siguió á la revolución española. Probó los rigores de la persecución y las amarguras de la cárcel; sufrió todas las represalias que trae consigo la inútil intemperancia y pudo pasar en tal época por la encarnación de uno de aquellos bohemios que hallaron el impulso de su vida nómada en las revueltas de los tiempos ó como tipo del batallador y del foliculario implacable, siempre dispuesto á la lucha con todas las armas de la panoplia periodística. Recuérdanse todavía sus campañas del *Juez de Paz* y sus estruendos de *La Bocina*, en muchos puntos verdadero modelo del desenfreno de la imprenta. El frio de los años, bien pronto cubiertos de las cenizas de una tan rápida combustión, apagaron su natural belicoso, hasta convertirlo en prudente burgués. De sus trabajos literarios, donde no dejó huella el lápiz de artista sino la brocha del decorador que atrae á la multitud, deben mencionarse la *Reseña histórica del*

Castillo de Bellver, la novela *Los Explotadores*, el drama titulado *El Castillo de Bellver* y diferentes zarzuelas y piezas que fueron representadas en teatros caseros y quedaron manuscritas.

En el mismo diapasón de Bibiloni se mantuvo toda la contraversia del periodo revolucionario. Como á punto neutral, la templanza y la suavidad de las formas, que eran entonces un verdadero afeminamiento, se retiraron á *La Dulzaina*, publicación semanal y bilingüe, como ensayo de la nocedad emprendida por Maura, Ferrá y Forteza, con la colaboración de Lladó, un espíritu enfermizo y contradictorio que se dejó arrastrar por las más extremas tendencias radicales, muriendo entre desconocido y olvidado. Apareció poco después *La Unidad Catolica*; la misma literatura, la misma poesía se convirtieron en armas para la lucha. Ensordecíase el aire con las declamaciones tabernarias de los unos y con las imprecaciones apocalípticas de los otros. Poblóse el espacio de amenazas y sarcasmos, de aullidos de odio y de dicterios de mutua recriminación; desde Madrid lanzaba Nuñez de Arce sus *Gritos del combate* y este unísono canto de

la discordia arrancaba ecos de indignación ó de vergüenza en todos los rincones de España. *¡Pobre patria!* cantaba Rosselló, con uno de los más sinceros alientos de su vida; ¡pobre patria! se repetía en medio de la diversidad de los pareceres y de la confusión de los espíritus, no habiendo conformidad general y unánime más que en un sólo extremo: en la común é insoportable desventura.

VII

La Revista, El Museo Balear.—Escritores que aparecen en estas publicaciones.—José Taronjí; sus polémicas; sus versos. Mateo Obrador; su producción.—Juan Luis Estelrich; *Primicias, Saludos;* traducciones; *Antología.*—Don Antonio Frates y sus novelas de asunto mallorquín; *Impresiones.* —Otros publicistas y aficionados.

En la *Revista Balear* de literatura, cienciencias y artes, (1872-1874) empezaron á darse á conocer algunos nombres que, apesar de los veinte años transcurridos, parece que son los últimos de este ciclo literario que ahora contemplamso casi expirante. Uno de ellos, José Taronjí, hubo de alcanzar después notoria resonancia que en algún instante llegó á ser estruendo, y no ya por motivos literarios, sino por el fragor polémico de su libro sobre el *Estado social y político de Mallorca*, (1877) ardiente controversia acerca de las preocupaciones de clase, que removió dolorosamente la cicatriz de un infortunio de nuestra isla llamando hacia ella la atención de España. Escápase por fortuna del campo de la

historia literaria este trabajo, lo cual evita el ruboroso encojimiento de tener que discutir princios de humanidad, de justicia y de religión que parecen axiomáticos y que, sin duda, pierden su eficacia cuando se los rebaja á la condición de ciscutibles. Aparte de aquella obra y de la colección de conferencias sobre *Las virtades cristianas en la vida moderna*, publicada mucho más tarde, el Sr. Taronjí al fallecer tempranamente á los cuarenta y dos años de edad (1890) dejaba, también impresos y publicados, dos tomos de poesías, castellanas las del uno y mallorquinas las del otro, donde reunió sus composiciones que anduvieron profusamente esparcidas en las páginas de los Juegos Florales, en el *Anuari catalá*, en *El Llibre d' or*, en el *Almanaque Balear* y en el del *Diario de Palma*, no menos que en la *Revista* y el *Museo*.

Su tomo de *Inspiraciones* (Palma, imprenta de Roca, 1882), lo mismo que *El Trovador mallorquín* (imprenta de Rotger, 1883), adolece de una irrestañable afluencia verbosa y de una facilidad sobrado fácil, que arrollan el brío de la imagen, la novedad del concepto y la vibración emocional, para dejar en con-

junto una impresión somera y tenue. Tal es de perniciosa, al fin y á la postre, esa suerte de habilidad que permite hacer versos más ó menos vistosos sin el hálito interior de la poesía. Pudieron parecer fáciles y asequibles las *Meditaciones* de Lamàrtine, la sombra de sus crepúsculos, la vaguedad de sus melancolías, su lirismo sentimental y sus ensueños místicos de «la religión como arte», pero acaso para imitarlos ó conseguirlos, se olvidó que aquel poeta, en medio de su simplicidad de recursos y de su afán de extraer la poesía de todos los grandes lugares comunes de la pasión, de todos los temas eternos y primordiales, sintió pasar con más intensidad que poeta alguno por el centro de su espíritu, la corriente de la poesía pura, desnuda de ropajes y símbolos externos, la poesía esencial y en elemento ó, como diríamos apurando la semejanza,—la poesía, *fluido imponderable*. Levísima huella deja en nuestra tra memoria la lectura de muchos volúmenes repletos de odas, sonetos, y romances, sin distinción característica, sin variedad de accidentes, monte bajo no descuella ningún árbol corpulento, colecciones sujetas, mejor que á unidad de

estilo, á monotonía de salmodia. Todos los talentos modestos que prefieren la difusión á la concentración, todos los artistas de segundo y tercer orden que proceden por extensión y no por intensidad, jamás logran traspasar esa mera pulcritud inexpresiva, que según la feliz apreciación de Calixto Oyuela, el distinguido crítico argentino, caracteriza el temperamento medio de la vulgaridad en la poesía castellana. De este modo, y hay que confesarlo dolorosamente, no logrará salvar el olvido en que empieza á sepultarse, mucha parte de la obra poética del señor Taronjí; aunque bastan para vencer el de su nombre, la varia cultura de su espíritu, su rebosante entusiasmo por las letras, la erudición retórica y gramatical que atesoró con perseverancia infatigable, y el espíritu religioso, á veces decaido en sentimental, de quien se engolfó, como primer pasto de su juventud eclesiástica, en las páginas más brillantes que duraderas de Chateaubriand y Lamennais.

Dos condiciones principales caracterizan el ingenio poético de Mateo Obrador y Bennassar; una versificación primorosa y transparente, un gusto irreprochable.

Es un *ciseleur*, casi un «exquisito» de nuestros días, aunque su aparición literaria data de más de veinte años. Ha escrito preciosas miniaturas, estrofas heinianas, poesías elegantes, amorosas con todo el perfume de la adolescencia. Es una pluma la suya, que ejercitada en un trabajo intenso, podría producir maravillas de ejecución. Se advierte en todas sus fragmentarias y dispersas composiciones, el mimo cariñoso con que han sido escritas aquella suave y encantadora delectación con que el artista minucioso se regodea apurando el detalle sutil, aquella lentitud propia de la elaboración sabia y perfecta. No obstante esta perfección, que aprecia y discierne la parte del público que llamaremos *profesional*, muchas de las producciones de Obrador han alcanzado el pleno dominio de la popularidad en Mallorca. Tal es, por ejemplo, *La mal casada*, que se sabe de memoria y que cantan y recitan muchos que no conocen siquiera el nombre del autor. Nadie mejor que él ha encontrado en la lengua mallorquina la inflexión tierna y acariciadora, la tonalidad general fluida y grata al oido, ni tampoco la precisión del vocabulario, rica, agreste,

pagesívola, ya que no cabe decirlo de otro modo. En este concepto, su prosa mallorquina es superior á cuantas se escriben, por la llaneza y la naturalidad de la expresión, por el eufonismo y la gracia, que en *Devers dels homens,* traducción del opúsculo conocidísimo de Silvio Pellico, se arriesgan en algún párrafo á emular los del original. En este concepto también, nos es muy sensible que haya abandonado su proyecto de traducción de la *Iliada,* ó siquiera que haya desistido de publicar los cantos que tenía escritos cuando en la lengua materna emborronaba sus ensayos de «aprendiz de helenista.» Hubiera resultado éste, un trabajo de mucho interés literario, no tanto por tener en el idioma vulgar la traducción del viejo poema, cuanto por la comparación de que hubiera sido objeto, con respecto á las que poseen otros idiomas sabios y cultos. No quisiera que alguien viese en esto la jactancia de un patriotismo intransigente; pero estoy seguro de que las lenguas vulgares tienen para esas epopeyas ingenuas y primitivas, una *receptividad* mayor que las lenguas de academia, por lo mismo que están más cerca del estado de civilización

que resumen los poemas homéricos, por lo mismo que no han sido urbanizadas y pulidas, por lo mismo que se encuentran en contacto inmediato é íntimo con la naturaleza exterior y conservan su perfume rústico y salvaje. El francés de Mdme. Dacier y el castellano de Hermosilla, empobrecidos por la dieta retórica, acartonados por la ceremonia cortesana, no pueden revelar totalmente el aire libre, el *ruralismo*, la desnudez, la infancia de los pueblos. Y en cambio esas otras lenguas románicas retrasadas en la cultura literaria, con menos esfuerzo del que Valera empleó para verter al castellano la novela pastoral de Longo, nos darán un trasunto más directo y, como se dice ahora, más sugestivo, del alma antigua.

Donde más gala hizo Obrador del dominio del mallorquín castizo y popular, depurado y correcto al mismo tiempo, fué en aquellos cuentos aparecidos en el *Museo* y después en *La Ignorancia* y *La Roqueta*, tales como *El Tio capellá* y *Memories d' un estudiant pagês*. La parte que tuvo en los dos últimos semanarios fué contínua y fecunda, manteniendo como ninguno el mallorquinismo de sen-

timiento, sin afectación, sin tendencia exclusiva, sin intransigencias de mal gusto y al fin y al cabo contraproducentes. Sus artículos, hasta sus mismas gacetillas, se distinguían á la primera lectura por el esmero y el sabor indígena. Pocos, muy pocos, tendrán tan explorado el horizonte local y pocas almas habrá más dispuestas á la nostalgia característica de todos los isleños. Exprimió su cariño á Mallorca en las correctísimas estrofas de su poesía *La Roqueta* (título, después, del periódico tantas veces recordado); y la dulzura de su inspiración esencialmente benévola, sin mezcla de satanismo ni de desesperación, en sus canciones amatorias y en sus poesías cortas, de esa forma divulgada por los poetas alemanes, especialmente por el autor del *Intermezzo,* y que viene á constituir el madrigal castellano, sustituyendo á la galantería antigua la intensidad de la pasión moderna. Á este género pertenece *Nova amor* y aquella incomparable *Flor de Miramar*, donde lo acendrado del sentimiento se traduce por la más exquisita sobriedad de expresión y en cuyos versos revive el tembloroso éxtasis con que embelesa á las generaciones, la poesía eter-

na de *Le lac*. Á penas cabe poner reparo alguno al estilo de Obrador, aun el de sus articulos periodísticos en castellano. Por lo mismo que son tan poco frecuentes cuidado y aliño tales, llegan á estorbarnos alguna vez y nos parece que con ellos se atrofia parte de la potencia imaginativa del autor y se enfrenan las audacias de lo que constituye la verdadera originalidad literaria. Quisiéramos que la floresta de la imaginación creciese libremente desplegando todas sus gallardías desordenadas y sorprendentes, mejor que ver entrar en ella al sabio jardinero á regularlas y limitarlas.

En este último concepto puede venir comprendida la labor literaria de Juan Luis Estelrich, quien, entre los que escriben en castellano, merece citarse, por su diversa fisonomía y sus condiciones también diversas y aun desiguales. El ahinco, la afición, el entusiasmo que Estelrich reserva para la literatura, nunca serán objeto de la alabanza que merecen. De lo desinteresado de tales aficiones y entusiasmos, pueden dar testimonio los que conocen su veraz y simpática modestia. Joven, casi niño, empezó á demostrarlos y no han cedido un ápice ni con

la edad ni con los trances amargos que depara la existencia. Cuando ha sentido una inspiración, la ha expresado; cuando se le han puesto delante la hoja del album ó el perfumado abanico de una bella, los ha llenado también. Cuando se ha deleitado su espíritu gozando las bellezas de extrangera poesía, ha querido encantar con ellas á sus amigos y á su público, traduciéndolas pacientemente, con mayor cariño que si se tratase de obras propias. Dios le ha reservado en pago de todo esto, un goce supremo y recóndito: el de no conocer la envidia. El triunfo de sus amigos fué siempre el suyo y pocos como él se han afanado tanto para esparcirlos y pregonarlos. La suerte le concedió una amistad íntima con ingenios tan esclarecidos como Menendez y Pelayo y con poetas del mérito de Costa y Alcover. Su adminiración ha vencido las emulaciones del compañerismo y ha cuidado del renombre de los compañeros mucho más que del propio, si bien esta semilla de un corazón noble no cayó en tierra ingrata. Menendez y Pelayo fué quien más influyó desde el principio en el temperamento literario de Estelrich, por medio de sus poesías

heleno-latinas y de la resurrección de los versos de Cabañes. La primitiva tendencia del autor de la *Epístola á Horacio*, dejó resabios demasiados duraderos en nuestro compatriota, algo que no pudo desalojar del todo, aun después que el mismo Menendez rectificó su exclusivismo clásico para llegar á esa grandiosa amplitud de criterio con que Dios ha multiplicado sus potencias para que gusten todos los órdenes de la belleza. Estelrich, aunque teóricamente comprenda lo contrario, tiene bastante en la práctica, de retórica y frío: una especie de fe ciega en el artificio sumo de la versificación. Sería puril recordarle que la forma no es substancia, porque demasiado visto y sabido lo tiene; que la retórica es un mero conjunto de leyes ú observaciones deducidas *a posteriori*; que las grandes obras son las que han producido las reglas y no las reglas las que produjeron las grandes obras, conforme ya alegaban los innovadores del romanticismo. Pero es cierto también que se ha prendado de los ropajes, de los estilos, de las cadencias externas, más que de las emociones, de las ideas, de las imágenes gráficas y nuevas. Así empezó imitando la forma

neo-clásica, escribiendo sus epístolas en verso libre, sus sáficos á Lesbia y á Lieo y al Dios-Pan, sus estrofas con hemistiquio á la manera de nuestros Jovinos y Batilos. Después imitió la forma y más española, clásico-cristianizada, de Fray Luis de León, cuyo secreto parece haberse ido con él, ya que ninguno de sus continuadores ha prevalecido. Por último buscó modelos más propios de nuestra época y conoció hasta sus últimos rincones la poesía italiana, haciéndose con esto más interesante al par que más claro y lúcido. En su tomo de *Primícias* recogió todos los ensayos de la mocedad, donde precisamente acentúo los caracteres de los estilos que imitaba y las genialidades más enrevesadas de los autores que tomaba como norma. En algún punto, á fuerza de extremarlas, llegó á la amfibología, enmarañando sus pensamientos en forma sobrada conceptuosa. Sin embargo de esto, cuando la materia se lo ofreció, como en sus estrofas *A un poeta,* en algunas de *Estío* y en muchas poesías posteriores, su lenguaje poético ha adquirido notable diafanidad, que le permitió elaborar las muchas y notables traducciones que de cosecha propia fi-

guran en su *Antología* de poetas líricos italianos, y varias de las leyendas de Schiller, entre ellas la magistral de *El fiador,* (literalmente *El rehén),* que permanecen inéditas todavía.

Como traductor y rebuscador de traducciones italianas ha prestado Estelrich un verdadero servicio á la posesía castellana. La voluminosa *Antología* fué recibida con aplauso por todos los amantes de las letras en España é Italia. No he de negar que acaso hubiese preferido un criterio de selección más estrecha, haciéndolo predominar sobre el interés histórico y cronológico. Hubieran podido eliminarse mucha parte fragmentaria, muchas muestras reducidas y casi dosimétricas de autores obscuros ó muy secundarios, dando mayor amplitud á los que ofrecen verdadero interés literario. Pero lo que allí se encuentra de algunos autores, p. ej., Manzoni y Leopardi, da idea del legítimo valor de la obra. Día vendrá para que pueda rectificarlo y perfeccionarlo, no solo en cuanto á lo traducido, sino también en cuanto á lo original; pues espigando en *Primicias,* en *Saludos* y en las poesías publicadas ó escritas posteriormente, podrá reunir una

colección verdaderamente apreciable y digna de atención, sobre todo si persevera en la tendencia que he advertido en sus últimas composiciones, en las cuales domina ya la inspiriración sincera sobre la habilidad de lo que vulgarmente llamamos *factura*.

Si algún ejemplo puede justificar plenamente la existencia de los regionalismos en literatura, no es el menor el que nos ofrece Don Antonio Frates, castellano viejo arraigado en Mallorca que se agregó al nucleo que formaban los redactores de la *Revista* y del *Museo*. Puede decirse de Frates, lo que de muy pocos: se sintió escritor espontaneamente. No fué el prurito de la imitación, ni el acicate de la vanidad lo que le empujó á las letras. Talento feraz el suyo, imaginación lozana y fecunda, la ordinaria conversación no bastaba á dar salida al cúmulo de conceptos en que su vena desbordaba y escribió, con el estilo superior é inconfundible de los que no lo tienen, páginas de sincera personalidad. Su nombre, aunque conocido por muchos literatos de valía en España, no es popular ni siquiera extendido más allá de estas islas. Confinóse en ellas y de

ellas extrajo todo el material de sus donosos artículos firmados con el pseudónimo de *Méndez* y todo el asunto de sus *Escenas baleares*. Poco estudio debió de robarle el idioma castellano, siendo naturalmente el suyo y poseyéndolo de la mejor y más rancia cosecha salamanquina. Observador feliz y oportuno de la naturaleza y de las costumbres, una larga residencia en el país debía sobrarle para compenetrarse de su ambiente y asimilarse su espíritu. Y sin embargo, con ser superiores las tres novelas que constituyen aquel tomo, así por la intensidad del colorido como por el relieve de la frase, á la difusión clorótica de *Fernán Caballero* y á las ingenuidades sobrado vacías de Antonio de Trueba, entonces muy en voga; es preciso reconocer que saben á traducción, no obstante la habilidad primorosa con que están escritas. Hay, sobre todo para los gustos de esta época, algo de amalgama entre el elemento substancial y el elemento de la forma, que como el agua y el aceite no llegan á combinarse por mucho que se los revuelva y agite. Y este algo persiste en su novela subsiguiente, *Géminis*, y en la última, *El mejor conse-*

jero, sí bien las descripciones amplias y brillantes, el airoso perfil de las figuras, la gracia de la narración, cautivan por medio del detalle concreto y hacen olvidar el conjunto, en realidad sujeto al antagonismo que dejo señalado. Y es que sí, que verdaderamente hay una relación de estrecha afinidad entre cada naturaleza geográfica y etnográfica y su respectivo idioma; y una repulsión entre esta misma naturaleza y otro idioma distinto. Dentro del cánon naturalista de la novela actual, no cabe que suceda de otro modo, cuando el estilo ha de bajar á pormenores muy precisos y detallados, cuando ha de buscar todas las notas diferenciales y específicas. Hay en todas las lenguas un fondo común de palabras que pudiéramos llamar cosmopolitas y son las que corresponden á los conceptos generales, á las abstracciones, á las vaguedades sin precisión definida. Y otro fondo peculiar, distinto, exclusivo de ellas, elaborado espontáneamente con arreglo á las necesidades ideológicas ó expresivas que debía satisfacer y aplicado á lo particular, á lo desmenzuado y casuístico. Con esta última parte se elaboran los géneros narrativos (épicos) y siempre

suele resultar que lo más propio y exclusivo suele ser irreductible á otro idioma, que carecerá frecuentemente de la modalidad expresiva á ello adecuada. En este caso se encontró para el Sr. Frates el castellano con respecto á la vida mallorquina. Ni los nombres geográficos, duros y exóticos, engranan con la fluidez castellana, ni los rasgos más típicos é interesantes del mallorquinismo, tienen equivalencia exacta en aquel idioma. ¿Y cómo no, si hasta el propio Pereda ha tenido que hacer hablar á sus *Niscos* y *Muergos* en el sub-dialecto de aldea ó de arrabal?

Y en cambio, cuando Frates ha abordado los asuntos de su tierra; cuando -permítaseme la frase-ha sido regionalista de Castilla; cuando ha dibujado aquellos cuerpos gallardos que se cubren con *La capa española* y lo mismo alijan un fardo de picadura, como guitarrean en el ventorrillo, hacen caracolear el potro en las dehesas, echan el toro á un lado ó salen cristianamente de la parroquia; cuando ha querido explicar el hirviente entusiasmo de *La plaza de toros;* cuando ha reflejado en tantas páginas de su tomo de *Impresiones*, la luz y la viveza es-

pañolas, entonces ha alcanzado un efecto total, ha revelado el carácter de la raza, ha conseguido aquella gracia *grave*, el *humour* especialísimo de los castellanos viejos. En tal aspecto no desmerecen sus artículos junto á los de *El Solitario*, y hasta les aventajan en la profundidad de las observaciones y en la médula de ideas y conceptos, esparcidos profusamente; cáusticos unas veces con la causticidad extraña y dolorosa de Fígaro, otros fantásticos y taumatúrgicos, con el poder de animación de las cosas inanimadas que enciende en súbitas fulguraciones las páginas de Offman y Edgardo Poë, según llegan á alcanzar varias de aquellas narraciones como *La Tela de araña* y *La Tierra Roja;* otras, por último llenas de la íntima poesía de los episodios de la juventud, como *Una impresión*. Quien lea el libro y algunas de sus *Cartas á Lorenzo*, destinadas á formar otro, se convencerán de que no existen muchos escritores en España que puedan producir el cuento moderno como el Sr. Frates, aunque se encariñe demasiado con trascendencias y simbolismos difíciles de sostener en tensión creciente hasta el final, ó con alegorias y

personificaciones demasiado oscuras para el común de los lectores, que en el esfuerzo de la interpretación agotan el placer estético de la lectura, conforme acontece á menudo con los recursos fantásticos. De todos modos ha de reconocerse, que el Sr. Frates es de los que debían escribir por tener un caudal suyo, lleno de originalidad y frescura, que nunca le dejó sentir la penuria ni el estenuamiento, por escribir en una forma pura, nítida y castiza de *por dentro* y, más que nada, por conseguir la visión y el trasunto de la naturaleza á través de un temperamento propio.

Sin otro punto de contacto con el autor de *Impresiones,* que el de una amistad íntima y el haber colaborado en las mismas publicaciones mallorquinas, debemos decir algo respecto al erudito é historiógrafo Don Álvaro Campaner y Fuertes, aunque su especie de actividad intelectual no sea propiamente literaria, como no puede serlo la de quien dedicó su talento y sus ocios á investigar hechos, escudriñar códices, clasificar monedas ó extractar noticiarios y expedientes. Es atributivo de una competencia más especial que la mía, el avalorar el mérito

de su *Numismática balear* y de su *Manual numismático*, conforme han hecho ya autoridades muy altas en la materia así en España como en el extrangero; lo mismo que señalar el valor histórico de su *Cronicón Mayoricense* y de su ensayo acerca de *La dominación islamita en las Baleares*, donde no contento con resumir y comparar las investigaciones dispersas en Dozy, Conde y Gayangos por lo que respecta á este archipiélago y las de Schack en la parte de historia de la literatura árabe, desarrolla buen caudal de investigación y crítica originales. De publicistas de esta índole que colaboraron asiduamente en el *Museo*,—como don José Monlau por medio de sus artículos expositivos de importantes problemas científicos; como el Dr. don Juan Maura, despues obispo de Orihuela, con sus trabajos de especulación metafísica; como el presbítero don José Rullán, simpático é infatigable compilador de la *Historia de Sóller;* como don León Carnicer con sus acendrados estudios gramaticales y su inextinguible aunque mansa vena epigramática,— poco me permitiré decir fuera de este recuento superficial, por las razones que más arriba dejo mencionadas.

No puede, sin embargo, negarse un recuerdo á don Jaime Cerdá y Oliver, muerto hace poco, que se distinguió entre lo común de los aficionados, por el donaire con que cultivó el romance mallorquín y el castellano en una forma quevedesca, llena de retruécanos é hipérboles, pudiendo contarse como fluido y siempre correcto versificador de amenos pasatiempos y familiares episodios, tanto más apreciables cuanto los componía solo á guisa de distracción personal. Desde los comienzos de la restauración catalana, dos tendencias separaron á los escritores mallorquines; la de los llamados arcaicos y la de los modernistas. Al frente de los últimos figuró desde un principio don Tomás Aguiló, como ya dije oportunamente siguiéndole, en cuanto á esto, los semanarios populares y diferentes literatos, entre los cuales se contaba, además del señor Cerdá, la varonil y ocurrente poetista doña Manuela de los Herreros de Bonet, quien, junto con la propiedad literaria de las obras de su pariente Bretón de los Herreros, heredó no poca parte de su ingenio chispeante y lleno de facetas. Dió forma nuestra escritora á la tendencia del «mallorquín que

ahora se habla», en un facilísimo y popular romance, donde combate lo que ella entiende por prurito de antigüedad y anacronismo. Legítima me parecería la aspiración, si no la extremase hasta el último límite. Pernicioso es el afán con que se perseguía, antes sobre todo, la frase arcaica, la palabra *yacente* en los códices, la repetición de determinadas formas caidas en desuso; pero no cabe negar que los modernistas pecan en cambio por el otro extremo, admitiendo toda suerte de neologismos y palabras castellanas, que desfiguran la fisonomía del idioma y casi niegan la razón de su empleo; esto, aparte de que muchas veces se reputa exótico ó anticuado lo que no es más que desconocido, siendo vivas, aunque no lo estén en el corto vocabulario de las ciudades, muchas de las palabras cual empleo se intenta proscribir. No se trata, y si se hace es vituperable, de resucitar lo muerto, sino de reanimar lo débil, defendiendo la riqueza del lenguaje contra las injurias del tiempo, que se ceba hasta en las palabras voladoras. Si se limita la censura al empleo del artículo *el, la, lo,* en vez del *es, sa, so,* menos razón asiste todavía á la

tendencia modernista. El primero *(el)*, aunque menos frecuente, es usado con preferencia al artículo vulgar genérico *(es)* en expresiones tradicionales, en los momentos solemnes, en las oraciones, en el cómputo de las horas, en las improvisaciones de los *glosadores* ó poetas rústicos y precediendo á palabras que signifiquen ideas abstractas ó de categoría única. (*La veritat, el rey, la guerra*). Y es de uso contínuo y diario, en comarcas enteras, como la de Pollensa. Es, por tanto, una ligera concesión puramente ortográfica que se hace á la unidad de la lengua catalana, en las composiciones y géneros de alguna elevación. Bien ha hecho sin embargo, la distinguida poetisa, en adoptar la forma llana y usual para sus letrillas y jácaras, para todo el jovial desbordamiento de sus versos que vibran como regocijados cascabeles proclamando esa forma de la locura humana que inventa las «visitas cumplimentosas», el hablador pesado, la criada bachillera, las insulsas fórmulas y la vanidad triunfante sobre todo. Y no por esto se entienda que el sentimiento le haya negado su inspiración, que algunas composiciones tiene, rebosantes de

tierno arrebato, como las tiene también, suaves y dulces, otra poetisa de tanto despejo como doña Margarita Caimari, las cuales, junto con Victoria Peña, ofrecen una cabal representación del elemento femenino en las letras mallorquinas.

VIII

Dos poetas: Miguel Costa; sus poesías catalanas; *L' harpa;* versos castellanos.—Juan Alcover; *Poesías; Nuevas poesías; Poemas y Harmonías;* su regionalismo; tendencia crítica.—Últimas apariciones literarias en Mallorca; raquitismo é insignificancia; desbandada general.—El ciclo se cierra.

Parece que al trazar este bosquejo de la producción literaria en Mallorca, la pluma corrió apresurada para llegar al nombre de Miguel Costa y detenerse y deleitarse en la exposición de su obra poética. No cabe en este caso aplicar criterios relativos ni comparaciones de proporcionalidad. Costa, desde la primera poesía que publicó, revelóse como un verdadero poeta, como el poeta por excelencia que ha tenido Mallorca desde que en ella existe rastro de cultura, como una de las imaginaciones más verdaderamente líricas de este tiempo, según lo proclama Menéndez en su *Horacio en España*. Juzgo que esta primacía no es susceptible de discusión, así por la alteza de sus inspiraciones y la robustez de su estro, como por la magnificencia de las

imágenes y la perfección artística del estilo. Los adoradores de la forma, los idólatras de la versificación refinada y del supremo artificio ó aquellos parnasianos más seducidos por el efecto secreto de la eufonía rítmica, tendrían que someterse y admirar al poeta mallorquín en cuanto á la posesión de esa habilidad técnica, llevada al último límite. En cambio, los que buscan sobre todo, la fuerza de las ideas, el latido de la pasión ó la intensidad gráfica de la imágen, que resucita la sensación fugitiva á la perdurable xistencia del arte, éstos han de acatar también el poderío de Miguel Costa. Ambos elementos se funden en una sola excelencia, en aquella excelencia que constituye lo *clásico*, no en su limitado sentido histórico, sino en su acepción permanente y eterna. Sus obras constituyen una perfecta harmonía viviente, por el régimen de una disciplina invisible que logra subordinar lo accesorio á lo principal y adecuar todas las partes al conjunto.

Dos épocas podremos distinguir en la vida literaria de nuestro poeta. La primera, la juvenil y más espontonea, produce sus *Poesies* catalanas coleccionadas publicadas en tomo allí por 1885, antes

de que una doble vocación al sacerdocio y al estudio de la antigüedad sabia, lo atrajese á Roma. Con su estancia en Roma empieza su segundo periodo y aparecen sus primeras composiciones castellanas, advirtiéndose una maestría más reflexiva aunque trabajada y revelándose el autor como doctísimo humanista. De los últimos tiempos de la *Revista Balear* y de los primeros del *Museo* datan las más tempranas muestras de su numen. La conteplación de los hermosos paisajes de la isla, de los aspectos grandiosos y sublimes de su escarpada ribera y de sus barrancos abruptos, causó en el ánimo de Costa el profundo estupor de los llamados á revelar y magnificar la belleza. Y esta emoción constante del vate mallorquín ante una naturaleza espléndida, vírgen, imponente, no se tradujo en vacías opulencias de estilo ni en una adoración panteística de las fuerzas ciegas y elementales, sino en un rapto de alta idealidad religiosa. Cuentan los historiadores, que el explorador Nuñez de Balboa, cayó de rodillas sobre una de las cimas de los Andes, al descubrir desde ella, á la otra parte, la llanura azul del Occeano Pacífico. Por tal manera se im-

pone la majestad de la naturaleza al espíritu desprevenido y subyuga con cierta misteriosa omnipresencia del supremo Creador, que la rige y la domina. No se interna Miguel Costa en las sinuosidades del alma moderna, complicada y decadente. No pide al *momento* de la civilización sus luchas, sus contrastes, sus esplendores instantáneos, su comezón impaciente ó desesperada, para exhalar la nota del dolor humano en nuestro siglo, acaso ininteligible para los venideros á fuerza de complejidad y sutileza. Radica su inspiración en un *estrato* menos transitorio, menos tornadizo; toca en un fondo granítico y permanente, en alguna de aquellas estribaciones primarias del alma del hombre señaladas por Taine *(L' ideal dans l' art)* como sostén de todo arte duradero. De la contemplación de la naturaleza exterior no deformada por el artificio, se han remontado siempre los grandes líricos á la contemplación de la suprema verdad y de la suprema hermosura, logrando las calladas revelaciones de la intimidad de la creación, una especie de atisbo de la esencia misma de las cosas, velada como un misterio ritual á los profanos y á la razón

analítica. Así prefirió Costa espaciar su mirada por los horizontes inmensos, respirar el aire incontaminado de las alturas, escudriñar los límpidos fondos del mar ribereño, sobre cuya superficie sólo pasan «el huracán, la niebla y el buitre»; de ese mismo mar que se enfurece con el temporal bravío, que suelta los *blancos caballos* de sus olas, agitando la crin de espuma; de esa ribera por encima de cuyos peñascales ve pasar los nublados, «como trizas voladoras del inmenso velo de la noche,» mientras medita el poeta el momento de Thabor de la baja naturaleza, sobre la costa acantilada, «obra de Dios esculpida por la Tempestad.» Allá sobre la cumbre de Formentor, se mece un alto pino solitario, «más hermoso que el olivo, más poderoso que el roble, más verde que el naranjo» y lucha como un gladiador con las Tempestades de la ribera; un árbol por entre cuyas hojas no asoma la flor pensativa, pero cuya «copa coronada ungió Dios de aromas»; un árbol que no sustenta su vida del légamo de la tierra sino que «tiene lluvias, auroras y rocíos, y como los viejos profetas, se nutre de estos dones celestiales»; un árbol que esconde su

ramaje en el cielo que le enamora y que tiene el viento y el rayo por gloria y por deleite. «¡Oh, sí! que cuando suel»tos rugen los huracanes y parece der»rumbarse entre la espuma de las olas »el peñón giganteo, entonces él rie y »canta más recio que la marea y victo»rioso agita sobre los nublados su mele»na real.» Así, el alma fuerte, debe anidar en la altura, como el árbol de los peñascos, para que «el airado mar del mundo se estrelle á sus plantas» y crucen tranquilos sus cantos por entre los vendavales de la vida, «como el ave de las tempestades.»

Grande, religioso, eminentemente lírico se nos presenta Costa en esta serie de sus poesías catalanas, ó llámense mallorquinas, tanto si canta el *Claper* (dolmen) druídico, como el *Temporal*, como *El Pí de Formentor*, como *Demunt l' altura*, como *El Torrent de Pareys*. No es necesario que su musa suba las asperezas del Carmelo, ni que desfallezca de amores en la margen de sus ríos, ni que adopte la terminología amorosa y el convencionalismo místico, poético sin duda dentro de su relatividad simbólica, aunque inferior á la inspiración directa y

franca. Arrobadores son los conceptos de la Sulamita, pero subyugan todavía con más alta fuerza la gravedad de los Salmos, la sublimidad de Isaías. Así es como me gusta el poeta de Pollensa, así es como gusta á todos y como se saben y dicen de coro sus composiciones, que forman un reducido pero inestimable volumen. Pocas veces la fecundidad ha pagado mejor tributo á la selección exquisita, ni menos se habrá concentrado y depurado mayor caudal de imaginación para destilar en diez ó doce odas todo el perfume, toda la savia, toda la vitalidad de un poeta legítimo. Este caso, si bien poco frecuente entre los grandes poetas franceses de nuestro siglo, estimulados muchas veces por el éxito editorial de sus obras, es de notar entre algunos de los grandes líricos italianos, que, como Manzoni y Leopardi, fundan su gloria imperecedera en un escaso número de piezas literarias. Las de Leopardi, por ejemplo, quitando fragmentos y traducciones, á penas llegan á veinte. Y sin embargo, ¡qué personalidad tan genial! ¡Quien lo olvida, después de leido una sola vez!... Y es que estos escritores se adelantaban á su generación y conse-

guían con su parsimonia la obra de depuración que el tiempo se encarga de realizar en los exuberantes y facundiosos. Algo ayudó á Miguel Costa para este objeto el haberse apartado de los Juegos Florales, que aumentan, como toda competencia literaria ó industrial, el número á expensas de la calidad. Casi arrebatada por unos amigos obsequiosos fué á aquellos, allí por 1878, la más conocida de sus odas, acaso también la más perfecta, *El Pí de Formentor*, y parece que su altura no cupo en el Consistorio y naturalmente se quedó fuera. *El Pí* vivirá mientras haya memoria de la literatura catalana y las poesías premiadas entonces, efímeras y endebles, se fueron ya con el inmenso aluvión de los detritus y de las descomposiciones rápidas.

Entre su colección catalana, un número hay que merece mención aparte por su sentido misterioso y semi-profético. Me refiero á *L' harpa*, donde el lector menos sagaz ha de ver una especie de símbolo del renacimiento literario catalanista. Aquella arpa, olvidada en el salón vacío y polvoriento del alcázar real, aquella dama triste que la señala á su hija, los sonidos vagos que exhala entre

las manos de la doncella en el misterio de la noche, el eco que despierta en las huecas armaduras de los guerreros, el rayo de luna que baña el rectángulo descubierto por los altos ventanales, sugieren un hondo é indefinible estremecimiento. «Bandada de mágicas notas sa»lía de entre los dedos de la Princesa »blanca, como los pájaros que nacieron »aleteando entre los purísimos dedos de »la Aurora. Después rompió en catarata »de notas, como explosión de un dolor »soterrado.» Así la dama entristecida, en sueños llamaba á sus hijos, á sus patricios muertos, «bebiendo el rumor de la extraña harmonía.» «Nadie ¡ay! pudo saber *hasta qué hora* duró el resonar del arpa...» ¿Acaso esta pobre sonámbula, esta dama delirante, no es la antigua patria histórica resucitada por los nuevos cantos de triunfo, ó que escucha la elegía de su sempiterna desaparición? ¿Es una aurora ó un crepúsculo? ¿Es el ruiseñor que gorjea sus primeros trinos ó el cisne que canta porque muere? El poeta no se atreve á indicarlo; deja al alma sumida en angustiosa perplegidad y describe el *clair de lune*, pasajero tal vez, con afección hondísima

y sincera. Es esta la poesía del renacimiento, la vaga incertidumbre de su duración, de su realidad, de su triunfo definitivo ó de su desaparición completa y para siempre. Mejor que de la fé ciega ó de la negación absoluta y pesimista, ha obtenido el poderoso efecto poético, de esa vacilación insegura, de ese enigma impenetrable para los contemporáneos, aun en medio del carácter general que alcanza en nuestros días la reivindicación de las variedades históricas.

Desde la permanencia de Costa en la Ciudad eterna, parece que su espíritu, sin rectificar la senda que dejó trazada con sus versos catalanes, adopta una nueva dirección, si no más artística, más académica, más docta y universal, como no puede menos de comunicarla el espectáculo de aquella metrópoli, *solar del arte máximo*, como la llama el mismo poeta. Ensayóse con mayor asiduidad en la versificación castellana y pudo producir una serie de composiciones de alta valía que, según tengo entendido, coleccionará brevemente. Entre ellas han de sobresalir sus *Ruinas*, *En la Celda del Tasso*, *Ante el Moisés de Miguel Angel*, *En las Catacumbas*, *Las Cascadas del Arno* y *Adiós*

á Italia, además de sus intachables sonetos, escritos algunos antes de salir de Mallorca. De todas estas últimas composiciones las que me parecen más profundas y completas son *Ruinas* y *En las Catacumbas.* La primera alcanza la gravedad austera de la Canción á las *Ruinas de Itálica* y de la descripción de las del Paular (Jovellanos), con más, la novedad de la erudición y la originalidad de las reflexiones sentenciosas con que la exorna el poeta. *En las Catacumbas,* sobresale por la maestría de la composición, por la habilidad insuperable de la estrofa y por la mágia comunicativa de las corrientes del sentimiento, que llega en muchos puntos al verdadero é inconsciente frenesí de los grandes inspirados. Las demás poesías que dejo indicadas, son una muestra deliciosa del moderno helenismo italiano, dignas rivales de las de Carducci, aun con la extrema discordancia de ambos poetas en la esfera religiosa. Si alguna vez puede otorgarse el calificativo de escultural y marmóreo á algún versificador, es en el caso presente. El pulquérrimo artificio llega á convertirse en nítida naturalidad y en vano se aguzará el criterio para busca

el epíteto más exacto para separar lo redundante, para reforzar lo inexpresivo. Como los escritores de raza, Costa llega á aquella absoluta precisión que escoje la palabra *insustituible* y obtiene de este modo lo que un crítico francés llamaba «*la gran frase* de los verdaderos poetas», muy distinta, por cierto, de la manía de hacer frases y de las hinchazones de la hipérbole viciosa.

Abrigo la absoluta confianza de que el modesto sacerdote que hoy atrae al templo con su elocuente predicación ha de ser conocido y celebrado como el poeta, como el verdadero poeta mallorquín. Quien supo encontrar la magnitud de las imágenes, la perfección de las estrofas, la elevación de los asuntos con que sorprendieron sus poesías catalanas, influidas aunque no contaminadas por el aliento de Victor Hugo; quien magnificó las contemplaciones de la naturaleza selvática y marítima de Mallorca; quien labró el verso con una nitidez que alcanza la de los llamados sonetos *impecables* de Heredia, el gran poeta antillano-francés; quien alcanzó la suprema harmonía entre la inspiración y la forma externa, entre el vigor de los músculos y la belle-

za de la piel, éste ha de alcanzar la nombradía á que tienen derecho él y las letras españolas, no tan sobradas de ingenios eminentes que puedan dejar en el olvido los que aun existen y trabajan, para regocijo de las almas anhelantes de la fruición artística.

Aunque no en direcciones muy opuestas, se cruzan la nombradía literaria de Costa y la de Juan Alcover y, completando la semejanza, podríamos decir que su intersección es un *paso á nivel* de dos caminos que conducen, uno á las altas contemplaciones de la naturaleza primitiva y selvática, otro al corazón de la ciudad moderna y culta. En sus *Poesías*. (Roca, 1887 y Tous, 1892) en sus *Nuevas Poesías* (Amengual y Muntaner, 1892) y en sus más recientes *Poemas y Harmonías* (Tous, 1894) que constituyen en conjunto la colección casi completa de sus obras, Alcover se nos presenta á la primera lectura como un hombre de su tiempo y al mismo tiempo como un hombre de sensibilidad y criterio superiores y lo bastante afinados para recibir fiel é intensamente la impresión de la vida externa é interna, conservarla y revelarla después poéticamente. De aquí

gran parte del interés que inspiran sus producciones, del afán con que son leídas y escuchadas. Encuéntrase en ellas, mucho del reflejo de la pasión en su modalidad contemporánea, del estilo en su evolución moderna, de la imagen en su precisión y relieve actual. No quiere esto decir que salga del centro para ponerse artificiosamente en la vanguardia, que se sustraiga á la esfera común de los sentimientos para entrar en las extravagancias ni que confunda lo nuevo con lo inusitado ó con esa regresión á procedimientos antagónicos de los que hasta ahora estuvieron en uso. Para decirlo brevemente: es moderno, pero no modernista.

Del espíritu actual en su actividad sana puede considerarse su poesía como directa emanación; no de este mismo espíritu en sus trastornos anormales ó en sus manifestaciones patológicas. No es simplicista, ni simbólico, ni delicuescente. No adopta de *parti pris* un procedimiento cerrado para reducir la belleza á la impresión vaga é inenarrable, á la pura asociación de ideas como Mallarmé ó Verlaine; ni envenena sus vesos el ajenjo bodeleriano; ni busca como Mæterlinck

una interpretación fenomenal y terrorista de la naturaleza humana y de la naturaleza ambiente. En su retina de observador no hay ninguna de esas deformidades que alteran ó subvierten la imagen; su temperamento no sufre la neurosis, la alucinación hipnótica, el fúnebre sonambulismo que suspende á aquellos espíritus en una atmósfera intermedia entre el delirio supersticioso y la realidad firme y despejada. Antes que todo, posee la visión directa y colorida de las cosas en sus justas proporciones y con sus propias y justas apariencias. Si muchas veces consigue arrancar de ellas el sentido oculto y trascendente, es solo después de haber afirmado y precisado todos sus contornos efectivos y reales. De esta intensidad y precisión de la imágen, se desprende de un modo natural y correlativo otra cualidad poseida por Alcover en notable grado: la intensidad y precisión de la expresión artística. Es axioma manoseado el de que para saber pintar es necesario ante todo saber ver. Es preciso poner el objetivo á foco, colocarse en aquel punto de general y acordada confluencia en que el haz de rayos luminosos obtiene su mayor eficacia y ener-

gía. Cuando uno ha pensado clara y limpiamente una serie de ideas, cuando ha recibido y conservado de idéntico modo una serie de imágenes, encuentra de seguro la expresión clara, limpia y á las mismas más adecuada. Siempre me pareció risible alharaca y prueba de impotencia imaginativa, la queja eterna de los que «sienten mucho y piensan mucho», pero ¡ay! no saben expresarlo. No es que no sepan expresar, es que á mi juicio sienten y piensan confusamente ó que no piensan nada y persiguen el fantasma turbio que débilmente ven reflejado, queriendo cojer la luna en la charca, como el niño del apólogo. En extremo sabido y observado es el fenómeno de muchos grandes pensadores que careciendo de toda cultura literaria y hasta despreciándola por sistema, escribieron sus lucubraciones con extraordinaria y nítida trasparencia; y esto, porque la fuerza lógica y la precisión de las ideas imponían y determinaban espontaneamente la fuerza lógica y la precisión del lenguaje,—ó sea el rigor gramatical, corolario directo del rigor ideológico.

Si para pintar se necesita tener enfrente un objeto real y saberlo ver tal cual

es en sus apariencias exteriores, para producir la belleza poética es preciso encontrar un asunto y transmitir la sensación que nos produce. Por mucho que se analice no se saldrá de estos tres términos: idea ó pensamiento fijo, imagen que lo sensibilice, sentimiento que repercuta fuera del poeta. Dentro de estos tres puntos se desenvuelve el talento literario del señor Alcover. Compone, cuando tiene á mano el asunto, definido y concreto. Si escribe es porque tiene algo substancioso que decir, algo que vale la pena de ser consignado artísticamente. La índole de la poesía española no ha seguido ciertamente estos derroteros. La médula intelectual que de ella se extrae no es mucha. Han predominado la parte sensual, la pompa harmoniosa, la cadencia rítmica, sobre el concepto, sobre la idea, sobre el mismo temblor de la emoción. El «verbalismo» ahogó con sobrada frecuencia la substancia interior y vívida. Son más los que trinan y gorjean para efímero regalo del oído, los que fulguran y relucen para súbito encanto de los ojos, que los que hacen meditar, que los que hacen llorar y comprender. Hasta la imaginación sa-

lió de sus frenos y bastante lejos de ofrecernos un mundo de formas reales, de reproducciones, de imágenes *imitativas*, nos ofreció un mundo barroco de formas ornamentales *arbitrarias*. Curioso sería el estudiar este proceso en la historia de nuestra poesía para ver cómo, mejor que en la exactitud gráfica, mejor que en el poder de evocación de la naturaleza viviente, se prefirió el color en sí mismo y el sonido en sí mismo, por su propia brillantez, no por su valor expresivo, como la gama de colores de una espléndida claraboya, que con todo y ser espléndida nada remeda ni explica. Las endechas de Jorge Marique, las odas de Luis de León, la canción de las *Ruinas de Itálica* y la *Epístola moral*, son excepciones bastante aisladas en la infinita y caudalosa corriente. Así que, toda tentativa inteligente, todo afán de introducir en la circulación poética una dósis de esfuerzo mental, serio y reflexivo, ha causado sorpresa y ha merecido, á veces sólo por la intención, el privilegio de la originalidad. Por ello le fué posible á Campoamor remover poéticamente todo el montón intacto de las ideas nuevas y de los dolores nuevos, haciendo entrar

en el ciclo poético una muchedumbre de conceptos, sensaciones é imágenes debidas á lo que llaman los franceses *acquise scientifique*, pudiendo asegurarse que si hay quien le aventaje en la entonación, en el arrebato, en la noblezade la inspiración y del estilo, nadie ha exprimido una mayor cantidad de *talento* ni de actividad cerebral en la poesía española. Este mismo afan singularizó á Bartrina, en más reducida escala, bien que era el ingenio feliz y agudo lo que con frecuencia producía en él las iluminaciones y espejismos del talento.

En Campoamor y hasta en Bartrina se ha buscado la filiación poética de Juan Alcover, no por imitador de su obra en el sentido estrecho de la palabra, sino por la coincidencia puramente exterior de poner el lenguaje al servicio de la idea pura y la imágen al servicio del asunto; por la coincidencia de querer ser, ante todo y sobre todo, *expresivos*. Sí; expresar, decir algo nuevo y efectivo, poco ó mucho, pero consistente; que permita el recuerdo, el estracto, la versión ó el comentario; que deje surco en el espíritu; que descubra algo de la esencia íntima de las cosas; que no llame sólo á

los sentidos sino que los interese juntamente con las potencias del alma, en una vibración superior y harmónica; en una palabra, que el poeta busque su superioridad en la revelación que ofrece del mundo y de la conciencia, como buzo que escudriña sus profundidades, no en el vano rodar de las palabras encendidas sin más objeto que el de sus vistosas combinaciones. Basta seguir atentamente la serie de sus composiciones para descubrir y observar esa consistencia positiva. Desde el ligero madrigal y la canción corta y el soneto de album, hasta el poema y la oda, en medio de su perfección literaria, de su gusto exquisito y sobrio, todo parece haber pasado, ya ligera ya profundamente, por un baño intelectual. Cada asunto poético, cada composición redondeada y precisa, destila de sí misma, por modo natural y espontáneo, una gota de la verdad eterna; desde el símbolo concreto se vislumbra la región abstracta y universal como del cuerpo físico se desprenden la sombra y la penumbra infinita. Así, por ejemplo, en *Mi libertad*, sobre todo en *El ciprés de mi huerto*, puede verse algo más que la lamentación del tiempo perdido por

el poeta; hay una queja general de la juventud contemporánea, ambiciosa pero abatida, anhelante pero flaca y débil, que sin triunfo sobre sí misma ni sobre el mundo, como el hijo pródigo «vuelve á sentarse en la paterna mesa» y ve absorbido todo el jugo de su vida por un sólo árbol pujante y vigoroso: la tristeza. El anteojo que la inglesa le ofrece en su *Travesía,* le descubre, desde el vapor, la perfidia de la mujer amada, pero también descubre ese vicio esencial del progreso humano, que ensancha el horizonte del mal en la misma proporción que el horizonte del bien. La *Fábula del Sol* dice bien á las claras cuan insaciable es el orgullo del genio que se fija en el infusorio, en el ente despreciable y ruín con sólo que le niegue su admiración, al modo que Moliére, ídolo de la corte más brillante de Europa, rompía, según cuentan, sus manuscritos cuando la rústica criada se dormía al escuchar su lectura. En las vibrantes cuartetas del *Pintor de Corinto,* palpita la fiebre voraz de la inspiración y la suprema tortura del artista que contempla su obra sepultada en eterno olvido; mientras *El nido,* con su plácida y aparente sencillez, evoca el recuerdo,

de todas las grandes traiciones de la historia, de todas las monstruosas injusticias sociales en que el hecho consumado suplantó al derecho y la razón, del modo que el muchacho travieso robó la nidada al amigo que la descubrió; *Lálage*, la hetaira, la hermosa liberta que, alucinada por su amante, se entrega á Nerón resuelta á darle muerte y á libertar al mundo, siéntese de pronto subyugada y enloquecida por los abrazos del monstruo, y nos recuerda la poderosa atracción que el poder y la fortuna, aun repulsivos y sanguinarios, ejercen sobre la flaca naturaleza del hombre, las estrañas seducciones que en todos grados y esferas desarrollan y cómo pueden atraerse y granjearse la sumisión de su cohorte de fanáticos. En *Noche de Reyes*, por último, descubre el poeta el poder consolador de la realidad y de los vínculos naturales y humanos, sobre la ciencia formularia y pedantesca; deduciendo el lector, de tales composiciones, aun sin advertirlo y de una manera sigilosa y fecunda, el tácito paradigma, la eterna parábola del arte que esconde la semilla de la verdad, sin dogmatismos ni transcendencias expresas.

Si de este modo cada composición de Juan Alcover aporta su contingente al descubrimiento incesante que debe tener por objeto toda literatura, así cada concepto y cada frase contribuyen de consuno al vigor de la composición misma. En casi todas existe articulación natural de las partes entre sí; irradiación convergente de imágenes y conceptos que coadyuvan, sumisos, al efecto total; progresión ordenada y sostenida. El detalle suele ser necesario y surgir del asunto mismo. Además de necesario es primoroso, y su esmero y brillantez no absorben, sino que por el contrario acentûan y refuerzan la impresión total. Esta facultad revela principalmente su maestría en el arte de componer lúcidamente. El motívo inicial no le sirve de pretexto para desgranar, como los pródigos fanfarrones, como los Buckingham del igenio, su collar de perlas en cada esquina. Lejos de servir el talento en píldoras ni de ofrecer sartas de *pensamientos sublimes*, espera que fluya gota á gota del alambique destilador el pensamiento simpre ordenado, aun en medio de las frecuentes pero lógicas incoherencias de la inspiración. Con tales elementos puede su-

ponerse que no se obtienen los rápidos ardores de la pasión intemperante y arrolladora; que no produce su poesía los espasmos sentimentales á que nos acostumbró el período romántico puro; que acaso, en algunas ocasiones, se observa cierta frialdad razonante y analítica (como en Balart) más propia del temperamento crítico que del artístico; pero en general, la sentencia aguda, la imagen escultórica, el concepto brillante, la paradoja, la ironía delicada, la alusión, el recuerdo histórico, todo el elegante y moderno cortejo de figuras que pululan y centellean en sus versos, se dirigen hacia las lejanas y misteriosas perspectivas de la idealidad y de la emoción poética y á ellas conducen al ánimo.

Bastante parco ha sido Alcover en el empleo de la lengua catalana para sus poesías. Dos, tan solo, de importancia verdadera le conocemos: *La Creu* y *Mallorca y Ramón Lull*, la primera digno mensaje á los poetas catalanes y provenzales que en Mayo de 1887 vinieron á colocar una cruz de hierro junto al pino de los Moncada en memoria de los ilustres caudillos de la Conquista; y la segunda, escrita diez años antes para el

Homenaje poético rendido en Miramar á Raimundo Lulio, cuya memoria hacía reverdecer y florecer de nuevo el Archiduque Luis Salvador. En ellas, lo mismo que en un primoroso discurso pronunciado en la conmemoración del quincuagésimo aniversario de *La Palma*, encuéntrase algo de su manera de entender el problema de los regionalismos, algo que sintetiza el criterio general difuso en la literatura mallorquina, el cual suaviza y atempera los alardes impetuosos y las arrogancias extremadas de aquella doctrina. Mallorca, según el poeta, es ante todo hija de España y á España quiere pertenecer; al laurel de la gran corona quiere juntar su propio laurel, la gloria de sus hijos, el renombre de su especialidad; cree inoportuno recordar los agravios recibidos en el transcurso de la historia, pero *siente vivo el latido de su corazón*, siente la vida propia, la modalidad especial; es, y por tanto desea tener derecho á la verdadera libertad, es decir, á ser tal como uno es realmente; quiere el habla nativa para exaltar sus grandes hazañas y sus varones beneméritos; necesita amplio y desembarazado espacio para desarrollarse con el progreso de los

grandes pueblos. ¿En qué se opone esto á la coexistencia nacional? ¿Acaso hay algún labriego bastante insensato para arrancar la fruta naciente ante el temor de que su fecundo peso tronche las ramas del árbol? No: cuanto más ancha corre la vida de cada hijo de la misma familia, más anchos y dilatados son el imperio y la gloria de su estirpe; cuanto más vigorosa la vida regional y local, más vigorosa la nación, que es su resultado. De esta manera ha sabido Alcover interpretar el sentido medio de la tendencia regionalista y dar el resumen de la opinión mallorquina en el asunto. Pero si tal es el criterio manifestado de un modo expreso, su labor literaria está saturada tácitamente y á cada paso de ese espíritu y de esa idea. No por castellanas sus composiciones dejan de tener arraigo íntimo, profundo, de por dentro, en el patrio terruño; sus paisajes, sus montañas, su cielo, su ciudad indolente, su pereza oriental, su ensueño estéril, son los paisajes, las montañas, el cielo y el suelo y el espíritu de Mallorca. No se sitúa el poeta en aquella región abstracta de los incolores, de los anémicos, de los que pitan el hombre-abstracción, el rá-

bol-fórmula y la naturaleza *cliché* de los idilios pastorales de abanico; si es poeta de su tiempo, es también poeta de su tierra. La época y el lugar influyen y determinan por partes iguales su temperamento; en su temperamento, como en el mar diáfano de una mañana estival, se reflejan ambos con su intenso color, con su derroche de luz, con su quietismo platónico, con su mortal somnolencia.

Si tales son los bloques extraidos, los cortes y secciones sirven para descubrir, lo profundo y compacto de la cantera. Lejos de demostrar su agotamiento, revelan el espesor y la pureza de lo que resta por extraer. A cada nueva producción se advierte que va ahondando en la parte más sana de la veta; sus últimas piezas son las que se acercan á lo más vivo, á lo más humano y perenne. Nuevos filones brotarán si no interrumpe su actividad literaria, hija de una legítima, honrada y excluyente vocación. Acaso entonces alumbrará como se merecen, sus aptitudes para la critica eminente, que salen á flor de tierra, rebosando en conversaciones privadas y en conferencias académicas. No cabe hablar al público, es cierto, más que apoyados en

los textos y documentos que pertenecen al público, pero bien puedo revelar la convicción, común á todos los que alguna vez han oido al autor de *Poemas y Harmonías,* de que ese poeta distinguido encubre un crítico refinado capaz de recorrer á la inversa el camino de Balart; un talento de observación agudo y penetrante; un artista de la palabra, dispuesto, en suma, á producir desde el campo de la prosa alguna de aquellas obras fuertes, originales y aisladas que, siguiendo el gran ejemplo de Heine, de vez en cuando han sabido conseguir los poetas.

Después de Costa y Alcover el pequeño bosque clarea, la corriente se agota y reduce. El caudal que brotó hace más de medio siglo con *La Palma,* corre á su próxima extinción. A penas si aparecen otra cosa que tenues florecillas en la llanura cada vez más pedregosa y árida: florecillas de almanaque, pequeños vuelos de gallina, chispas intermitentes y fugaces del antiguo rescoldo. Muchos de los que al principio se agregaron al núcleo de la *Revista Balear* y del *Museo,* como Juan B. Enseñat, se dispersaron por tierras extrañas dedicándose á la

labor literaria más heterogenea, uncidos por dolorosa necesidad al yugo de las empresas editoriales, convertidos á su pesar de escritores en destajistas de la prensa, traduciendo, compilando resúmenes y manuales, consumiendo en una obra oscura y sin lucimiento el mismo esfuerzo que requiere la labor artística libre. Otros, como el sacerdote Antonio María Alcover, que con sus *Contarelles* dejaba entrever las dotes de un futuro novelista de la tierra, se refugiaron bien pronto en estudios más árduos y apartados de la producción literaria. Quien, por último, como Juan Guiraud y Rotger, el tierno imitador de Miguel Costa, también presbítero é hijo de Pollensa, murió tempranamente (1887) sin que cuajara de un modo definitivo la inspiración que prometían sus primeros ensayos. Alguien hay que, aunque lejos, persevera en las aficiones de su juventud, como Jerónimo Forteza, hermano del inolvidable Guillermo, con sus poesías catalanas y con sus limados artículos castellanos. Otros por puro *dilettantismo* se dejan oir tan solo con objeto de *interrumpir la prescripción* y mandan su óbolo poético á los calendarios ó á los

números ilustrados y de circunstancias, si es que no perseveran en el cultivo de las letras bajo el punto de vista de la propaganda religiosa ó política, escribiendo apropósitos y despropósitos para teatritos y veladas. Cesó de publicarse el *Museo Balear* que servía de cauce á la corriente literaria de Mallorca; murieron *La Ignorancia* y *La Roqueta* que contenían el estancamiento del idioma mallorquín; ha dejado de publicarse el *Almanaque Balear*, donde, en medio del fárrago inevitable, aparecieron por primera vez muchos trabajos de valía; languidece el del *Diario de Palma;* se extinguen todas las fuentes, se borran todos los rasgos de la solidaridad que durante cincuenta años unió á todas las manifestaciones intelectuales con el vínculo de la tradición histórica y de un espíritu local tolerante y piadoso.

Unas veces contra esa solidaridad, otras veces simplemente fuera de ella, se ha agitado otro caudal, aunque exiguo é incoherente, de tentativas y esfuerzos literarios; la serie de los que han recibido influencias más lejanas y generales, de los que han acudido directamente á los modelos madrileños sin pasar á tra-

vés del ambiente nativo. Hay que confesar, después de un exámen detenido, que esas manifestaciones comenzaron y terminaron siempre en sí mismas y que, ó murieron por enrarecimiento de la atmósfera en que intentaron desarrollarse, ó si traspasaron un poco los límites del acostumbrado raquitismo, salieron resuelta y totalmente de Mallorca dejando de pertenecer á ella, como, p. ej., los trabajos del P. Mir. Por este camino anda D. José Ignacio Valentí con sus libros y opúsculos ascéticos; por este camino algunos jóvenes poetas cuyas primicias caen verdaderamente fuera de este estudio, por su misma índole extra-regional. Por el camino de la insignificancia, de lo trillado, de lo resobado y pedestre, marchan otros con sus articulillos ligeros, sus imitaciones de otras imitaciones de Sinesio Delgado y Cavia, sus versitos de semanario, sus episodios del *madrileñismo* trasportado á provincias y reducido en escala de uno por mil. Mas, aun dentro de esta última relatividad, nada despunta, nada nuevo aparece. También el silencio se extiende y la inacción y la inopia suceden al antiguo bullicio. No seríamos exactos si no

reconociéramos la influencia que lograrían tener, con mayor asiduidad y descanso, algunos espíritus llenos de entusiasmo reformador, de franqueza y sinceridad, que como Antonio Noguera con sus estudios musicales y Enrique Alzamora con sus iniciativas periodísticas, con su crítica clara y desnuda, mantienen en el mermado grupo de los artistas exclusivos y sin mezcla de transacción, el ardor práctico y teórico, á prueba de sinsabores, de deserciones y de soledad.

En la erudición y la arqueología han ido á refugiarse los postreros amantes de la idea, los últimos defensores del último baluarte. La Sociedad Arqueológica Luliana y su *Boletín*, constituyen ese puesto de honor, oscuro y esforzado. Desde allí Gabriel Llabrés desentraña el desenvolvimiento de la cartografía mallorquina, la historia de hombres y monumentos de la raza, llamando la atención de los eruditos franceses y obteniendo la honra de contender con ellos; Estanislao Aguiló ofrece la colección de *Leyes suntuarias* y después los *Privilegios y franquicias* del antiguo Reino; Pascual, Mateo Rotger, Jaime Garau, Fajarnés y otros va-

rios, desentierran el accidente humano que cayó en olvido, el mohoso eslabón de la cadena, el hueso solitario sobre el cual reconstruirá el esqueleto la futura y paciente investigación. Fuera de esto, parece ya extinguido el manantial que hasta ahora nos ofreció su apacible y limpio contingente. Los primeros campeones de ese renacimiento dejan caer la pluma de su mano fatigada; la muerte escoge entre ellos su presa siempre segura; poco á poco van desfilando y con ellos desaparece el resto del vago ideal que persiguieron y anhelaron. La última generación se lanza por opuestos derroteros, si acaso á conciencia sigue alguno. Nadie se apresta á llenar el hueco que dejan en la desmantelada trinchera. Se rindió en 1890 un homenaje de gratitud á los redactores difuntos y al fundador viviente de *La Palma* para saludar en ella la aurora de ese florecimiento. Parece que fué la señal de despedida, y que cada uno se retiró á su hogar, silencioso y con el luto en el corazón. Entonces ya pudimos decir con entera veracidad: ha concluido nuestra ruta, el ciclo se ha cerrado.

APÉNDICE

Desde 1890.—Nuevo florecimiento.—Últimas publicaciones de Alcover: *Meteoros*, poesías catalanas.—Miguel Costa: *Del agre de la Terra*, *Tradicions y fantasies*, última fase de su talento.—Pedro Orlandís.—Amengual y sus crónicas periodísticas.—Alomar: *dilettantismo* y cultura universal de su espíritu; labor poética; digresión sobre las nuevas tendencias la literatura y lengua catalanas.—Antonio M.ª Alcover; *Rondayes mallorquines*.—Félix Escalas, Ballester, Jaime Pomar, Juan Torrendell, Juan Aguiló, Riber, Batlle, Juan Rosselló, María Antª. Salvá, Emilia Sureda, etc. etc.—Apreciación final.

HASTA aquí llegaba lo escrito hace diez años.

La profecía, como se vé, es un género bastante comprometido. Parece, en efecto, que el ciclo que dábamos por cerrado,... no se ha cerrado,—definitivamente, al menos.—Muy al contrario: desde entonces se ha observado como un despertamiento ó nuevo rebrote de algunos ingenios que parecían cansados y la aparición de nuevas y ya salientes personalidades.

Han desaparecido del mundo de los vivos Quadrado, Mariano Aguiló, To-

más Forteza, José Luis Pons, Jerónimo Rosselló, Victoria Peña, casi toda la legión de los viejos maestros, bosque añoso cortado en dos días por el mismo leñador. Desfilaron también por el campo de los asfodelos Jaime Cerdá y Álvaro Campaner. Disolvióse el nucleo del *Museo* y de *La Ignorancia;* pero paulatinamente, en la sombra de los colegios y en los claustros universitarios se preparaba una nueva generación, con sus vagidos y tanteos inconsistentes al principio, después más vigorosos y acentuados. Al mismo tiempo, algunos de los talentos ya conocidos y en el pleno vigor de su madurez, como Alcover y Costa, daban nueva cosecha, hacían más intensa su labor ó extendían su espíritu á nuevas zonas intelectuales y poéticas.

Alcover, durante toda esta década, ha afirmado su influencia y prestigio. En las tertulias dominicales de su casa se han ido reuniendo los viejos elementos y los que empezaban á despuntar. Escritores, poetas, artistas, cuantos hombres de mérito han pasado por Mallorca ó han residido en ella, acudieron á este pequeño *salón*, exclusivamente masculino. Frates y Carnicer, Estelrich y Costa,

Obrador y Aguiló (Estanislao), Pedro Orlandis y Gabriel Alomar, Antonio Noguera, Juan Torrendell y Félix Escalas, los presbíteros Antonio Maria Alcover, Mateo Rotger y Bernardo Matas; monseñor Campins antes de ser preconizado Obispo de Mallorca y muchos otros, más ó menos asiduos y costantes, constituyeron la base de este «parnasillo» en el cual, entre burlas y veras, sin énfasis ni aparato alguno, brotaron obras de importancia y germinaron proyectos de verdadera trascendencia para el progreso espiritual de Mallorca. No hubo en todo este tiempo huésped distinguido que no lo frecuentara: el gobernador Álvarez Sereix; el P. Conrado Muiñoz; otro agustino lleno de encanto, de talento y de simpatía ó sea el P. Restituto del Valle; el originalísimo Santiago Rusiñol, el arquitecto Gaudí, Rubió y Lluch, Massó y Torrents, Amengual...

Puede decirse que este grupo y el de *Beethoven* (sala musical organizada por Antonio Noguera con la concurrencia de casi todos los elementos jóvenes de la tertulia de Alcover) transformado ahora en Sociedad de Conciertos, tomaron sobre sí la carga patriótica de «hacer los

honores de la Isla» á cuanto viajero ilustrado y distinguido llegaba á nuestra ciudad. La exacerbación del sentimiento local que en todos los tonos y formas ha sido reprochada á este grupo como «medieval y regresiva», ha evitado la consumación de mil desaires, ha mantenido viva y despierta la comunicación con el mundo continental y la confraternidad artística con todos los centros de España; y, sobre todo, ha llenado de una manera decorosa los deberes de la hospitalidad. Se ha dado el caso de esta antinomia: que aquellos á quienes se suponía atacados de un *localismo* cerrado y hostil, «propio del siglo XIII», son los que más se han afanado en atraer, recibir y cumplimentar según las exigencias del siglo XX á los que venían de fuera: de Madrid, de París, de Valencia, de Barcelona, sin que hasta ahora se tenga noticia de la existencia de otros nucleos más amplios y universalistas que se hayan encargado de la tarea ó hayan tenido la suerte de provocar otras visitas que las de respetables *croupiers* y toreros.

Durante esta época, como decía, el talento poético y literario de Juan Alcover ha tomado su definitiva consistencia y

ha llegado á un apogeo de inspiración, superior á la maestría de antes. Ejemplo de esta inspiración es la pieza titulada *Beethoven*, aparte de otras que figuran en la colección última, editada en Barcelona bajo el título de *Meteoros*. Jamás habían volado tan arriba los versos de Juan Alcover, ni ha producido nada de poesía lírica pura que los aventaje en profundidad de conceptos, en alta elocuencia ni en patética gravedad. Todo aquello se sale por si sólo de una población de setenta mil almas. Revela un temperamento de artista superior y al propio tiempo resume su concepto del gran arte y del gran genio, víctima de la fiebre de las estupendas revelaciones, ensangrentado por las garras del águila que lo suspende y trasporta á las regiones supremas. De esta manera de sentir y concebir el genio, el genio altísimo y en la verdadera acepción de la palabra, no recordamos en España casi ningún ejemplo poético. Hay que acudir á tales ó cuales páginas de Menéndez y Pelayo y buscar en su prosa caldeada é hirviente, el entusiasmo y la elevación que nuestra poesía no suele expresar por lo grande y universal, tan hiperbólica como

es en lo secundario y falsamente nacionalista.—En esta segunda etapa ha sido también nuestro poeta más pródigo en el empleo de la lengua catalana, en los dos aspectos de versificador y de orador. Parece que al llegar á la tarde de la existencia ha sentido la nostalgia de un amor antiguo, prohibido ó no gozado; aquella última inclinación de la cual, con profunda verdad, pudo decir un poeta elegíaco:

Sæpe venit magno fœnore tardus amor.

Diríase que Alcover, harto ya de una vida militante, no por conversión, ni por despecho, ni por desengaño, sino como quien busca el retiro del paterno fundo, desea entregar el caudal postrero de su vena al habla nativa, ofrecerle todo el crepúsculo vespertino. El mismo lo ha dicho, con expresión inefable, refiriéndose á sus primeras preferencias por el castellano:

Si una llengua fou ma Lía,
L' altre será ma Raquel.

La simbólica Raquel tendrá mucho que agradecerle, sin duda, por lo que

hemos saboreado ya de esta especie de *Vita nuova* del poeta: deliciosas miniaturas, exquisitas intimidades tan penetrantes y henchidas de lágrimas como el inolvidable:

> *Faune mutilat,*
> *brollador aixut;*
> *jardí desolat*
> *de ma joventut...*

y, sobre todo y por encima de todo, *La Balanguera*. No sé qué hay en esta poesía de verdaderamente emocional que desde su primera audición la he reputado como el momento de gran poeta que ha tenido Alcover en toda su vida. Y no por la magnitud del asunto ni por el enfatismo ó la importancia que el autor haya cifrado en ese «juguete», sino porque ha *resultado* así, acaso en virtud de las secretas concomitancias de asunto é idioma. Esa *Balanguera* misteriosa que hila tranquilamente el hilo de la existencia, no es ninguna de las Parcas antiguas, sino la campesina octogenaria, arrugada y fibrosa como el tronco de la parra á cuya sombra se guarece, que encontramos á la entrada de las aldeas mallorquinas. Indiferente, sin concupiscen-

cias ni desesperaciones, saca su hilo, siempre igual y monótono. Hay en ella como una encarnación de la especie, de la raza, que absorbe lo individual y transitorio y á cuya existencia perdurable cooperan la muerte y la vida:

> Quant la parella vé de noces
> ja veu y conta sos minyons;
> veu com devallen á les fosses
> els qui are viuen d' ilusions,
> els qui á la plassa de la vila
> surten á riure y á cantar:
> *la Balanguera fila, fila,*
> *la Balanguera filará...*

La visión simultánea de lo presente y lo futuro (genuina función del *vate* en el sentido directo y etimológico de la palabra), el hondo sentido de resignación y esperanza que palpita en estas estrofas, la emoción, que comunica el escalofrío y humedece los ojos; todo, recuerda y emula en la felicísima poesía de Alcover lo mejor de la noble inspiración de Schiller y de las vagas y profundas vibraciones de *La Campana*. Ese poder de emoción que llega hasta el escalofrío, confieso que me lo ha hecho sentir en dicha composición de un modo absoluto y superior al de sus mas admirables poesías

castellanas, en las cuales] bien por su índole narrativa y donosa algunas veces, bien por la compostura y aliño del autor—que teme caer en espasmos afectados,—no alcanza á esa plenitud de la exaltación espiritual. Como orador, sí, nos tenía Alcover acostumbrados á ella. Su fisonomía no resultaría completa ni exacta si dejase de incluirle en el catálogo de los más legítimos y poderosos oradores que he oido, no en Palma, en todos lados, en absoluto. Para mí, su más culminante excelencia es ésta: la de ser un orador en el verdadero sentido de la palabra. Por encima de sus dotes de escritor y de sus facultades de poeta, con ser tan valiosas y eminentes, descuella y triunfa su don de elocuencia en el sentido moderno, vigoroso y real. No en vanos atavios ni en floridas parrafadas se desata esa elocuencia. Nada tiene del magnífico y ampuloso ni del melifluo *demodé*. Vigor, precisión, elegancia y, sobre todo, fuego comunicativo, vibración de todo el ser que atestigua y corrobora la sinceridad de las palabras; tal es la impresión que han dejado siempre sus más notables peroraciones políticas, sociales ó simplemente académicas. Parece

que la frase brota de sus labios con cierta violencia propia del esfuerzo mental de quien, antes que hablar, piensa; á modo de la llama que prende en leña verde, penosamente al principio, pero después con crepitaciones furiosas. Mucho se ha hablado sobre el método de los oradores: unos componen sus discursos desde la primera palabra á la última, otros simplemente el armazón ó los párrafos esenciales, dejando á la facundia del momento la forma y el enlace total. Sin embargo, el punto principal estriba en que compuesta ó no, preparada ó no, improvisada ó no, la oración no tome aspectos de *recitación* indigesta y afectada, convirtiéndose, por el contrario, en inspiración súbita. Y esto es lo que consigue Alcover, muy al revés de otros que, teniendo vena copiosa de improvisadores, sueltan el caño y si uno no los estuviese viendo y mirando á la cara, parecería que leen en un manual de *Trozos escogidos*.

Desde la misma fecha en que quedó interrumpido ó como terminado este trabajo, Miguel Costa ha dado pruebas de una fecundidad inusitada entre los escritores mallorquines. Durante este

tiempo han aparecido sus *Líricas* castellanas, sus tres poemas *Del agre de la terra* y el volumen *Tradicions y fantasíes*. Ha concurrido asiduamente á los Juegos Florales de Barcelona y, obtenidos los tres premios reglamentarios, fué proclamado Maestro en Gay Saber en 1902. Prescindiendo de las *Líricas*—que llevan un excelente prólogo del P. Restituto del Valle—por haber hablado de ellas, algo debe decirse de los dos últimos libros, en los cuales prevalece la tendencia épica ó narrativa sobre el antiguo y genial lirismo de nuestro poeta. La misma inspiración y fantasía de la primera época resplandecen en los fragmentos subjetivos de su obra posterior. La introducción de *La gerreta del catiu*, por ejemplo, es una preciosidad. Algún episodio geórgico ó idílico como *La tosa* (el trasquileo) del mismo poema, saben á cosa vivida y directamente expresada y hacen soñar en la futura *Mireio* de Mallorca. La *Cançó dels urxellés* de la leyenda del *Castell del Rey*, tiene toda la doble intención y la iracundia de un antiguo sirventesio político. En *La Cambra de la Senyora*, de la misma leyenda, aparece una verdadera intuición de lo

caballeresco en su forma más ideal y pura, á lo Tennyson, á lo Wagner: aquella Elisenda muerta, tendida sobre el esquife, con la cabellera suelta sobre las olas, parece *the lily of Astolat,* del delicadísimo poeta inglés. Resiéntense, sin embargo, estos poemas de una fidelidad demasiado escrupulosa en la narración, como si el autor tuviera miedo de proceder alguna vez *per saltum* ó de dejar algo sobreentendido. Los sentimientos, la intriga humana y el carácter adolecen, en otras ocasiones, de candorosos y rectilíneos, mejor dicho, de abstractos ó inventados. Por su fortuna, la vida de Costa no le ofrece gran material de observación: el armiño no puede escribir ni siquiera observar como la zorra. Su carácter benévolo, su existencia de amor á Dios y de amistades plácidas, su misma práctica de un sacerdocio más entregado á la oración que al combate y á la predicación mucho más que al confesionario, aléjanle naturalmente de asuntos en que las complejidades de la pasión y la vida lo son todo. Mejor cuadra á su pluma la narración de leyendas ya elaboradas y cuajadas por la conciencia popular que la invención épica propia-

mente dicha. Por esto mismo considero superiores las más importantes de la colección de *Tradicions y fantasíes*, ó aquellas otras de este libro que fantasean sobre el misterio de un nombre geográfico ó interpretan una vaga reminiscencia. Ejemplo de las primeras son *L' era de Escorca* ó *La mata escrita*; y de las segundas *Les dones d' aigua*, *La ribera de Cantan-y-Dormen* y *Na Ruixa-Mantells*.—Aquí reaparece el poeta con todo su encantador prestigio, como reaparece con su fuerza hiperbólica y de magnificación en *L' antich profeta vivent* y en *La deixa del geni grech*, alumbrada la primera todavía por la gran antorcha de Victor Hugo y las terribles imágenes de los libros proféticos, y revelando la segunda el sedimento reposado y bienhechor del insigne Leconte de Lisle. *La deixa del geni grech* es una directa derivación mallorquina de *Les poèmes antiques* y ofrece la singularidad de reintegrar (acaso por primera vez desde la restauración de 1840) en el caudal de nuestra poesía, los asuntos clásicos ó de la historia antigua de Mallorca. Así como la poesía y la erudición del Renacimiento pagano se habían apoderado de ellos

con preferencia á los temas caballerescos y cristianos del ciclo de la Conquista, por reacción natural aparecen excluidos desde Don Tomás Aguiló hasta nuestros días. El hondero, el druida, Quinto Cecilio Metelo, las colonias fenicias ó griegas, los procónsules romanos, cuanto tentó la pluma de analistas y eruditos en los siglos XVII y XVIII, desaparece bruscamente con *La Palma*. Apenas si Furió ó Bover trataban alguna vez de estas pedanterías, satirizadas por Quadrado y sus compañeros en la facecia de la *Dragonera*. Se creyó mucho más útil, y lo era en efecto, investigar la historia *próxima* de nuestra raza que disertar, con textos de Estrabón y Polibio, sobre las costumbres de los primitivos gimnesios ó sobre la verdadera composición química de la *melancrania*, de que diz que se tejían las terribles hondas. Costa ha vuelto allí los ojos, con mirada limpia de exageraciones fabulosas, para imaginar uno de estos cuadros primitivos: la lucha de nuestros aborígenas con la civilización griega y el legado de esa civilización, la lira de Melesigenio, que la sacerdotisa conserva en las oquedades augustas de la cueva de Artá. La

iniciación y señorío de Costa en las literaturas clásicas, sírvenle de precioso sostén en su afortunada tentativa. Para ella ha adoptado los alejandrinos pareados á la francesa, quebrándolos á menudo como el mismo Leconte de Lisle y evitando el fatigoso paralelismo de los de Corneille ó Voltaire. En su segunda época ha ensayado esta y otras muchas combinaciones métricas, especialmente el verso de nueve sílabas, empezando à despuntar en él ese movimiento de aproximación que se observa y acentúa actualmente en la poesía catalana hacia el sistema general de la métrica francesa, por encuadrar mejor en sus formas que en las italianas y castellanas, dada la índole prosódica de los idiomas respectivos.—Sus méritos de gran escritor y de excelso poeta se han afirmado y robustecido en muchas regiones de España, especialmente en Cataluña y hasta diríamos que en Mallorca. Este mismo año se le tributó un elocuente y espontáneo homenaje que puede considerarse como la consagración de Costa en concepto de poeta legítimo, de poeta verdadero, del poeta de Mallorca por excelencia.

Grande amigo suyo fué el exquisito

Pedro Orlandis y Despuig fallecido tempranamente (1897) dejando ese aroma inextinguible de elegía ó de juventud tronchada que acompaña siempre la memoria de los malogrados. Sus *Poesies*, publicadas poco después de muerto el autor, como piadosa ofrenda de amigos y parientes, causaron notable sorpresa, antes en la tertulia de Alcover y más tarde en el público. Según indico en el prólogo que les puse (á fin de no parafrasearme) se vió en ellas una grande y espiritual concisión, finura de perfiles y cierta transparencia ó pureza de la versificación que nacía del mismo asunto. Todo principiante suele caer en las exuberancias de la expresión asiática y pomposa. Orlandis, por el contrario, nos dejó sorprendidos al escuchar sus gentiles canciones que surgían, resueltas y nítidas, del fondo de un espíritu conturbado, como la vara de lirios que se hiergue sobre la laguna. Cantos de sufrimiento y resignación son las doce ó trece composiciones de aquel lindo volumen; historia de una sensibilidad finísima y noble, expresada muy diestramente; muestras de un neo-romanticismo, exquisito y real al mismo tiempo. No era

ni se llamó *modernista* y lo parecía en muchos instantes, porque esto se consigue por lo mismo que no se busca. Aquel «canto adormecedor de la pereza», aquel *deshielo* que parece iniciarse en el alma aterida del poeta, con «crugidos de témpano que se rompe», eran en un principiante signo y prenda infalibles de verdaderas y muy escogidas facultades.

También continuó Juan Luis Estelrich su producción poética y publicó un nuevo tomo de *Poesías*, recogiendo en él las traducciones de leyendas alemanas á que me referí y muchas composiciones originales de verdadero mérito. Citaré entre ellas *El arco de Santa María de Burgos*, *Poder de la hermosura*, *Tu cuello*, *Á Carmen Valera;* como pudiera citar otras varias y aun muchas. Elegías en la muerte de estimados amigos y maestros, lindezas de album, apropósitos y galanterías bien parladas, todo ello viene inundado en salubre regocijo, como transpiración de una vida serena, sin pesadumbres, amante de la alegría, de la resignación, del *aurea mediocritas* y de los afectos regulares. Residiendo largas temporadas en Madrid, ha servido allí de vínculo entre las letras insulares

y el centro, aprovechando su valimento en periódicos y revistas y su estrecha amistad con Menéndez y Valera. De este último ha recibido la influencia del concepto del arte como amenidad y recreo, sin cavilosidades ni negruras trascendentales, y cierto escepticismo ligero y burlón que se traduce en desenfado y en horror á las preocupaciones hondas por los que hemos dado en llamar problemas contemporaneos. Del primero, de Menéndez, ha recibido otra influencia en mi concepto bienhechora: entusiasmo efectivo y caluroso por las letras y por la investigación y desentrañamiento de su historia. En el grupo de Alcover y de la sala *Beethoven*, ha significado siempre Estelrich una como nota discordante aunque grata, por lo que se refiere al catalanismo, tan enamorado como está y de una manera tan justificada y consciente, de la cultura castellana. Su trabajo acerca de la influencia española en el Dante, premiado por la Real Academia, es una labor de verdaderos alientos y muy de primera mano. Durante este tiempo, como polemista, se ha dedicado con frecuencia á contrarrestar la influencia catalanista en Mallorca y

ha publicado en *La Ultima Hora* donosas impresiones de viajes por Castilla y Andalucía, muchas de las cuales rebosan de agudezas y picardías propias del siglo XVII, de observaciones donosas y ocurrentes y de cierto colorido castizo que recuerda las *Novelas ejemplares*.

Nuevos nombres se insinuaban y nacían modestos en las columnas de la prensa catalana y mallorquina: Amengual, Alomar, Ballester, Escalas y otros iban apareciendo poco á poco.—Prodigio de tenacidad y aplicación, Bartolomé Amengual llevó al periodismo su honradez de campesino mallorquín, su terquedad de trabajador infatigable y un equilibrio y buen sentido poco comunes. Desde los más sencillos trabajos de información fué ascendiendo, en sus correspondencias á *La Almudaina*, hasta los temas y la autoridad de un verdadero publicista. Durante más de diez años ha sido el medio de relación más seguro, eficaz y constante entre las letras de Mallorca y las de Cataluña, entre el espíritu insular y el continental. Política, libros, teatros, convulsiones sociales, todo ha pasado por su pluma en forma que triunfa del tiempo transcurrido. Muchos

otros periodistas ó *croniqueurs*, más brillantes si se quiere y con más campanillas ponderados, no producen un artículo que «resulte» á la semana siguiente. Yo me he complacido en repasar infinidad de correspondencias y trabajos de Amengual, de seis y ocho años de fecha, y á pesar de su carácter de improvisación los he hallado tan jóvenes y «justos» como el primer día: su labor de periodista se depura de las sugestiones del momento y alcanza en seguida perspectivas atinadas y «futuras», que han de prevalecer definitivamente. ¡Cuántos éxitos facticios, cuantas apariciones modestas y sin aparato, pero de porvenir real, ha sabido descubrir su perspicacia entre el tumulto ó el desvío de las multitudes! En materias teatrales parece haberle bebido los alientos al inolvidable Ixart: no conozco hoy quien con más sutil análisis ni de una manera más consciente aprecie el arte escénico. Sus impresiones acerca de actores y actrices son de una exactitud perfecta y de una originalidad personalísima. Novelli, la Vitaliani, la Rejane, la Mariani, han sido «entendidos», comprendidos admirablemente por el redactor del *Diario de Barcelona*, en

quien existe toda la materia de un verdadero escritor probo y escrupuloso, que se empeña en no pasar por tal escritor y que incluso en encargos editoriales, como el de su traducción de *Quo vadis?*, interesa y compromete todas las potencias de su espíritu y la salud inclusive.

Más difícil es buscarle á Gabriel Alomar una filiación intelectual concreta. Quien conozca sus artículos, sus cuentos ó descripciones y sus poesías, pensará: por este espíritu ha pasado todo, lo antiguo y lo nuevo, Horacio, Dante, Victor Hugo, Mistral, Taine, Renan, Verlaine, Anatolio France, Mirbeau d' Annunzio, Mæterlinck,... pero ninguno le ha marcado su cuño. Tiene resabios de toda su época, de todos los espíritus selectos y más ó menos paradógicos que la componen. Dotado de una memoria excelente, por lo completa y tenaz; habiendo leído muchísimo y á fondo y hasta los detalles: literatura, filosofía y política, es imposible referirlo sino muy vagamente á una derivación mental rigurosa. Para mí constituye el verdadero tipo del llamado «intelectual», enamorado de toda entelequia y de toda realidad substanciosa. La literatura fran-

cesa, considerada como vehículo y medio de comunicación universal, ha pasado completa por Alomar, como un gran viento, transformándole incluso el estilo. Su purismo gramatical no le deja caer en la vulgaridad de los galicismos que crispaban á la antigua crítica, la crítica á lo *domine*; pero transpira todo el refinamiento, toda la cultura y toda la *convivencia* espiritual del París de nuestros días. Los artículos de Alomar, aderezados en un francés corriente, no alterarían el tono ni la primorosa elegancia de las primeras columnas en *Le Figaro* ó *Le Journal*: la misma ligereza amable, la misma alada espiritualidad flotando en imperceptible ironía. Sin embargo, como periodista de plantilla, no ha podido arraigar en Mallorca, ni creo que pudiese conseguirlo en otras esferas más importantes de España. Es que está demasiado cerca de las ideas puras y recien elaboradas y la prensa y el público demasiado lejos de esos altos hornos europeos, cuyo hierro recibimos aquí tarde y ya enfriado y con herrumbre. Así, no son de extrañar sus inmediatas discrepancias con los editores, con los redactores y hasta con los repartidores de los

periódicos. Por los esbozos que le conocemos y por alguna disertación completa y acabada—el prólogo á la traducción de *Un hiver à Majorque*, de Jorge Sand—merece ser incluido en una categoría de escritores casi desconocida en España, tanto que es forzoso valerse de palabras extranjeras para designarlos. Me refiero á los *essayistes* ó *reviewers*, autores de estudios y trabajos de revista. Este mismo carácter alcanzan sus artículos de *La Veu de Catalunya* donde expone con exquisita lucidez su criterio acerca del nacionalismo literario y político. Alomar, con la sinceridad y la lógica que le recomiendan, ha sido de los primeros en secundar en Mallorca esta evolución. El uso de la lengua nativa no es, para él, un antojo. El «hecho» del idioma responde á otro hecho superior é indefectiblemente político: el «hecho» de una variedad étnica, de un pueblo, en suma. Trocar el castellano por el catalán, sin otra justificación que un juego de academia ó una resurrección trovadoresca y romántica, tendría hasta sus puntos de ridículo. No puede ser el idioma otra cosa que signo é instrumento de un espíritu. Toda la crítica y toda la historia litera-

ria del siglo pasado se afanaron, se encarnizaron, puede decirse, en dejar grabada para siempre esta verdad: que la literatura es *nacional* por excelencia, es el testimonio perenne é indefectible de las razas á través de las edades. La lengua sola ni el espíritu solo no forman una literatura completa. No puede llamarse castellana, sólo porque en castellano esté escrita, una gran parte de la producción literaria de América influida mucho más por la cultura francesa ó yankee que por la de aquende los Pirineos, cuando no hostil á ésta última. No puede decirse que aquellos pueblos tengan una literatura independiente y autónoma porque el instrumento de ella no lo es tampoco ó, cuando menos, no se ha emancipado lo bastante; resultando que unas veces la envoltura ahoga el contenido y otras este contenido destroza y rasga la envoltura, por falta de íntima y mútua adaptación.—Algo de más hondo y trascendente debe verse, pues, en las restauraciones de estos idiomas olvidados: un resurgimiento del antiguo, espíritu nacional, *político*, que se combina con ellos y los reanima y enciende, no una mera recreación de eruditos ó

charadistas desocupados,—como por algún tiempo prevaleció ó como desea todavía cierta vulgaridad espantadiza y bonachona.

Como poeta, Alomar, despuntó más tarde que como prosista y *dilettante* de toda belleza. Sus primeros versos nos sorprendieron como cosa que creimos pasajera y accidental. Alomar no había sido, venturosamente, versificador de colegio; y el primer encuentro con su musa lo tuvo ya de hombre cabal, en plena cultura literaria. Dentro de la poesía catalana pertenece á la falange de jóvenes que desde hace diez años espiritualizan, acaso hasta límites demasiado vaporosos y enfermizos, la sensibilidad de Cataluña. En pugna con un industrialismo demasiado sensual y alguna vez grosero, aparece la reacción encarnada en Rusiñol, Maragall, Massó y Torrents y sus derivados é imitadores. Despojando á esa tendencia de cuanto tiene de morboso y de importado á gran velocidad; eliminando la parte traducida y contrahecha, toda la monserga de manos *liliales* y ojos *glaucos*... es fuerza reconocer la oportunidad é importancia de esta reacción, llamada *modernismo*, así,

en montón y sin distinguir de matices ni grados. Por ella se ha podido demostrar que no sólo los romances de Serrallonga ó los asuntos rurales tratados *ruralmente* (no á la manera purísima y virgiliana de Mistral) caben en la índole de aquel idioma. Quedaba muchísimo todavía de la tradición del Rector de Vallfogona, arraigada de nuevo por el vulgarismo de Pitarra. Otro género de poesía, dominante en ciertas épocas de los Juegos Florales, extremaba las crudezas y durezas de dicción y de concepto, para transformar la musa catalana en musa salvaje, almogávar y *espardenyaire*, cosa de endemoniados tejedores y frenéticos herreros, dale que le das al yunque, con no poco regocijo de los enemigos de la restauración.—Actualmente y por el intermedio de esos jóvenes escogidos realiza dicha literatura un movimiento de aproximación á lo ideal, que puede atemperar y moderar aquel carácter materialista y secamente positivo que impone el triunfo de la plutocracia en los pueblos que se enriquecen. Como realiza tambien la lengua catalana otro trabajo de adaptación á la vida moderna de las grandes capitales, reblandeciéndose para

la expresión de las más sutiles y complicadas psicologías, para lo urbano y exquisito como antes para lo rústico y bucólico. Á esta incorporación de asuntos hasta ahora excluidos debiera corresponder una depuración del lenguaje, la cual parece allí más difícil y lenta que en Mallorca. Á los nuevos poetas de la isla atribuye cierta crítica benévola de Barcelona esa nueva «plasmación» del idioma; y Alomar contribuye á ella poderosamente. Parece llegada la hora de que deje la Cenicienta su humilde alpargata y se calce el chapín de raso. Adiestrada á trepar por las asperezas pirenaicas y á correr por ferias, eremitorios y *masías*, puede y debe entrar también en el salón, en el gabinete y en la misma entraña de la ciudad culta. Distínguese Alomar entre cuantos compartimos el empeño de entonar y elegantizar el idioma; *La agonía de les flors*, pongo por caso, es, en tal sentido, un acierto ejemplar. Ninguna palabra ni locución hay en dicha pieza que no sean propios y castizos, ó castizamente incorporados; y, sin embargo, parecen aquellos unos *quatrains* de Sully-Prudhomme, por el asunto no menos que por la versificación «inmate-

rial» y etérea. Tiene el joven poeta la intuición de las formas y de las conquistas más recientes del arte; nadie creería que un temperamento tan avizor y vigilante se hubiera formado en una población estacionaria. Hablando con un parisiense de las cosas del París artístico, he observado yo la profunda sorpresa que le causaba Alomar, enterado de todo, dominándolo todo. Otras veces, he tenido que reprimir una sonrisilla irónica al verle enzarzado con algún escritor festivo ó superficial que venía á descubrirnos, el cual, por haber publicado cuatro «logogrifos comprimidos» en *El Clamor de las Clases Pasivas*, ó por vivir en Madrid como Valera y Menéndez y Pelayo, se juzgaba á la misma altura de ellos. ¡Convenzan ustedes al joven logogrifista de la superioridad inmensa de Alomar, que no ha estrenado en Lara ni conoce á Pérez Zúñiga! Por el contrario: leo *La costa brava* y aquella interpretación semisimbólica ó como mítica de los grandes acantilados de nuestra isla, vistos como ven los niños (ó los pueblos de la infancia), descubriendo las formas elementales y primarias, encontrando en las reconditeces del espíritu

ideas inmanentes y como atávicas de horrendas conmociones geológicas y de combates con los grandes mamíferos primitivos,... leo todo aquello y simultáneamente aparece en Mallorca un pintor belga, M. Degouve de Nuncques, y me sorprende la identidad de la visión. Alomar y Nuncques no pintan la naturaleza sino la *emoción* de la naturaleza, evocada silenciosamente en hondas contemplaciones y en el subdelirio de los largos arrobamientos, cuando los ojos se entornan y lo inanimado parece animarse y cobrar movimiento lo inmóvil. De la impresión secamente fisiológica pasamos á la psicológica y de la formación de la imagen en la retina á la transfiguración espiritual de la imagen. Cierto panteísmo artístico late allí, comunicando algo de sagrado á todos los objetos; y la misma afición del pintor á los asuntos panorámicos lo confirma. El camino que serpentea, la casa en la hondonada, los árboles simétricos, el prestigio de soledad y silencio que emana de toda la tela, dejan la impresión ingenua y conmovedora de los *ex-votos*, en el sentido profundo de la palabra... No trato de hacer la apología de M. Nuncques y sé

los límites á que me reduce mi falta de competencia. El pleito no está fallado; pero si todos los *argumentos* no son admisibles, algunos y hasta muchos de ellos son concluyentes. El arte estacionario chilla, pero no puede negar que se siente vencido y como subyugado ante algunas de esas nuevas formas y aprovecha, á la chita callando, lo que llama aciertos... Lo mismo pasa con Rusiñol, cuya semblanza de pintor, precisamente, ha trazado Alomar de una manera admirable, tanto como en la poesía *Floralia* nos ofrece la síntesis de la pasión ó encanto de los *Jardins abandonats*. Este tema predilecto, ha sido desarrollado en mil formas y matices de elegía por el pincel de Rusiñol: cármenes granadinos, arriates silenciosos de la Alhambra y el Generalife, florestas pastorales de Aranjuéz, alamedas de las *villas* desiertas, surtidores enjutos, escalinatas señoriales entre una doble hilera de cipreses, tonos de crepúsculo, de abandono y de decadencia... Y Alomar ha sabido comprenderlo y poner un magnífico comentario poético á la obra pictórica. Pesa la composición de diserta y excesiva; excesiva de conceptos, mu-

cho más que de palabras, como resumen y estracto de la poesía de los jardines á través de todas las poesías ó literaturas de la historia, y de gran parentesco con la *Selva animada*, que ha venido después, notable por su poderío de imaginación y su grata eufonía. No sé si á Alomar cabe aplicarle la denominación de modernista; cuádrale, sí, la de modernísimo. Su avidez intelectual le lanza hacia todo lo que viene y se resiente algo de «aquel afán por cambiar de error» á que se refería Renán, con escéptica elegancia. No incurre, es cierto, en vulgares manías; hasta en sus innovaciones más audaces se atiene al espíritu. Las imitaciones ó resabios mecánicos y de estampilla no hacen mella en él, porque posee el instinto de la forma: su *Horaciana* es el mejor argumento. No pertenece á esa caterva de adróginos ó epicenos, con monóculo y cabellera á la merovingia, que calcan los sonetos de Rosetti, «flores de perversidad», ó interpretan *ad pedem litteræ* el culto ó religión de la belleza, de Ruskin. De ellos da buena cuenta Mirbeau, terrible satírico, en sus *Memorias de una doncella*, comparables en estos pasajes á lo más siniestro de Petro-

nio. No pertenece tan poco á aquella otra serie de energúmenos y mata-moros que corren mundo desde que *habló Zaratrustha*, ó que predicen cosas horrendas en tono arcano y zahorí, á modo de sabios caldeos entregados á la astrología, ó cantan la *Vida* y son atletas de la *Idea* y esperan *la Gran Aurora* tras de la Noche y sienten en las entrañas del planeta un ronquido sordo como

de vino que fermenta en los lagares,

sin decirnos nunca (porque ahí está la gracia) qué vida, qué idea, qué aurora ó qué lagares son estos. Confundir la vaguedad y la imprecisión que á veces ayuda extraordinariamente á la poesía, con una logomaquia enrevesada ó con expresiones sibilinas y de conjuro, es cosa demasiado burda para que pueda durar más allá de un año. El prestigio de los profetas y su lenguaje obscuro, está en el misterio de los siglos, en la pérdida de sentido á través de mil y mil traducciones; está, humanamente hablando, en lo que nosotros ignoramos de aquellas edades mucho más que en lo que ellos escondían. Y es intolerable petulancia la de quienes nos hablan

ahora á lo Esdras ó Enoch. Aturden un instante, pero á la postre se sumergen, se disuelven en irremediable olvido todas esas jaculatorias gitanescas para curar el torozón y el mal de ojo.—Pues bien: de esos dos grupos principales del falso modernismo, discurre, por fortuna, muy lejos el joven poeta. Su sana constitución le permite reir, reir con risa humana, de todo lo risible, así sea del mórbido hermafrodita de los unos como del ceñudo *super-hombre*, todo agallas y bíceps, de los otros. Alomar se acerca á su definitiva consistencia mental y creo que ha de ser uno de los más ilustres talentos de las letras de Cataluña. Hay en él facultades y potencia, gusto y sólida preparación. El equilibrio es obra del tiempo y de la seguridad de sí mismo. Como ya se apartó de la extravagancia aparatosa y ha sabido distinguir la verdadera novedad de la falsa (que es la moda), llegará también á despojarse de cierta tendencia á lo insólito en que le precipita á veces su horror á lo vulgar y dejará de ser la paradoja la figura matríz de su estilo y la forma habitual de su pensamiento.

Antes de cerrar esta larga digresión es

fuerza hablar tambien de otras apariciones que, más ó menos directamente, vienen influidas por las ideas que divulgó y expuso el diario *La Almudaina*. Así Rafael Ballester, con sus estudios pedagógicos y su certero instinto crítico, demostrado en la colección *Al día*, en el *Estudio sobre la enseñanza de la geografía* y en muchos y muy amenos escritos. Así Félix Escalas, con su facilidad de palabra, con sus delicadas impresiones de paisaje y de poesía en prosa (que sienten alguna vez y demasiado de cerca la proximidad de Rusiñol) y con su despejado y precoz discurso que promete la eclosión de un verdadero literato. Así, por último, Juan Torrendell, temperamento inquieto y errabundo: imitador de las leyendas de Bécquer cuando seminarista, crítico y revistero en Montevideo, secuaz del naturalismo ortodoxo en sus novelas uruguayas *El Picaflor* y *Pimpollos*, repatriado después, arreglando sobre *Pequeñeces*, del P. Coloma, la comedia *Currita Albornóz*; discutiendo con el mismo frenesí desbordante en el *foyer* del Español de Madrid y en los pasillos del Romea en Barcelona; lanzado al pleno tumulto de la vida militante y profesional mejor

que á la producción tranquila y erigiéndose en Palma (al cabo de una existencia cuasi cosmopolita) en propagandista infatigable del autonomismo. Espíritu fácil é inflamable, vibra todo él y completamente; ni uno solo de sus átomos deja de recibir y transmitir la vibración. Es una organización homogénea y compuesta de una sola substancia: el entusiasmo. Al lado de esta condición dominante tienen poca cabida las cualidades subalternas de reflexión, cautela ó malignidad. El mismo estilo de sus artículos periodísticos y de polémica, insistente y reiterado, lo demuestra de una manera cabal. Incluso en sus obras dramáticas, como *Els encarrilats*, percíbese el eco de las pasiones y discusiones del momento, con demasiada fidelidad. No se levantan, en mi concepto, todo lo que debieran, de lo actual y de esta semana á lo trascendente. Nadie ha puesto en duda que en *Els encarrilats* existe la materia de un verdadero y magnífico drama: la lucha de la *regeneración* con la corrupción imperante, del individuo emancipado con la colectividad esclava y servil, del *patriotismo* con la patriotería vocinglera y cínica. Á la manera del

Dr. Stockmann, de Ibsen, vése el personaje de *Els encarrilats* abandonado de todos, aislado de todos, de la mujer amada, de la familia, del pueblo entero, lo cual es muy real y humano. El cacique, el caciquismo triunfan; y es una lástima que en el diálogo de la obra transpiren demasíado fielmente, párrafos que parecen arrancados á la prensa del día anterior, no obstante la fuerza y el vigor de universalidad que alcanza en otros aspectos. Más de combate es todavía el asunto de *Els dos esperits* y no sé por qué se me antoja ver en él menos sinceridad y convicción que en el primero, más tributo á una moda intelectual y á una dramaturgia introducida en España por el *Juan José*, de Dicenta. Estas obras que, aisladamente, logran alguna vez cautivar y conmover, erigidas en sistema y como en final de *meetings* de propaganda, una vez pasada la efervescencia que las produjo, se evaporan también y vienen á constituir aquellos «almanaques del año pasado» de que hablaba el señor de Montaigne, ya en su tiempo.—Torrendell sabe y puede escribir y ha escrito mucho más. Tiene dotes de observador y animación y calor de

espíritu: su comentario de *L' alegría que passa* y su excelente biografía de *Don Juan Palou y Coll* acreditan una penetración y una sutileza dignas de ser cultivadas en el gabinete más que en la controversia de las cervecerías.

El asunto de *Els encarrilats* y diversas publicaciones periódicas fundadas y nacidas en este espíritu y grupo de *La Almudaina*, dan materia para otra digresión, que el lector disculpará. Me refiero á la nueva concepción del patriotismo ó, casi estoy tentado por decir, á la introducción del patriotismo en Mallorca. Suspenda el mismo lector toda clase de alarma, porque no presumo negar que hayan existido en Mallorca insignes patricios, ahora y mucho antes. No se trata, pues, de la carencia de personalidades escogidas y elevadas en quienes aquel sentimiento tuviese firme arraigo, sino á su extensión y divulgación como sentimiento colectivo, general y del término medio. Porque no entendemos por patriotismo una mera pasión del ánimo que se revela por la *anyorança*. Esta nostalgia es un estado morboso, mejor que un sentimiento civil, consciente y robusto. El famoso cariño de los mallorqui-

nes á la *roqueta* y su morriña consiguiente en la ausencia, es algo puramente fisiológico y geográfico y lo mismo puede sentirlo un hombre que un carnero, hablando con perdón. Tiene mucho más de materialista que de espiritual; es un apego taciturno á la gleba, sin emergencia activa, sin aquel vínculo que nace de la comunión de la raza más que de la atracción del territorio. Y esa comunión sólo se siente y se funda conociendo ó sintiendo la gran entidad étnica y la unidad especial de cultura de que se forma parte y de la cual son elementos integrales la historia, la literatura, las costumbres, la legislación civil y, sobre todo, el idioma. En mi libro *Mallorca durante la primera Revolución*, hacía notar esa falta de verdadero sentimiento nacional entre nosotros, así para España como para la propia Isla. No hay que tomar por tal los entusiasmos de la oligarquía militar y oficinista venida de fuera, ni la sumisión de las clases medias, esencialmente contemporizadoras. Lo demás es tan ténue y epidérmico que horroriza. Como creo tener patriotismo, tengo el valor heroico de decir lo que siento, lo que pienso, lo que he

comprobado mil veces: aquí no espanta la idea de un cambio de dominio político. En los casinos y en las tertulias se habla todos los días, sin asombro de nadie, de lo que sería Mallorca en poder de Francia é Inglaterra. En las comarcas rurales ni siquiera hay cuestión.—Lo que cada cual desea es que le dejen en paz, que no turben su digestión ni fatiguen su cerebro y que otros manden y dispongan por él. Así que la única forma del patriotismo local entre nosotros se ha reducido, por mucho tiempo, á la defensa de unos llamados «intereses materiales», sin enlace ni sistema; y así también la prensa diaria, esto es, la leída y consagrada por el plebiscito de la suscripción, ha puesto todo su ahinco y ha dedicado campañas memorables al derribo de un paredón que afeaba la Lonja y á que no faltase agua en las fuentes públicas de los suburbios, deshaciéndose después en plácemes al Ministro, al General, al Obispo, al Gobernador y al Delegado que no se opusieron á la trascendental mejora. Lo ha hecho así, supongo que no por carencia de luces, sino compelida por la repulsión, fácilmente observable, que solía inspirar todo empeño más

alto. Lo que hay de enteco y mezquino en esta manera de ver, salta á la vista. Y en los últimos quince años ha surgido como un anhelo esplícito y franco de despertar esa alma dormida y ese sentimiento oculto, hasta donde fuese posible. Á cuantos, en nombre de un españolismo intransigente, rechazan y vilipendian tal empeño, puede contestárseles: «¡Ojalá se consiguiera infundir ese patriotismo local de una manera colectiva y vigorosa, sin espejismos oficiales, sin ficciones ni postliminios, porque á la postre habría alguno, algún cimiento de veras aprovechable para lo otro! La sumisión que tanto parece seduciros en esa muchedumbre, no es opinión; es silencio, es la indiferencia absoluta de lo inerte.» —Partiendo de estos puntos de vista, inauguró *La Almudaina* una serie de investigaciones y estudios, consagrados á esos otros intereses espirituales, políticos y estéticos; y el presente libro es una fase de aquellos. Muchos más detractores que secuaces obtuvo el periódico. Gracias á los primeros, ha conseguido coleccionar una de las más completas nomenclaturas del insulto á fines del siglo XIX y principios del XX; y no pocas veces han

debido pensar sus redactores en aquellos burócratas campanudos, como Azanza, y Urquijo, enemigos del espíritu fuerista y de todo *dialecto* y de cuanto pudiese atentar á la integridad del sentimiento español, pero que fueron ministros de José Bonaparte como lo habían sido de Carlos IV.—Compartieron también la tarea *La Roqueta*, en su tercera época, impulsada por Alomar con la colaboración de Escalas, Ballester, Juan Rosselló y otros; *Nova Palma*, fundada por Torrendell al estilo de *L' Avenç* y *Catalonia; La Veu de Mallorca*, del mismo Torrendell, y, en ciertos aspectos, *Mallorca Dominical* (bilingüe) y la *Gaceta de Mallorca*, que ha sido la última de las publicaciones de esta índole.

La Roqueta, dirigida por Alomar, fué apartándose de su antiguo popularismo hacia un tono literario más selecto, mientras en buena parte de los escritos mallorquines de *Mallorca Dominical,* se descendía de lo popular á lo chocarrero. La índole franca y casera de Bartolomé Ferrá en manos de sus discípulos se ha extremado todavía, degenerando alguna vez en explosión de vulgarismos y pasmarotadas. En muchas ocasiones la cari-

catura rayaba en ilustración de escalerilla y parecía haberse hecho tabla rasa de los sesenta años de restauración del mallorquín, para retrogradar á 1812 y continuar y perfeccionar las flatulencias apestosas del P. Ferrer en su *Diari de Buja*. Con toda esta hez de solecismos é idiotismos vienen mezcladas muchas ideas aprovechables y aun felices del presbítero Don Bernardo Batlle en sus colecciones de artículos *Sopes escaldades y pancuit*, *Agranadures*, *espigolayes y aixarmims*, lo mismo que en su novela festiva *En Pepito Carabassa*, donde una buena dosis de observación sucumbe al agobio de la expresión chabacana. Lejos de atajar la corrupción del idioma, la extienden y metodizan esta casta de trabajos, y alguna vez á la par de ella divulgan y arraigan la afición á lo prosaico y la aversión á lo fino y elevado, que hay que cultivar en el pueblo como elemento moralizador. Se puede conservar el sabor popular y campesino, ó el aroma burgués y de menestralía, sin embutir frases sobrado bajas ni admitir locuciones desagradables, duras, cerriles y groseras. De aquí nace, en parte, solamente, el reparo que puede oponerse á Antonio

María Alcover, Pbro., por su inapreciable colección de *Rondayes mallorquines*, (aparecidas también en el interregno que me ocupa) labor meritísima, trabajo de aquellos que pueden llamarse matrices, fundamentales y de la mayor eficacia, á juzgar por sus resultados, pues ha conseguido prender, como vigoroso ingerto de mallorquinismo, entre el pueblo agrícola y en la niñez. No se me oculta la fidelidad que debe presidir á esta clase de estudios. Sé que no es lícito deformar, ni siquiera con intento de embellecerlos, los rasgos verdaderos y efectivos que la raza imprime á su producción imaginativa. Á modo de un escriba impasible, el colector de esas tradiciones y *rondayes* se ha de convertir en instrumento del pueblo mismo, sin refundir, retocar ni acicalar su obra. Pero juzgo que, en el caso presente, hubiera sido posible acercar el lenguaje al término medio general del lenguaje de las islas, quitándole el sello particularísimo de una pequeña comarca de Mallorca, y depurarlo y hacerlo más suave sin mengua de su sencillez y rusticidad. Puesta por delante esta objeción, sólo encomios, y de los más sinceros, merece una obra tan interesan-

te para todos: para la infancia que encuentra reunido y completo lo que no podía obtener más que de viva voz y muchas veces fragmentariamente; para el pueblo, que fortifica y reanuda, y acaso continúa al través del libro, su elaboración incesante y misteriosa; para el literato y el sociólogo, en fin, que carecían de tan preciosos documentos. La publicación de las *Rondayes mallorquines* ha repercutido en todos los centros folkloristas del mundo; y el simpático, ingenuo y excelente Provisor ha tenido que corresponder con reformados, herejes y hasta budistas que le felicitaban, ó consultaban puntos de su competencia innegable. Creo que ha servido no poco esta publicación para fecundar la mente de algunos poetas y que, de rechazo, al menos, ha influido sobre la inspiración de Costa en buena parte de sus *Tradicions y fantasíes*. En otro empeño de la misma índole, aunque de más vasta circunferencia, se halla metido ahora el infatigable sacerdote: el Diccionario de la lengua catalana que ha emprendido é iniciado como obra colectiva y de múltiple colaboración en todos los países donde aquel idioma es hablado, desde Ali-

cante á Perpiñán y desde las Baleares á Cerdeña. Este trabajo de organización, la correspondencia á que le obliga y la redacción del *Butlletí del Diccionari* bastarían para poner á prueba sus entusiasmos, sino existiese el recuerdo de los viajes de propaganda verificados por las comarcas de lengua catalana ó trabajos de tanto meollo y dificultad como el que recientemente ha publicado, final y resumen de la polémica que suscitó el señor Menéndez Pidal con su artículo *Cataluña bilingüe.*

Coincidía, casi, la aparición de las *Rondayes* con el *Romancer* del llorado Aguiló (Mariano) y con dos trabajos de cortas dimensiones, pero de una densidad asombrosa por lo que atañe á ideas y conceptos nuevos, debidos al musicógrafo y compositor Antonio Noguera. Me refiero á la *Memoria sobre los cantos y bailes populares* de Mallorca y á la conferencia acerca de *Las nuevas nacionalidades musicales*. La *Memoria* de Noguera, es un trabajo convergente con los de Aguiló y Alcover hacia la misma finalidad artística. Por su concisión y desnudez de galas y por lo nutrido que anda de observaciones personales y de datos

depuradísimos, recuerda ciertos estudios del insigne Milá y Fontanals, abreviados y en cifra y de una austeridad científica que resiste á todas las investigaciones futuras, cuando no les sirve de base ó de impulsión. Noguera es, á mi juicio, una de las personalidades más serias entre cuantas cultivan en España asuntos de arte ó estética. Sus mismas intermitencias, lo cortísimo de su producción, el empeño que pone en sacudirse el tono de autor ó de profesor para alinearse entre los aficionados, su decantada causticidad é irritable virulencia, nacen de esa seriedad íntima y de esa probidad y amor violento y entrañable á la música en sus más altas manifestaciones europeas. Nadie más combatido por prevenciones y remilgos burgueses, pero nadie tampoco de mayor influencia musical y ultra-musical. En *Las nuevas nacionalidades* expuso con gran alcance sintético y orientación firme el movimiento de la música contemporánea en busca de la *nacionalidad*, como consecuencia del movimiento literario que operó el romanticismo; así como en la *Memoria* y en el estudio sobre el canto de la *Sibila* en Mallorca, recogió el hecho, la parte vi-

viente de esta tradición popular. Sus *Dances mallorquines* son la aplicación de dichos principios: la transfusión en el arte reflexivo y culto de aquel elemento popular y espontáneo, á la manera iniciada en otros países por Grieg ó Cesar Franck, y en España por Pedrell, Alió, Granados y otros pocos.—Á su influjo nació la *Capella de Manacor,* fundada no como uno de tantos orfeones chapuceros, sino con fines de noble intransigencia artística. Algo más que orfeón ha sido, pues ha tomado aquella institución la importancia de un verdadero foco musical y literario. En sus solemnidades y fiestas de Santa Cecilia ha visto ocupar la tribuna á los principales escritores de Mallorca y desfilar por ella al malogrado crítico y musicógrafo Fr. Eustoquio de Uriarte, al eminente Pedrell, á Rusiñol, á Rubió y Lluch, sin mentar la colaboración que en algunas han tenido compositores como Granados y Moreau.—Iniciativa del mismo Noguera fué el salón *Beethoven* elevado ahora, con el mismo nombre originario, á *Sociedad de Conciertos*. Casi toda ia actividad intelectual de Mallorca (literaria y artística) se ha concentrado duran-

te los últimos años en aquella originalísima sociedad, ensayo de una utopía á lo Tomás Moro ó á lo Campanella y que, á imitación de las Icarias y de las Ciudades del Sol, podría llevar el nombre de Acracia. Y la llamo Acracia—una Acracia *bien entendida*, como diría Don Prudencio—en el sentido de que no había en la tal asociación ni reglamento, ni director ó presidente, ni secretario. Alguna vez á penas tuvo socios; y, no obstante, allí han nacido, en la intimidad, revelaciones como las de Alomar y Escalas, la mejor producción de Alcover, algunos libros que andan por ahí no mal vistos de la crítica, las *Dances* de Noguera y cuatro ó cinco obras de Rusiñol, como son *El poble gris, Els Jochs Florals de Canprosa, El malalt crònich* y *L' héroe*. Diéronse allí mismo audiciones musicales, de inédito y de publicado, y lecturas muy escogidas; allí tuvieron su origen la venida del selectísimo *Orfeó Catalá* y las tres series de cuartetos clásicos y la primera de grandes conciertos orquestales. La historia de esta sociedad no puede ser más modesta ni fecunda; la gritería de dicterios que alguna vez ha sufrido por parte del chapucerismo artístico,

la ha hecho aparecer más grande. Pero á despecho de todos, esa valerosa y reducida vanguardia sigue su camino y no toma en cuenta ni la impopularidad de un instante ni las mortificaciones y heridas del amor propio ni los descalabros que la lucha por el ideal causa en lo *positivo*, cuando aquella tiene por teatro una población pequeña y de corto horizonte. Hay aquí quien no ha podido gustar de Beethoven y Schumann en virtud de razones estéticas tan decisivas como la de que Noguera fué mal estudiante en la Escuela de Caminos y padece ahora una gastralgia, muy fastidiosa por cierto. Cuando la alta crítica llega en un país á este grado de perfección, hay que tentarse la ropa antes de poner por obra proyectos generosos de regeneración y progreso artístico. Recuerdo que cuando muchacho, en pleno florecimiento del *belcantismo*, parecía en Mallorca que no había habido, desde la noche de los tiempos, más que un sólo compositor: M. Gounod. Hablábase del gran arte como de cosa cabalística ó de un modernismo mucho más abstruso y recóndito que el de ahora. Y esos *modernistas* ininteligibles eran Mozart (1756–

1791), Beethoven (1770-1827) y Schumann (1810-1856). Cuando fué estrenada en Palma la ópera *Freischütz*, de Weber, muchas personas iban con miedo á la representación y hasta alguien la tomó por «música del porvenir». Hacía la friolera de noventa años que la ópera había sido estrenada en Alemania y su autor había muerto en 1826, un año antes que Beethoven. El busto de Beethoven preside la sala y su espíritu de alta sinceridad sirve de guía á los decididos y reconcentrados admiradores del maestro. De él y para ellos cantó Alcover, en una sesión memorable:

Honremos al eólio taumaturgo
que en las cajas harmónicas sabía
aprisionar los recios vendabales
de la pasión indócil, é imponerles
la magestad de un ritmo soberano.
. . . .
Él encarna la santa intransigencia
contra los falsos ídolos del arte;
él, contra la ficción usurpadora
que invade sus dominios, representa
la protesta davídica. . . . . .
¡Inerme juventud, entona el psalmo
de la verdad, el nombre de Beethoven
pon á la piedra de la honda, y hiere
la frente del procaz filisteismo!



Desde que publiqué mi primera poesía infantil conozco á Juan Rosselló y le tuve siempre como lector impertérrito de toda casta de letras y muy especial y devotamente de las mallorquinas. Era el aficionado y espectador por excelencia de las solemnidades literarias y el visitante asiduo de las librerías. Colgó su toga, arrumbó sus espedientes y, como el protagonista de *Peñas arriba*, de Pereda, instalóse en el típico caserón de su hacienda, en lo más pintoresco de los montes de Alaró, ejerciendo allí una bienhechora influencia patriarcal. Tantas veces como habíamos departido de asuntos literarios y tan enterado y sobre la pista como le encontrábamos siempre, no se me pasó jamás por las mientes que pudiese recibir, como he recibido estos días, un libro del antiguo *amateur*, convertido en autor de veras. Después de diez y ocho ó veinte años de intimidad y pasada toda la juventud y con ella la época del *cacoethes scribendi*, sorprendiéronme en *La Roqueta* y en la revista *Catalunya*, los primeros trabajos de Juan Rosselló. Con verdadera fruición los he releido ahora reunidos en el *Manyoch de fruyta mallorquina*, editado en Barcelo-

na, con un prólogo de Miguel Costa. Rosselló—uno de los espíritus más rectos y mejor equilibrados de cuantos conozco —tiene la ventaja de no contemplar la vida del campo á manera de «turista» displicente, que pasa y observa y anota. Su libro ofrece el encanto inasequible de las cosas absorbidas con el nacimiento y la vida promiscua y diaria, en la casa de labranza y entre pastores y espigaderas. Va gran trecho de conocer la naturaleza de una manera habitual y consuetudinaria, á observarla é interrogarla violentamente. Zola, bajando lápiz en mano, á las profundidades de la mina ó haciendo dos ó tres viajes en el ténder de la locomotora, nos ofrecerá en *Gérminal* ó *La bête humaine*, una «información» de repórter, de gran repórter, si se quiere, en cuanto á la vida y costumbres de los mineros ó de los maquinistas de ferro-carriles. Todo el genio del mundo no basta á suplir el espíritu íntimo, que es preciso haber respirado naturalmente, sin intenciones preconcebidas de convertirlo en arte. El canto II de *Mireio,* aquel idilio que llega á la sublimidad—valga la paradoja—no puede escribirlo ningún geórgico improvisado y de la víspera,

sino un auténtico cortijero provenzal. De esta misma cualidad participa Rosselló, y á su trato y convivencia con el asunto de sus escritos añade una excelente cultura literaria que le aparta de lo silvestre y desaliñado. Además de los rasgos *mistralianos* que Costa descubre en el novel aunque no joven escritor, encuentro yo otros más íntimos y graves, como de reflexión ó pesadumbre eslava. Rosselló sobresale, á mi juicio, más que en el *meridionalismo* y el derroche de luz—que van picando algo en historia—en la pintura de interiores y en la expresión del alma de las cosas y del paisaje mismo. Muchos de sus cuadros y escenas, por ejemplo: los recuerdos *De quant jo era nin,* evocan, de una manera jejana y vagamente terrorífica, la impresión de ciertos cuadros y escenas de Turguenef y hasta de Dostoyuski. Todas aquellas veladas y reuniones en la gran cocina, con sus boyeros y gente de labor, mientras hierve el caldero ó la olla, y aquel tragín misterioso en la sombría almazara, descritas por Rosselló traen á la memoria, sin quererlo, los interiores de las novelas rusas, cuando el caminante se apea de su *troica* cubier-

to de nieve, y se prepara á sorber el té que regurgita en el *samovar* y que le ofrecen los hospitalarios y taciturnos *mujicks*. Tal es, al menos, la emoción que yo he experimentado y que espero gozar de nuevo si Rosselló se decide á consolidar su rápida nombradía con nuevos y definitivos trabajos.

Es hora de poner fin á este largo apéndice, más no tanto que no deba recojer nombres y rasgos que falta anotar todavía. Entre los cultivadores de la poesía catalana debo mencionar á Jaime Pomar, cuya vena fecunda y prolija se desparrama concurriendo á todos los certámenes y se resiente de un carácter á veces demasiado *floralista*. Como no le falta fuego ni arrebato, creo que su producción se acendrara no poco, si lograse cohibir la nativa facilidad y la fantasía pingüe, en obsequio á lo denso y sobrio de sus composiciones. Los presbíteros Aguiló y Gayá cultivan asiduamente la poesía, siguiendo entrambos las huellas de Costa y Verdaguer. Tous y Maroto y Ramis de Aireflor, han producido también agradables composiciones métricas dentro de la misma tendencia. Alsina y Melis publica discretísimos articu-

los en la revista *Catalunya*. Lorenzo Riber, acaba de sorprendernos este año con una obra de juventud que puede ser la esperanza ó como promesa de un poeta completo; no cabe negar que el poema del joven seminarista es, hasta ahora, el mejor y más serio tributo literario que la devoción mallorquina ha rendido á la doncella de Valldemosa y, en cierto modo, al panorama que se descubre desde Son Gallart, teatro de las ingenuas y sugestivas tradiciones en que vive la memoria de Catalina. Á los nombres de poetisas ya conocidas, como María Ignacia Cortés y Marcelina Moragues, hay que añadir los de Emilia Sureda y María Antonia Salvá. Despunta la primera por la facilidad de la versificación y, sobre todo, por el ingenio y cierto *esprit* á la francesa, propio de su lectura copiosa y de sus viajes, el cual ingenio presta amenidad á los asuntos más triviales y caseros y los convierte en tema de meditación filosófica ó de *raillerie* amable y mundana. María Antonia Salvá posee un temperamento de verdadera artista: sobriedad, ternura reconcentrada, ligereza y eficacia de expresión. Sus composiciones campesinas tienen cierto encan-

to ¿cómo diré? de noche de luna pasada sobre las gavillas, en la era, y despiden un violento perfume de albahaca. Ni la una ni la otra de estas poetisas tienen resabios del sexo ó del antiguo *pensil*, ni suelen rimar *floreta* y *nineta* ó *coret* y *niuet*, ni otros diminutivos y lindezas del rococó femenino, en lo cual las aplaudo no poco. Son, por el contrario, sencillas, discretas y de muy notable despejo y sustancia.

No terminaré sin haber mencionado el nombre de Miguel Sarmiento, que aunque no mallorquín ni por naturaleza ni por idioma, ha sentido en Mallorca y entre sus ingenios influencias de patria adoptiva y ha encontrado simpática inteligencia de sus cuentos y melancolías insulares de la Gran Canaria. Espíritu lleno de íntimas delicadezas, no ha podido Rusiñol encontrar pluma tan suave ni esquisita para verter al castellano los intangibles matices de *El jardín abandonado* y otras obras suyas. He de mencionar tambien á Francisco Blanes y Santiago Vanrell, americanos de origen mallorquín, cuya interesante producción poética no viene comprendida en la materia de este trabajo, por su índole extra-

local.—Por idéntica razón no figuran aquí el nombre del preclaro Académico Don Miguel Mir, Pbro., y el del sociólogo y publicista Don Damián Isern. Sus notables obras no se enlazan al grupo cuya historia he procurado bosquejar como cosa orgánica y viviente; y, por el contrario, pertenecen de lleno á la historia general de las letras castellanas.—Por último, los estudios lulianos han recibido nuevo vigor y empuje con las investigaciones notabilísimas de Mateo Obrador y Bennassar en la Biblioteca de San Marcos, de Venecia, coronadas por el hallazgo de un autógrafo de Ramón Lull y por la reseña de infinidad de códices allí existentes; mientras en Palma un fervoroso grupo de lulistas, á la cabeza de los cuales figura el mismo Obrador, continúa ahora la publicación de las obras del solitario de Randa, iniciada por el benemérito Don Jerónimo Rosselló y desde hace muchos años interrumpida.—La exacta puntualización bibliográfica de cuanto se publica en Mallorca ó referente á Mallorca ha encontrado en el joven D. Pedro Sampol y Ripoll, una mano diligentísima y experta. Sus *Anuarios bibliograficos* y sus investigaciones

eruditas, producirán, seguramente, la continuación y depuración del *Diccionario* de Bover y un catálogo perfecto de la imprenta mallorquina contemporánea.



Como digo en la *Advertencia* que precede á este libro, hubiera sido preciso refundir toda la parte que quedó escrita é impresa antes de 1894, en la cual aparecen exageraciones, optimismos y aturdimientos de bulto, con alguno que otro *lapsus* que me permitiría señalar á los buscadores de gazapos, si no temiese privarles de un gusto tan delicioso como lícito. La defectuosa corrección tipográfica se ha encargado de añadir alguno; y así, en cierta página, parece insinuarse que Miltón no escribió en inglés su *Paraiso perdido*, por haberse saltado una frase que decía: «incluyendo *las mismas obras latinas ó italianas del autor de... El Paraiso perdido*»; cosa que, aunque muy obvia, me apresuro á denunciar.—Sea como sea, me he decidido después á la publicación intacta, con la añadidura de este Apéndice.

De él resulta que las letras mallorquinas en los últimos años se han remozado

y modernizado bastante, hasta contrastar con su primitivo tinte anticuado, contemplativo y quietista. Si entonces estuvieron, en algún modo, divorciadas de la masa general por cierto horror á la novedad contemporánea, hoy no lo están menos y por todo lo contrario: el *misoneismo* reside actualmente en el público. Nótase como un desequilibrio ó pugna de ideales entre las inteligencias activas y el país, si bien parece asegurada una conquista definitiva: la admisión de la lengua patria como instrumento esencialmente poético y artístico y la formación de un tipo literario de este idioma, flexible, equidistante de las formas bajas y plebeyas y de las afectaciones arcaicas. Ha continuado también la lucha entre las tendencias locales y las exóticas y forasteras; y el conflicto ha revestido dos formas principales. Planteada la cuestión en el terreno político, con los nombres de regionalismo ó nacionalismo, surgió una polémica cuyo extracto y resumen no es de este lugar. Limitada al aspecto literario, esta «escuela mallorquina» no ha encontrado aquí competencia, ni siquiera rivales ó impugnadores dignos de tal nombre. Todos los es-

fuerzos exóticos y desnaturalizadores han muerto por consunción. Los periodiquines de género chico—pues no sólo en el teatro existe tal literatura—han pasado sin dejar huella; y el noble idioma de Castilla ha servido aquí, principalmente y desde tales columnas, mejor que para educar al país, como ganzúa de inicuos *chantages* y de nauseabundas difamaciones. No debe verse, pues, en la tendencia local, razones de despecho ó envidia. La crítica de Madrid no ha hecho más que hablar con elogio de aquellos autores nuestros que pasan por ser los más atrabiliarios regionalistas y no se ha enterado siquiera de los imitadores del *A B C* y el *Madrid Cómico* que por estas calles pululan. Es cierto que existe una enemiga constante y acérrima entre los dos espíritus: entre la torería periodística y la literatura que ha producido la *Lluyta de braus*, entre el pseudo-españolismo y la protesta de los hondos y verdaderos patriotas:

Poble fuig d' eixa arena.
Juny tos braus á la arada;
l' ardit cavall per les dresseres mena
y si la patria plora trapijada,
llavors el ferro trau...

Como existe otra enemiga entre el énfasis declamatorio y bélico del *miles gloriosus,* á la manera de López García ó Leopoldo Cano, y la tendencia reflexiva, moderna, de amor al trabajo libre, de horror al *funcionarismo* sistemático y enervante, de exaltación de la cultura como ideal del Estado muy por encima del ideal guerrero y de conquista.

Estos rasgos, más ó menos explícitos y acentuados, aparecen en nuestra producción literaria desde 1840. Forma toda ella un fenómeno en extremo curioso é interesante y es el latido y la prueba de la vitalidad de Mallorca en los últimos cincuenta años. Palma ofrece una capitalidad literaria é intelectual muy superior á su capitalidad administrativa y de población; muy superior también á otras ciudades de España de gran vecindario é importancia. Dentro de algunos siglos acaso será esta producción el único testimonio de su existencia y de su espíritu, como las escuelas salmantina y sevillana de las pasadas centurias. Este florecimiento, como hecho colectivo, es el más importante de la historia contemporanea en Mallorca. Es un desquite glorioso de los siglos XVII y XVIII, tan ári-

dos y pedestres hasta la aparición de los *Amigos del País*, y como un eco y nostalgia de la grandeza del siglo XV, con el tumulto de sus arquitectos, *imaginaires*, cartógrafos, mercaderes y nautas, atraídos por la fascinación del mar tenebroso. Es todo un espíritu, toda un alma que no necesita ni espera otra cosa sino un pueblo que la reciba íntimamente y se combine con ella.

4 de Octubre de 1903.

SUMARIO

SUMARIO

VII *(pág 178)*

La Revista, *El Museo Balear*.—Escritores que aparecen en estas publicaciones.—José Taronjí; sus polémicas; sus versos.—Mateo Obrador; su producción—Juan Luis Estelrich; *Primicias*, *Saludos*; traducciones; *Antología*.—Don Antonio Frates y sus novelas de asunto mallorquín; *Impresiones*.—Otros publicistas y aficionados.

VIII *(pág. 202)*

Dos poetas: Miguel Costa; sus poesías catalanas; *L' harpa;* versos castellanos.—Juan Alcover; *Poesías; Nuevas poesías; Poemas y Harmonías;* su regionalismo; tendencia crítica.—Ultimas apariciones literarias en Mallorca; raquitismo é insignificancia; desbandada genera[1].—El ciclo se cierra.

APÉNDICE *(pág. 235)*

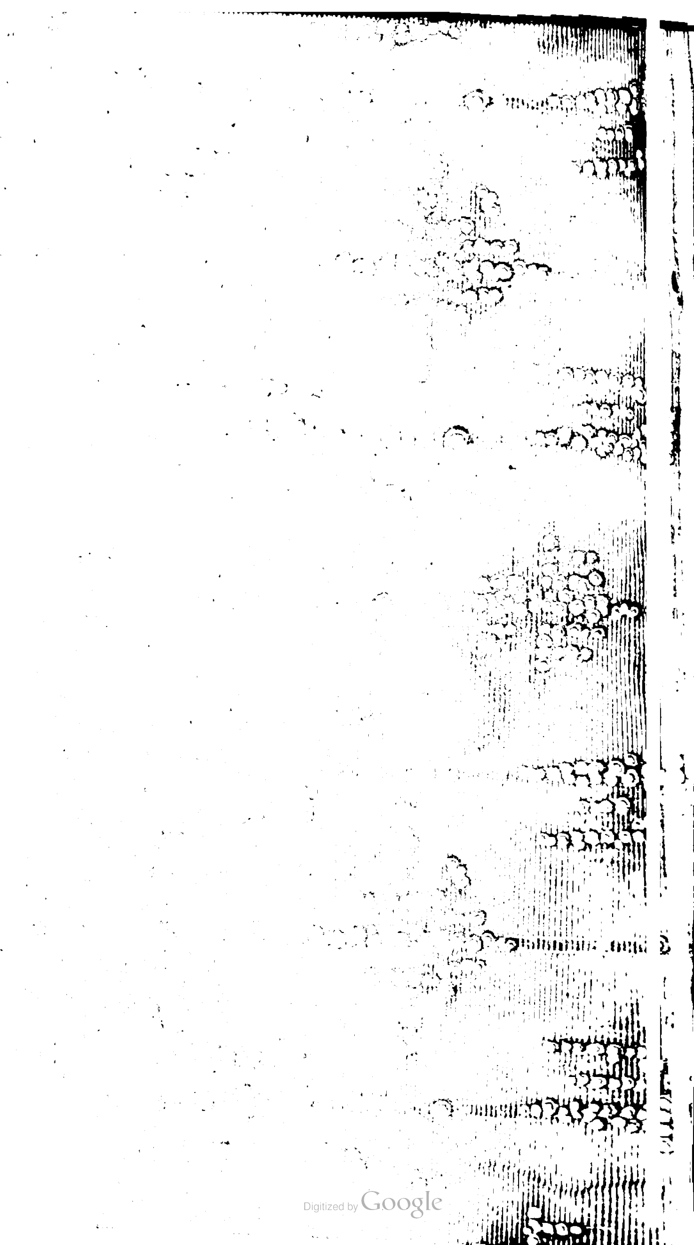
Desde 1890.—Nuevo florecimiento.—Últimas publicaciones de Alcover: *Meteoros*, poesías catalanas.—Miguel Costa: *Del agre de la Terra*, *Tradicions y fantasies*, última fase de su talento.—Pedro Orlandis.—Amengual y sus crónicas periodísticas.—Alomar: *dilettantismo* y cultura universal de su espíritu; labor poética; digresión sobre las nuevas tendencias de la literatura y lengua catalanas.—Antonio M.ª Alcover; *Rondayes mallorquines*.—Félix Escalas, Ballester, Jaime Pomar, Juan Torrendell, Juan Aguiló, Riber, Batlle, Juan Rosselló, María Ant.ª Salvá, Emilia Sureda, etc. etc.—Apreciación final.

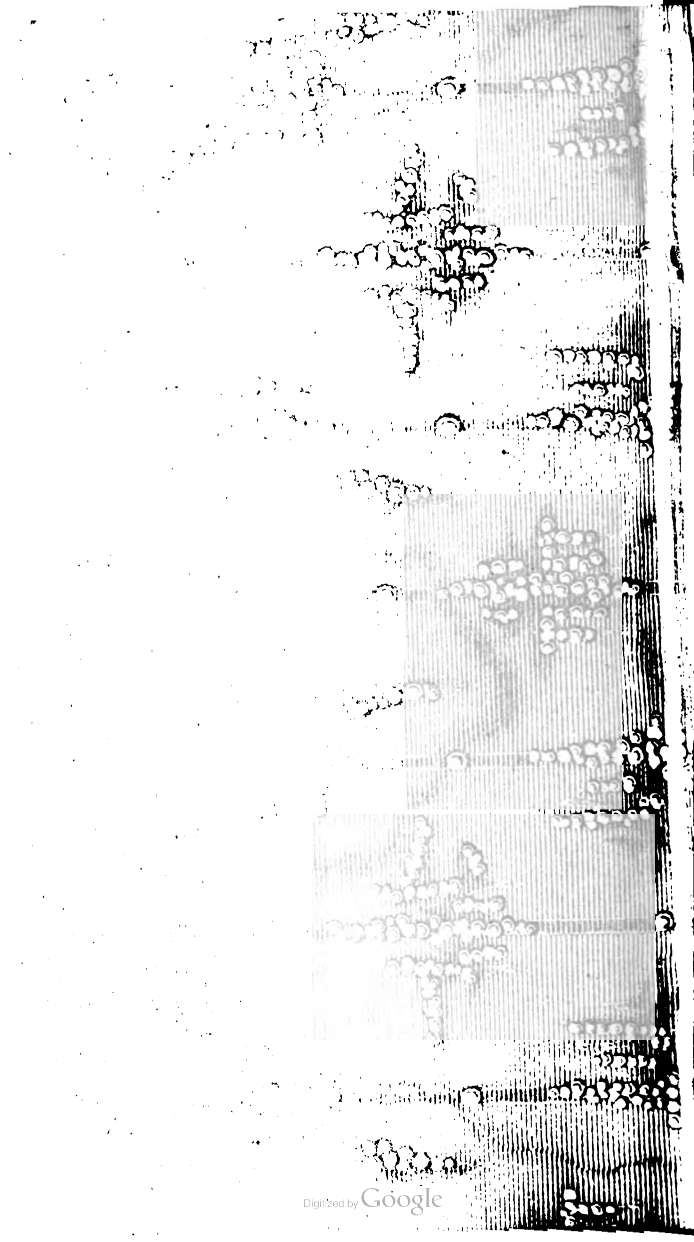
DEL MISMO AUTOR

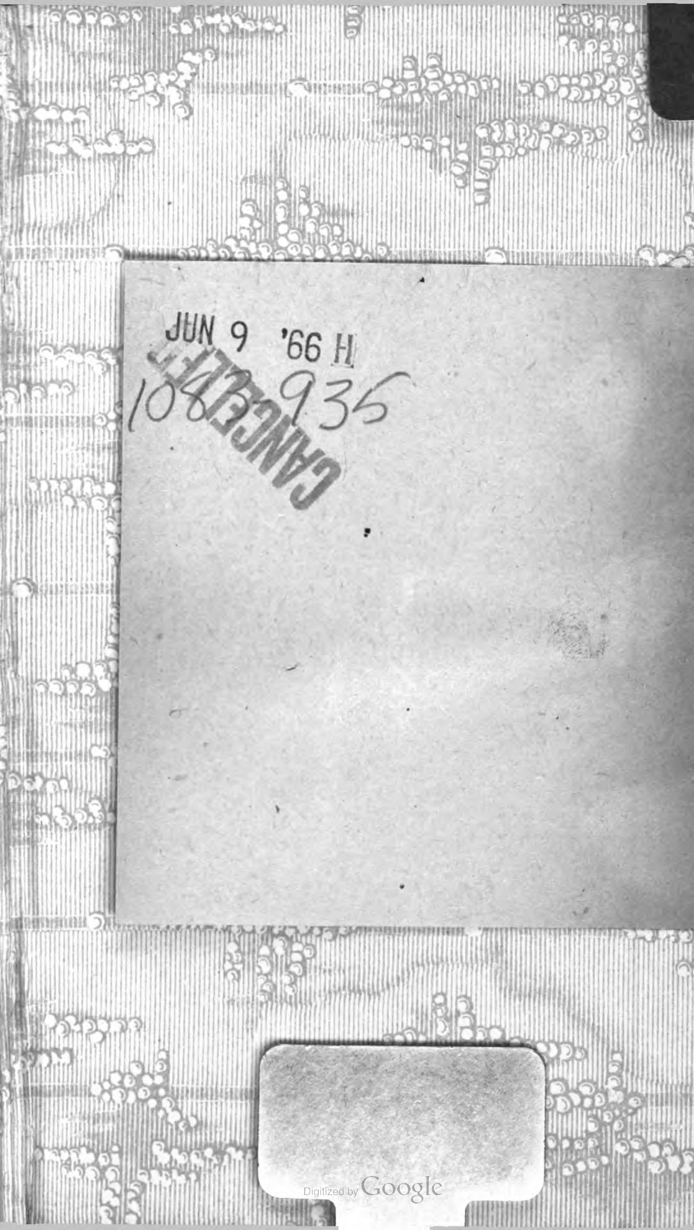
Cosecha periodística, 1 tomo en 8.º, agotada.

La cuestión regional, 1 tomo en 8.º, 1'50 Ptas.

Mallorca durante la primera Revolución (1808-1814), obra premiada por la Academia de la Historia, 1 tomo en 4.º prolongado, de más de 600 páginas. . . 10'00 »






JUN 9 '66 H
108935
CANCELLED
Digitized by Google

